

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

100

ISSA

LA
CONFESION
de Carolina

PQ2276
.H7
C68
1900



1020026561

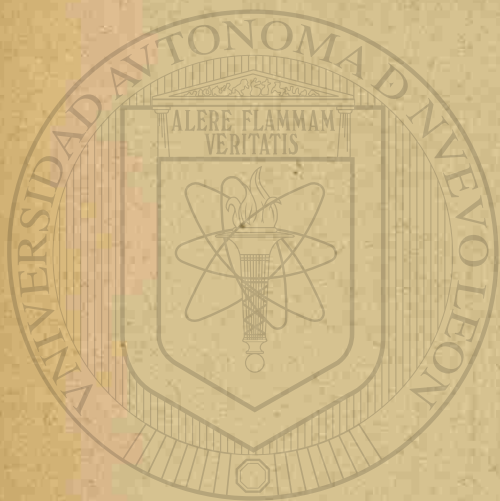


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA CONFESIÓN DE CAROLINA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.

Núm. Autor

Núm. Título

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificación

Catálogo

N
H 842/c

30925

8-

cey



COLECCIÓN REGENTE

LA
CONFESIÓN DE CAROLINA

POR

ARSENIO HOUSSAYE

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

de

Enrique Bayona



Segunda edición

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

RAMON SOPENA, EDITOR.—Admón. de LA VIDA GALANTE

Calle de Gravina, 10

1090

1953

85741
30325

843
A.

PQ 2276

H7

568

1980



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tip. Moderna de M. Zorio, Aribau, 60.—Barcelona

PRÓLOGO

Se ha hablado mucho en París de la aventura trágica de la señorita de Armaillac, que se había enamorado violentamente del marqués de Briançon. Y a propósito de esto el novelista de las GRANDES MUJERES escribió LAS LÁGRIMAS DE JUANA.

En este libro, que fué muy leído, solo se habla incidentalmente de la hermosa Carolina Aumont, una cortesana *per accidens*, cuya vida romanesca merece un volumen en la biblioteca de las víctimas del amor. Por eso publicamos LA CONFESIÓN DE CAROLINA.

Hay pocos parisinos, del *Todo-Paris*, que no hayan admirado a esta preciosa criatura; tanto éstos, como lo que no la han conocido, leerán, seguramente, su Confesión, con vivísimo interés; pues aquí se descubren las pasiones amorosas de nuestras contemporáneas con todos sus regocijos y sus lágrimas.

Nada se ha alterado en esta Confesión, á ratos incoherente y peligrosa á ratos. Apenas si hemos enmendado algunas faltas ortográficas, aunque no sea preciso imponer la gramática á las expansiones del corazón.

LOS EDITORES,



LA CONFESIÓN DE CAROLINA

I

El despertar de una madre

Eran las diez de la mañana cuando despertándose la señora de Armaillac llamó á su doncella.

Esta, según costumbre, entró en la alcoba llevando sobre una bandeja los diarios de la mañana y una taza de chocolate.

—Dime, María, ¿has visto á Juana esta mañana?

—No, señora.

—Ve á decirle que saldremos antes de almorzar.

—Ignoro con certeza si la señorita ha salido, pero creo que ha ido á misa de ocho.

—Pues anda, y enterarte de si mi hija está en su cuarto.

Hay personas que tienen el presentimiento de las catástrofes. La señora Armaillac no era de esas; vivía al día con la incons-



LA CONFESIÓN DE CAROLINA

I

El despertar de una madre

Eran las diez de la mañana cuando despertándose la señora de Armaillac llamó á su doncella.

Esta, según costumbre, entró en la alcoba llevando sobre una bandeja los diarios de la mañana y una taza de chocolate.

—Dime, María, ¿has visto á Juana esta mañana?

—No, señora.

—Ve á decirle que saldremos antes de almorzar.

—Ignoro con certeza si la señorita ha salido, pero creo que ha ido á misa de ocho.

—Pues anda, y enterarte de si mi hija está en su cuarto.

Hay personas que tienen el presentimiento de las catástrofes. La señora Armaillac no era de esas; vivía al día con la incons-

ciencia del mañana. Llamaba la condesa á su hija para hablarla de su canastillo de boda.

María regresó manifestando que la señorita Armaillac no estaba en su cuarto. Por lo demás, no se había tomado el trabajo de ir á buscarla, pues harto sabía que Juana no había llegado aún.

La señora Armaillac, hablando para sí, se dijo que, reflexionándolo bien, era ya tiempo de casar á la linda madrugadora.

Oyóse el timbre de la puerta.

—Es ella, dijo precipitadamente y en alta voz la señora de Armaillac; anda, corre y tráemela aquí.

Pero no fué Juana la que entró después, sino la misma camarera.

—Señora, es un caballero que me ha dado su tarjeta.

La señora Armaillac tomó la cartulina y leyó: *El Conde de Briançon*.

—¿Qué tendrá que decirme á estas horas?

La condesa conocía superficialmente á Marcial por haberle encontrado en los salones de la duquesa y en los de la señora de Gramont; no ignoraba tampoco que á su hija le gustaba mucho, pero á la verdad, en aquel instante, no acertaba á comprender el por qué de aquella visita matinal.

Era muy curiosa, sin embargo, y se dispuso á vestirse apresuradamente mientras ordenaba á su camarera que hiciese entrar al señor de Briançon en el salón.

La condesa y éste entraron en la sala casi al mismo tiempo.

—¿Cómo tan madrugador esta mañana? dijole con agradable rostro la condesa, como si esperase una buena noticia. Empero reprimió su sonrisa observando la palidez y tristeza del conde.

Hacia una hora que el señor de Briançon, revistiéndose de todo su valor, se preguntaba cómo podría decir á la señora Armaillac lo que había ocurrido á su hija. Preciso era decirle, si no la verdad, parte de ella al menos.

—Señora, exclamó tendiéndola su mano, tengo una desagradable noticia que dar á usted.

Esta vez comprendió la condesa que se trataba de su hija.

—¡Juana! gritó conmovida.

Palideció intensamente y parecía próxima á desvanecerse en los brazos del señor de Briançon, que la hizo sentar en una butaca.

—Señora, dijo el conde, he aquí lo que ha pasado; usted quiere casar á la señorita Juana de Armaillac con el señor Delamare. Ella no le ama y cree, al contrario, amarme; sin que yo haya hecho nada, en absoluto, para alimentar ni alentar sus ilusiones, me ha confiado sus penas, y ahora somos verdaderos amigos.

—Pero, caballero ¿dónde está mi hija?

—Voy á decírselo á usted, señora.

—¿La ha visto usted esta mañana?

—Sí, señora.

—Entonces ¿cómo viene usted á hablarme de mi hija cuando ella no está aquí?

—Es que quería suplicar á V. viniere conmigo.

—Pero, caballero, una vez más repito ¿dónde está Juana?

—Juana está en mi casa, señora.

—¡En casa de usted!

La señora de Armaillac irguióse de repente. Hubiérasela podido tomar, con su palidez extrema, sus cabellos esparcidos, y sus ojos dilatados, por la estatua del dolor.

—Mi hija se ha vuelto local ¿En su casa? ¡Es increíble!

—Señora, por Dios, hágame usted la gracia de escucharme... voy á decirla...

—No, caballero, no, no quiero oírle.

La señora Armaillac tocó el timbre.

—María, vísteme en seguida, dijo, regresando rápida como una sombra á su cuarto.

—Señora, la espero á usted, exclamó el conde de Briançon.

La condesa no respondió.

Aunque la sala era pequeña, midióla el señor de Briançon á grandes pasos con peligro de volcar una mesa de Boule, sobre la cual veíanse tarjetas de visita.

—Después de todo, murmuraba agitado, cuando ella vea á su hija adivinará lo ocurrido.

Entróse el conde dentro de las habitaciones particulares y llegó hasta la puerta del cuarto de la señora de Armaillac, diciéndola que regresaba á su casa, donde la esperaba y añadió: Calle del Circo, número 10.

En cuanto bajó el conde la escalera tuvo que confesar que la señora de Armaillac había pensado perfectamente no saliendo á la calle con él para ir en su carruaje, pues su sitio estaba ocupado.

La señorita Carolina Aumont le esperaba. Había seguido en un coche de plaza al carruaje del conde desde la calle del Circo, donde se aventuró á ir, al despertarse y hallarse sola, á la vez curiosa y desconsolada. Adoraba locamente á Marcial y tenía miedo que la señorita de Armaillac les separase. Al observar que Briançon bajó de su carruaje enfrente de la casa de la condesa, Carolina despidió su alquilón pagando la carrera y se introdujo apresuradamente en el cupé, creyendo, después de todo, que le pertenecía más á ella que á su amante.

—¡Al fin! héte aquí, dijo Carolina al ver aproximarse á Marcial.

—Sí, héme aquí, pero francamente, ignoro qué vienes á buscar tú.

—Yo estoy en mi casa.

—Y bien, si estás en tu casa, quédate... Carolina sacó la mano por la portezuela y cogió la de Marcial.

—No, no es esto lo que yo quiero, no es el carruaje, eres tú.

Y al decir esto retenía violentamente al conde.

—Calma, querida mía, puesto que tienes corazón, debes comprender que hay días de torzoso divorcio.

—Solo quiero comprender que el amor es el amor. Sé que te amo y no me divorcio de ti; además solo existe el divorcio en el matrimonio.

—¡Adiós! dijo Marcial desasiendo su mano, pero en aquel instante miró á Carolina y vió lágrimas en sus ojos, verdaderas lágrimas.

—Estás loca, exclamó entonces apoyándose en la portezuela del *coupé*, sabes demasiado que te amo, otórgame, pues, un cuarto de hora de gracia. No he sido yo quien ha buscado y querido ese terrible drama, que, semejante á una tempestad, ha caído sobre mi corazón. Temo perder la cabeza. Déjame entregado á mí mismo aunque no sea más que un día.

En aquel momento, la señora de Armaillac, que al vestirse no había perdido un minuto, salía de la puerta de su casa acompañada de su camarera.

Imaginóse viendo á Marcial hablando en la portezuela de su carruaje, que allí estaba su hija.

—¡Juanal gritó.

El señor de Briancón volvióse, inclinándose ante la condesa que se había acercado.

Carolina comprendió la equivocación é hizo un signo con la cabeza como para decir á la madre:—«No soy vuestra hija.»

—¿Qué hace aquí, pues, esta mujer? preguntó la señora de Armaillac al conde.

Había presentado que Carolina era la rival de su hija.

Marcial no sabía qué contestar.

—Lo ignoro, dijo al fin; al salir he llamado al primer coche de alquiler que pasaba, para conducir á usted á mi casa; y á lo que parece he detenido equivocadamente el coche de esta señora.

Dando esta explicación, hizo seña á un carruaje que acertó á pasar como queriendo alquilarlo para él, pero la señora de Armaillac, ya impaciente, fué al encuentro del

coche y subió á él, haciendo subir en seguida á la camarera.

Marcial entonces abrió la portezuela de su *coupé*.

—¡No sé ya lo que hacer de mí! dijo á Carolina. Esta es la madre de la desgraciada joven que está en mi casa. ¿Qué vá á pensar de todo esto? Porque ella ha comprendido perfectamente que eres mi querida.

—¿Acaso le has prometido casarte con su hija? ¿Y si esa señorita se ha herido con un puñal, es acaso culpa mía? Es ella la que ha venido á arrebatármeme, ¿no soy yo, tu querida legítima?

—Con todas estas disensiones vas á entretenerme y no llegaré oportunamente á mi casa.

—Es mi camino. Di á tu cochero que vaya por la calle del Circo; yo bajaré en la de San Honorato.

Marcial manifestó al cochero que en cinco minutos quería llegar á su casa.

Cuando el conde se sentó al lado de Carolina, ésta adivinó que había reconquistado á su amante casi por completo, y le dijo con verdadera emoción:

—¡Pobre joven! ¿Es posible que haya muerto?

II

La Resurrección

Mientras tanto, la señora de Armaillac subía la escalera del conde de Briancón poseída del mayor dolor, y no sabiendo cómo iba á encontrar á su hija.

—Estás loca, exclamó entonces apoyándose en la portezuela del *coupé*, sabes demasiado que te amo, otórgame, pues, un cuarto de hora de gracia. No he sido yo quien ha buscado y querido ese terrible drama, que, semejante á una tempestad, ha caído sobre mi corazón. Temo perder la cabeza. Déjame entregado á mí mismo aunque no sea más que un día.

En aquel momento, la señora de Armaillac, que al vestirse no había perdido un minuto, salía de la puerta de su casa acompañada de su camarera.

Imaginóse viendo á Marcial hablando en la portezuela de su carruaje, que allí estaba su hija.

—¡Juanal gritó.

El señor de Briancón volvióse, inclinándose ante la condesa que se había acercado.

Carolina comprendió la equivocación é hizo un signo con la cabeza como para decir á la madre:—«No soy vuestra hija.»

—¿Qué hace aquí, pues, esta mujer? preguntó la señora de Armaillac al conde.

Había presentado que Carolina era la rival de su hija.

Marcial no sabía qué contestar.

—Lo ignoro, dijo al fin; al salir he llamado al primer coche de alquiler que pasaba, para conducir á usted á mi casa; y á lo que parece he detenido equivocadamente el coche de esta señora.

Dando esta explicación, hizo seña á un carruaje que acertó á pasar como queriendo alquilarlo para él, pero la señora de Armaillac, ya impaciente, fué al encuentro del

coche y subió á él, haciendo subir en seguida á la camarera.

Marcial entonces abrió la portezuela de su *coupé*.

—¡No sé ya lo que hacer de mí! dijo á Carolina. Esta es la madre de la desgraciada joven que está en mi casa. ¿Qué vá á pensar de todo esto? Porque ella ha comprendido perfectamente que eres mi querida.

—¿Acaso le has prometido casarte con su hija? ¿Y si esa señorita se ha herido con un puñal, es acaso culpa mía? Es ella la que ha venido á arrebatármeme, ¿no soy yo, tu querida legítima?

—Con todas estas disensiones vas á entretenerme y no llegaré oportunamente á mi casa.

—Es mi camino. Di á tu cochero que vaya por la calle del Circo; yo bajaré en la de San Honorato.

Marcial manifestó al cochero que en cinco minutos quería llegar á su casa.

Cuando el conde se sentó al lado de Carolina, ésta adivinó que había reconquistado á su amante casi por completo, y le dijo con verdadera emoción:

—¡Pobre joven! ¿Es posible que haya muerto?

II

La Resurrección

Mientras tanto, la señora de Armaillac subía la escalera del conde de Briancón poseída del mayor dolor, y no sabiendo cómo iba á encontrar á su hija.

Juana habíase convertido en la querida de Marcial ó bien había ido á casa de éste en uno de esos cuartos de hora de ceguedad y de curiosidad que preceden á la hora de la caída?

La condesa creía imposible que su hija hubiese perdido la cabeza hasta el punto de echarse en brazos del conde. Sin duda alguna le amaba, pero por audaz que fuera su pasión, una joven como ella no sacrifica en un día todos sus pudores de mujer bien nacida.

La señora de Armaillac, ignoraba todavía que Juana había pasado la noche en casa de Marcial. No había pensado entrar en el cuarto de su hija para informarse, lo que por otra parte hubiera resultado inútil, pues la señorita de Armaillac había puesto previamente en desorden su lecho como si en él hubiese dormido.

Cuando la condesa llegó á casa del conde de Briançon, estaba completamente agena á encontrar á su hija herida de una puñalada.

Al verla dijo el conde:

—Valor, señora.

La condesa entró en el cuarto poseída de más indignación que espanto; pero cuando vió la blancura lívida de Juana, comprendió que un drama horrible había ocurrido allí.

No profirió palabra alguna. Se precipitó sollozando sobre el lecho de su hija, sintiéndose morir.

—Mamá, dijo la señorita de Armaillac estrechando su cabeza con ambas manos; mamá, perdóname.

Y con voz apenas perceptible, añadió:

—Tenía horror al matrimonio, he perdido la razón y he querido morir.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? preguntó la señora de Armaillac más desolada todavía.

Juana no tenía valor ni ánimos para responder.

—Señora, dijo entonces Marcial reprimiendo su emoción, lo que quise decirle en su casa se lo diré aquí.

—¡Hable usted, hable pronto, por Dios!

—La señorita de Armaillac ha tenido miedo de casarse con el señor Delamare. Hubiera querido obedecer á usted, pero su corazón se sublevaba. Creía amarme y arriesgóse á venir á mi casa. Como todas las jóvenes, es algo romántica; quiso castigarse porque me amaba y castigarme de no amarla, pues ella creía que yo no la quiero. En mi ausencia, ha entrado aquí, se ha acostado, y después de tomar un veneno se ha herido con un puñal. Un acto de romanticismo, señora, he ahí todo.

Marcial quiso continuar, pero la condesa no le escuchaba: había cogido á su hija entre sus brazos, y levantándola, observaba con ojos despavoridos la herida negra ya y llena de sangre coagulada en sus bordes inflamados.

—Juana, Juana, mi Juana adorada, dime que no quieres morir!

—No, mamá, no me moriré ya, porque el señor de Briançon, á pesar mío, me ha salvado.

La madre dirigió una mirada entre severa y agradecida sobre Marcial.

—Cuando entré, continuó éste, juzgue usted de mi sorpresa, encontrando á esta señorita desmayada sobre mi cama, herida en el pecho y palida como una muerta. Parecía muerta ya, en efecto; y tanto lo creí así, que quise morirme también en aquel momento. Había ya arrancado el puñal de la herida cuando entró el médico que mi negro fué á buscar inmediatamente. El doctor, á primera vista, reconoció que la señorita de Armaillac no moriría de la herida causada por el puñal, pero vió en seguida que estaba envenenada. ¿Cómo arreglarse para darla el contraveneno? «No está muerta, me dijo el doctor; siento latir su corazón, pero ignoro si tendrá la suficiente fuerza para que obre el contraveneno». Abrí las ventanas para que entrase aire, el doctor paseaba el frasco sobre los labios de la señorita de Armaillac. Los ojos, que había conservado abiertos, pero que nada veían, se cerraron de pronto y suspiró; después abriéronse y murmuró: «Mamá». ¡Hubiese dado yo un mundo para que hubiera estado usted aquí en aquel momento! Hablé de ir á buscarla á usted, pero el doctor no quiso emociones de ninguna clase: ¿qué más voy á decir á usted? La señorita de Armaillac volvió en sí, yo la supliqué de rodillas que viviera, y le dí á besar este Cristo. Consintió ella al fin y tomó el contraveneno.

La condesa vió el Cristo sobre la cama: y besándolo con emoción exclamó:

—¡Oh, Dios mio! hija mía!

La señora de Armaillac estrechó á Juana entre sus brazos.

—¡Pobre loca! dijo contemplando á su hija con una alegría acibarada por el dolor de haberla hallado en casa del señor Briañon. ¡Qué ván á decir de tí!

—Señora, exclamó entonces el señor de Briañon cogiendo á su vez las manos de la madre y de la hija, tengo el honor de pedirlos la mano de la señorita de Armaillac.

Juana hizo un gesto obedeciendo á su nativa altivez.

—No, dijo desasiendo su mano, jamás. Podría usted acusarme de haber preparado una comedia para lograr el matrimonio.

—Entonces, repuso la madre, ¿para qué has venido aquí?

—Por no casarme con el señor Delamare, quería morir; ahora, puesto que me obligáis á vivir, viviré consagrada á Dios. Volveré á mi casa; y en cuanto haya recobrado la salud, ingresaré en el convento de Carmelitas donde me espera mi amiga Blanca.

—Vamos, querida niña, estás más loca que nunca, dijo la señora de Armaillac con un movimiento de impaciencia, á nadie más que á tí tengo en el mundo, ¿y quieres que te pierda?

—Es la fatalidad; respondió la jóven; mamá te lo ruego, vestidme y llévame en coche á casa.

Señorita, dijo Marcial, sabe usted que esto es imposible. He consultado con el médico acerca de cuándo podría usted ser trasladada, y ha ordenado dos días de reposo

absoluto. He aquí por qué en vez de conducirla á casa de la condesa he ido á buscarla.

—Si, será cierto; pero comprendo que he de acompañar á mi madre.

Juana pretendió incorporarse, mas cayó desvanecida, quebrantada por la emoción, tanto por el veneno ingerido como por el golpe del puñal.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó la señora de Armaillac abrazando simultáneamente el cuerpo de Juana y el crucifijo. ¡He perdido á mi hija! ¡Dios mío, no me arrebatéis á mi hija!

El señor de Briancón no era sensible; pero sintió el calor de dos lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Además le afectó profundamente la actitud de la señorita de Armaillac negándose á ser su esposa, hasta el punto de que cuanto más se obstinaba ella en ser su esposa, después de haberle adorado como amante, más presentía él, que iba á amarla con todas las fuerzas de su alma, si Juana lograba vivir, pues el médico no respondía aún de la enferma, sobre todo si se abandonaba á violentas emociones.

—Caballero, dijo la madre; júreme usted que nadie sabrá jamás que la señorita de Armaillac ha estado aquí.

—Se lo juro á usted, señora y debo advertirle que no he pronunciado el nombre de esta señorita ni ante mis criados, ni ante el médico, que lo ignoran.

—Pues bien, caballero. Sea usted tan amable que me permita estar sola aquí con mi hija hasta el momento que me la pueda llevar sin peligro.

La señorita de Armaillac volvióse hacia su madre. Marcial se arrodilló ante el lecho y besó respetuosamente su mano, después saludando á la condesa salió de la habitación.

No sabía dónde ir; bajó por los Campos Eliseos como si quisiera tomar consejo de la casualidad. Encontró á uno de sus amigos que lo animó á entrar en el Club, donde jugó desordenadamente.

—Eres afortunado, le dijo después de media hora de juego; ganas todo lo que quieres.

—¿Es verdad que gano? contestó admirado el conde.

Y al decir esto parecía regresar de otro mundo.

A la hora de comer volvió á su casa y solicitó hablar con la condesa. Pero la condesa le suplicó que no viese á Juana aquel día.

Obedeció otra vez. Fué á comer al café Inglés. Apenas se hubo sentado á la mesa, Carolina Aumont vino á colocarse á su lado.

—Y bien, le dijo, ¿qué ocurre en tu casa?

—No estoy ya en mi casa, respondió.

Y contó á Carolina que había dejado el campo libre á la madre de la suicida.

—Me alegro muchísimo, exclamó Carolina; así irás á mi casa, tanto más cuanto que yo no quiero verte nunca en aquel lecho funerario.

Marcial hizo prometer á su querida que no diría nada de toda aquella trágica aventura.

—No diré nada, descuida, pero dime cómo se llama esa loca.

—El conde de Briançon contestó que era una extranjera, una americana, la señorita Merceditas.

—Está tranquilo, hé aquí un nombre que no podré nunca pronunciar.

Carolina Aumont comió con su amante y cometió la indiscreción de hablarle sin cesar de la locura de aquella americana. Marcial, que veía siempre á Juana con su palidez de muerta y que medía su amor por su desesperación, acabó por imponerle silencio con ademán colérico. Insistió ella hablando de aquel drama en tono festivo; y Marcial entonces, incomodóse formalmente, se levantó, tiró la servilleta sobre la mesa y despidióse de su querida con un frío saludo que asemejábase mucho á un adiós.

—Pues bien, le gritó Carolina, vete á encontrarla sobre su hermoso lecho nupcial.

Halióse el conde de Briançon paseando sobre el *boulevard*, pensando en si había hecho bien rompiendo con Carolina cuando Juana había roto con él.

Y aquel hombre que tenía dos queridas que le adoraban, sentíase de repente solo.

—¡Hace frío! murmuró abrigándose con su gabán.

Aquella noche fué la que el marqués de Satanás nos presentó mutuamente.

—He aquí un hombre dichoso, me dijo el marqués inclinándose ante Marcial, es amado por todas las mujeres; se le conocen siempre dos queridas á la vez.

—Sí, respondió Marcial, dos queridas; pero esta noche crea usted que hace falta una tercera.

—Tiene usted razón, le contesté: el que posee dos queridas no tiene ninguna; lo que constituye la fuerza del amor es la unidad; es preciso, pues, tener las setecientas mujeres de Salomón, ó poseer una sola.

El conde de Briançon no escuchaba; toda su alma estaba con la señorita de Armaillac. Tenía miedo de amarla mucho y temía no ser amado por ella.

—El puñal, dijo, llevando su mano al corazón, es á mi á quien ha dado el golpe, y la herida será mortal si Juana no me ama.

III

De una á otra

El conde de Briançon fué dos veces á tener noticias de la señorita de Armaillac, pues él dormía en el Grand Hotel dejando en completa libertad á la madre y á la hija.

El segundo día escribió esta carta á Juana: «En mi profundísimo amor por usted no sé hacer otra cosa que obedecer ciegamente. Esté en su casa ó en la mía, ordéneme usted y obedeceré. Ruego con toda mi alma á Dios que la vuelva á usted á la vida. Cuando restablecida ya pueda y quiera verme, volveré á prosternarme á sus pies para siempre ó para decirle adiós.»

Transcurrieron cuatro días mortales sin recibir contestación ninguna de Juana ni de su madre. Cuando Marcial se presentaba en la antecámara le respondían siempre lo mismo:

«La señorita está muy mala; el médico

—El conde de Briançon contestó que era una extranjera, una americana, la señorita Merceditas.

—Está tranquilo, hé aquí un nombre que no podré nunca pronunciar.

Carolina Aumont comió con su amante y cometió la indiscreción de hablarle sin cesar de la locura de aquella americana. Marcial, que veía siempre á Juana con su palidez de muerta y que medía su amor por su desesperación, acabó por imponerle silencio con ademán colérico. Insistió ella hablando de aquel drama en tono festivo; y Marcial entonces, incomodóse formalmente, se levantó, tiró la servilleta sobre la mesa y despidióse de su querida con un frío saludo que asemejábase mucho á un adiós.

—Pues bien, le gritó Carolina, vete á encontrarla sobre su hermoso lecho nupcial.

Halióse el conde de Briançon paseando sobre el *boulevard*, pensando en si había hecho bien rompiendo con Carolina cuando Juana había roto con él.

Y aquel hombre que tenía dos queridas que le adoraban, sentíase de repente solo.

—¡Hace frío! murmuró abrigándose con su gabán.

Aquella noche fué la que el marqués de Satanás nos presentó mutuamente.

—He aquí un hombre dichoso, me dijo el marqués inclinándose ante Marcial, es amado por todas las mujeres; se le conocen siempre dos queridas á la vez.

—Sí, respondió Marcial, dos queridas; pero esta noche crea usted que hace falta una tercera.

—Tiene usted razón, le contesté: el que posee dos queridas no tiene ninguna; lo que constituye la fuerza del amor es la unidad; es preciso, pues, tener las setecientas mujeres de Salomón, ó poseer una sola.

El conde de Briançon no escuchaba; toda su alma estaba con la señorita de Armaillac. Tenía miedo de amarla mucho y temía no ser amado por ella.

—El puñal, dijo, llevando su mano al corazón, es á mi á quien ha dado el golpe, y la herida será mortal si Juana no me ama.

III

De una á otra

El conde de Briançon fué dos veces á tener noticias de la señorita de Armaillac, pues él dormía en el Grand Hotel dejando en completa libertad á la madre y á la hija.

El segundo día escribió esta carta á Juana: «En mi profundísimo amor por usted no sé hacer otra cosa que obedecer ciegamente. Esté en su casa ó en la mía, ordéneme usted y obedeceré. Ruego con toda mi alma á Dios que la vuelva á usted á la vida. Cuando restablecida ya pueda y quiera verme, volveré á prosternarme á sus pies para siempre ó para decirle adiós.»

Transcurrieron cuatro días mortales sin recibir contestación ninguna de Juana ni de su madre. Cuando Marcial se presentaba en la antecámara le respondían siempre lo mismo:

«La señorita está muy mala; el médico

sigue muy inquieto y la señora no hace más que llorar sin consuelo.»

Desesperado fué á casa del doctor para interrogarle seriamente.

Respondióle el médico que había podido dominar la herida causada por el puñal, pero que el veneno continuaba haciendo terribles estragos. La pobre niña no tenía ya cuerpo ni espíritu.

Al décimo día recibió el conde estas líneas escritas por la madre de Juana:

«Caballero:

Venga usted á ver á mi hija que quiere hablarle. Escúchela usted, pero no la conteste, porque la menor emoción la mataría.

CONDESA DE ARMAILLAC.»

Marcial comía en la mesa del Grand Hotel cuando esta carta le sorprendió. Tiró la servilleta, cogió su sombrero y dirigióse á la calle del Circo con algo de alegría dentro del corazón.

Desde que entró en la alcoba, Juana sonrió amargamente y levantó la mano para coger la suya, pero no pudo sostener el esfuerzo, y la mano volvió á caer sobre el lecho antes de que él pudiese tomarla.

—¡Al fin la vuelvo á ver! dijo Marcial conmovido, saludando á la señorita de Armaillac.

Juana suplicó á su madre con un gesto que se alejase, y la señora de Armaillac obedeció en silencio.

—¡Pobre mujer! murmuró Marcial, sufre tanto como su hija.

—No hablemos de mis sufrimientos, dijo

Juana; ¿qué importan éstos al lado de los de mi alma?

Y después de un momento de silencio, continuó:

—Dios no me ha querido. Así como existen condenados á muerte, yo estoy condenada á vivir.

Marcial la interrumpió:

—Juana, dijo, deme mi parte de suplicio.

—Más de la que querrá tendrá usted sin duda; me ha prometido usted casarse conmigo, yo acepto tanto, peor para usted. Sé que tiene usted una querida; tal vez me juzga usted como otra querida. ¿Cuál será la mejor, la preferida, de las dos? Lo ignoro...

—No me hable usted jamás de la otra, se lo ruego, Juana mía!

—¡Yo no hablaré nunca! Le dije á usted antes que no quería su mano. Después, no creyendo vivir, ¿qué me importaba un enlace *in extremis* que hubiera puesto de relieve mi falta? Hoy recojo la palabra de usted. Seré su mujer.

Marcial besó con efusión la mano de Juana.

—Si esto es un sacrificio, lo acepto con religioso respeto; si todavía es amor, lo acepto con amor. Viviré, Juana mía, solo por usted y para nadie más que usted.

Juana tocó el timbre y la señora de Armaillac entró en la habitación.

—Mamá, dijo, todo queda arreglado.

En cuanto pueda salir se efectuará mi

enlace con el señor de Briançon, ¿no es verdad, Marcial?

Marcial contestó afirmativamente.

—Escuche usted, volvió á decir Juana á media voz, el médico me autoriza ya para regresar á mi casa. Usted, pues, irá á verme todos los días, pero quiero me prometa usted que venderá todos los muebles de esta casa y cambiará usted de habitación.

—Tiene usted razón, Juana; todo esto suscitaría tristes recuerdos; lo venderé todo menos el retrato de mi madre.

La señora de Armaillac acercóse al lecho.

—Vamos, exclamó, has hablado mucho, basta por hoy; y dirigiéndose á Marcial: abrácela usted, agregó, y márchese hasta mañana.

Se fué Marcial lleno el corazón de alegría, pero con el espíritu inquieto; el corazón contento porque Juana le había perdonado y le había sonreído con toda la magia de sus ojos y de sus labios; el espíritu inquieto porque la razón material del dinero venía á oponerse á la razón del amor; no temía al porvenir por él, pero lo temía por Juana á la que no quería condenar á una vida modesta, impropia de su rango social.

Parecíale indigno de él no dar á su mujer todo el lujo fastuoso que merecía; pero ¿cómo ofrecérselo? Con una fortuna casi exhausta como la suya, tal esplendidez era la ruina á corto plazo.

—*A lea jacta est*, se dijo volviendo á su inconciencia acostumbrada; si hay un Dios para los borrachos también lo habrá para los amantes.

Cuando entró en el Gran Hotel, dos horas después, le entregaron una carta sellada con las armas, es decir, con los perfumes de la señorita Carolina Aumont.

—¡Ah diablo! exclamó, no me acordaba de ésta.

En realidad pensaba en ella. La señorita de Armaillac había conquistado su corazón sin arrojar á Carolina. Su corazón semeja á una plaza fuerte en el momento del asalto, donde amigos y enemigos combatían cuerpo á cuerpo.

Sibarita consumado, conservaba muy vivo el recuerdo dulcísimo de las ardientes caricias de la cortesana para olvidarla fácilmente. Recordaba con claridad penetrante las escenas todas de su comedia romántica con Carolina. Aquella duraba hacía seis meses; los paseos por el mar, los viajes á Mónaco, los antepalcos de los teatros, las cenas íntimas, las conversaciones voluptuosas, todas las locuras en fin, de la juventud más loca.

—No quiero leer esta carta, dijo Marcial temiendo dejarse vencer por aquel amor condenado.

Mas no tuvo valor para romper la carta y tirar sus pedazos al suelo.

Entró en su cuarto del hotel y la puso encima de la chimenea. Pero cuando fué á acostarse, después de haber escrito cuatro carillas profundamente amorosas á Juana, no pudo contenerse y la abrió para leerla.

He aquí lo que su querida le escribía:

«Mi querido Marcial:

»En vano he querido dominar mi cora-

»zón. He pasado junto á tí reidera é insolente, decidida á olvidarte y hoy me muero de pena por haberlo intentado. Imagínate una, que nada más fácil como dejar un amor para tomar otro; pero comprendo que para hacer tal, es preciso no tener co-razón.

»Yo creía que el corazón era una palabra, pero es algo más. Mi corazón es mío... Si tú me amas aún, ven pronto; si no me amas, ven también. Te juro que sin tí no puedo vivir. Si tú amas á otra dedícame una hora siquiera todos los días y tendré la ilusión de tú amor. Estoy mortalmente desesperada.

»Te abrazo. No te hablo de mis lágrimas porque sería tonto; además, tal vez te burlarías de mí.

»CAROLINA.»

El conde de Briançon hubiera querido ser un espíritu despreocupado al leer esa carta, pero había amado mucho á Carolina y á su pesar la amaba aún.

Releyó la carta que escribió á la señorita de Armaillac y después volvió á leer la de Carolina.

— Perfectamente, dijo entre dientes, héme aquí hundido hasta el cuello entre estas dos pasiones.

Pidió consejo á su cabeza y á su corazón. La primera aconsejábale no ver más á Carolina, pero su corazón venció.

Eran las doce y media de la noche.

Bajó por el boulevard sin estar decidido.

Tomó un coche que le condujo á la calle de Malesherbes, donde depositó la carta

para Juana y el mismo coche la llevó á casa de Carolina.

—Después de todo, pensaba, bien puedo verla una vez para decirle adiós.

Pero...

Carolina Aumont se arrojó en los brazos de su Marcial deshaciéndose en lágrimas.

El tuvo que consolarla.

Y...

Al día siguiente á las doce de la mañana no estaba ella aún consolada.

IV

Pluralidad de mujeres

El conde de Briançon olvidóse de toda razón y de toda dignidad.

Pudo suponerse que la cuestión metálica le dominaba aún y le alejaba de aquel matrimonio prometido y sagrado. Nada de esto.

Había hecho el sacrificio de la fortuna, y decidió vivir como Dios quisiera.

Cayó en los brazos de Carolina, pero sin querer huir de Juana; obedecía á la fatalidad, como todos los que rompen su voluntad al primer choque.

—¿No es verdad, le dijo Carolina cuando él la dejó para marcharse, que nuestro amor es de vida y muerte?

—No hablemos de muerte.

—Quiero hablar. ¿Crees tú que yo no tendría el valor de herirme con un puñal? Te aseguro que no erraría el golpe.

Briançon sabía que estas locuras son contagiosas, así es que quiso cambiar de conversación.

—Mi hermosa Carolina, tú has nacido para vivir y para ser adorada.

Y para amarte siempre, y para que me ames te convido á comer conmigo, puesto que rehusas almorzar.

—Bien, comeré contigo.

Marcial prometía con los labios sin saber lo que iba á ocurrir.

Al regresar al Gran Hotel, encontró una carta de Juana.

La pobre, loca de amor, volvía á sus ilusiones. Le contaba sus sueños de felicidad, su horizonte de oro y azul; el arco iris después de la tempestad.

Terminaba su carta con estas frases:

»... mi madre quiere á usted como un á hijo. Venga usted á comer con ella.

»Desde mi cama os verá y será dichosa.

»Esa será mi mejor comida.»

—Comeré con Juana, dijo Marcial llevado por su corazón.

Pero á la hora de comer hubiera querido partirse en dos.

Los que no han amado á dos mujeres á la vez no comprenderán á Marcial, pues de todas las pasiones la del amor es la más fantástica y caprichosa.

Marcial amaba á Carolina y sentíase bajo el atractivo de Juana de Armaillac.

Aquella duplicidad de sensaciones no era falta suya, sino de su corazón.

Una artista muy conocida por el espíritu de su conversación y la intelectualidad de su espíritu, decía sin pretender hacer frases:

—He tenido pocos amantes en mi vida,

pero siempre he procurado tener dos á la vez.

—¿Por qué? le preguntaron.

—Porque el uno me mueve á amar al otro. Cuando estaba en el primero me prometía mil goces con el segundo. Es preciso en el amor unir lo real á lo ideal. La realidad es el hombre que tenemos á los pies, lo ideal el que está ausente.

Pero no todo el mundo puede adoptar esta filosofía de lo real y lo ideal. ¡Cuántos toman lo ideal por lo real! ¡Cuántos toman para sus labios lo que estaba destinado para su alma!

Marcial no quería mezclar los filósofos, Platon con Aristóteles, Descartes con Spinoza. Amaba á Carolina como á Juana, con un amor que encerraba todos los amores, pero á la vez real é ideal.

Marcial comió con la señora de Armaillac bajo la dulce atracción de los ojos de Juana.

Pero antes de ir á comer había escrito á Carolina que cenaría con ella.

El la amaba un poco, mucho quizás...

Mientras tanto la señorita de Armaillac no adquiría fuerzas; ella quería vivir pero no podía vencer la fiebre que la devoraba. Estaba profundamente herida y no solamente la engañaba su juventud, sino también el tiempo. Esperaba de día en día fijar el de su boda, pero hubo de transcurrir un mes antes que pudiera decidirse la publicación de las amonestaciones.

—Mi hermosa Carolina, tú has nacido para vivir y para ser adorada.

Y para amarte siempre, y para que me ames te convidó á comer conmigo, puesto que rehusas almorzar.

—Bien, comeré contigo.

Marcial prometía con los labios sin saber lo que iba á ocurrir.

Al regresar al Gran Hotel, encontró una carta de Juana.

La pobre, loca de amor, volvía á sus ilusiones. Le contaba sus sueños de felicidad, su horizonte de oro y azul; el arco iris después de la tempestad.

Terminaba su carta con estas frases:

»... mi madre quiere á usted como un á hijo. Venga usted á comer con ella.

»Desde mi cama os verá y será dichosa.

»Esa será mi mejor comida.»

—Comeré con Juana, dijo Marcial llevado por su corazón.

Pero á la hora de comer hubiera querido partirse en dos.

Los que no han amado á dos mujeres á la vez no comprenderán á Marcial, pues de todas las pasiones la del amor es la más fantástica y caprichosa.

Marcial amaba á Carolina y sentíase bajo el atractivo de Juana de Armaillac.

Aquella duplicidad de sensaciones no era falta suya, sino de su corazón.

Una artista muy conocida por el espíritu de su conversación y la intelectualidad de su espíritu, decía sin pretender hacer frases:

—He tenido pocos amantes en mi vida,

pero siempre he procurado tener dos á la vez.

—¿Por qué? le preguntaron.

—Porque el uno me mueve á amar al otro. Cuando estaba en el primero me prometía mil goces con el segundo. Es preciso en el amor unir lo real á lo ideal. La realidad es el hombre que tenemos á los pies, lo ideal el que está ausente.

Pero no todo el mundo puede adoptar esta filosofía de lo real y lo ideal. ¡Cuántos toman lo ideal por lo real! ¡Cuántos toman para sus labios lo que estaba destinado para su alma!

Marcial no quería mezclar los filósofos, Platon con Aristóteles, Descartes con Spinoza. Amaba á Carolina como á Juana, con un amor que encerraba todos los amores, pero á la vez real é ideal.

Marcial comió con la señora de Armaillac bajo la dulce atracción de los ojos de Juana.

Pero antes de ir á comer había escrito á Carolina que cenaría con ella.

El la amaba un poco, mucho quizás...

Mientras tanto la señorita de Armaillac no adquiría fuerzas; ella quería vivir pero no podía vencer la fiebre que la devoraba. Estaba profundamente herida y no solamente la engañaba su juventud, sino también el tiempo. Esperaba de día en día fijar el de su boda, pero hubo de transcurrir un mes antes que pudiera decidirse la publicación de las amonestaciones.

Briançon iba todos los días dos veces, almorzando con la madre y la hija. Juana no se levantaba siempre; llevábanla entonces una pequeña mesa cerca su lecho para que fuese dichosa haciéndose la ilusión de estar buena; la duquesa*** y la señora de Gramont iban á verla muy á menudo; se las había dicho, y aquellas señoras lo habían repetido en su círculo, que la señorita de Armaillac sufrió una crisis terrible la víspera de su convenido enlace con el señor Delamare, y que quiso sacrificar sus ideas á las de su madre, pero al ir á consumir el sacrificio, vencida por su dolor, quiso morir.

Marcial seguía al parecer más tierno y amante que nunca; llegaba todos los días con flores, bombones y otros mil artísticos objetos. Pasábanse las horas en conversaciones íntimas y agradables. Como Juana era curiosa, contábala él todos sus actos y quería ella que continuase frecuentando el gran mundo y el teatro, aunque no fuese más que para tenerla al corriente de la crónica literaria y galante.

Cuando digo que la contaba palabra por palabra todos sus actos, pierdo de vista á la señorita Carolina Aumont.

Pero Marcial no la olvidaba; pues si bien ofrecía cuatro horas á su novia, daba dos á su querida; no había cambiado de vida, y aunque se prometía todos los días de buena fe romper con Carolina al siguiente, no se acordaba de tal propósito. Veía que todos sus amigos conservaban sus queridas hasta la víspera de su matrimonio, y se abandonaba perezosamente á su doble pasión.

Un día de hermoso sol la duquesa*** decidió á la señorita de Armaillac á vestirse y á dar un paseo en su *landeau*.

—Hermosa mía, la dijo, quiero llevarla al bosque, pues á esta hora no hay nadie. Iremos á beber leche á Prado Catalán.

Juana se dejó vestir y llevar; parecía que aspirando el aire vivo á través de los árboles del bosque readquiriría un poco de su vigor físico. Hallábase tan delicada aún que hubo necesidad de transportarla al carruaje de la duquesa; pero en cuanto llegó á la avenida de la Emperatriz, sintióse mejor y dió las gracias á la duquesa diciéndola: «Me salva usted con este paseo, no tengo fiebre, convéznase usted.» Y la tendió su mano con un gesto alegre, mientras la duquesa le contestaba que la alegría del alma era la salud del cuerpo. Y así diciendo continuaron el paseo hasta el Prado Catalán.

Por fin, pensaba Juana, me siento revivir, soy lo que era; hoy es viernes; mañana Marcial podrá decir que se publiquen las amonestaciones; así nos casaremos dentro de quince días.

La duquesa tenía que marcharse á España. Juana le pidió que se quedase para la boda, manifestando que esta vez era asunto decidido.

—Seré dichosa asistiendo á vuestra felicidad, contestó la duquesa, no me iré antes de la boda; además aquel día estará usted muy hermosa para dejar de gozar del espectáculo.

Habían llegado al Prado Catalán.

—Qué fastidio, exclamó Juana, hay gente!

—¡Oh! tranquilícese usted, son enfermos; seguiremos, no obstante, el paseo en carruaje.

Cuando estuvieron enfrente de la lechería, la duquesa llamó á una de las camareras que servían, pidiéndola dos tazas de leche. «De leche muy caliente, añadió; idla á buscar al establo.»

Juana siguió con la vista á la camarera y en aquella dirección vió aparecer dos figuras que le echaron de nuevo en brazos de la fiebre y del delirio. Eran aquéllas el señor de Briançon y Carolina Aumont.

Tan alegres estaban que podía creerse que venían de beber champagne.

Carolina se inclinó sobre el césped para coger una margarita mientras Marcial llevaba un cigarrillo.

La cortesana deshojó la flor diciendo en alta voz sin dárselo un ardite los concurrentes:

—Tú me amas, un poco... mucho... apasionadamente.

—Nada, dijo Marcial.

Carolina le arrojó los pétalos á la cara.

En aquel momento la señorita de Armaillac se echó en los brazos de la duquesa.

—Qué tiene usted, mi querida Juana?

—¿Qué tengo? ¿No conoce usted á Marcial y á su querida?

—Sí, los reconozco. Eso es infame.

La duquesa abrazó estrechamente á Juana, ocultándola con su cuerpo.

—Sí, sí, abráceme usted, ocúlteme usted, dijo la señorita de Armaillac, no quiero que él me vea.

Aquella tarde el señor de Briançon tenía que ir á comer á casa de la señorita de Armaillac.

Y fué, siempre con idéntica máscara de amor y de sonrisas, y las mismas miradas cariñosas. Juana habia recaído de tal modo que apenas podía hablar.

—¡Ah! es usted, murmuró dulcemente. Juana no habia dicho nada á su madre.

—¡Qué es eso, Juana mía! Me desconsuela tan rebelde enfermedad...

—¿De veras? ¡Es que hoy he recibido otro golpe doloroso!...

Y Juana miró fijamente á Marcial.

—¿Qué ha hecho usted esta mañana? le preguntó con acento mas suave.

Marcial no tenía ni la menor idea de que podía haber sido visto con Carolina en el Prado Catalán. Los niños se cubren la cara con las manos y creen que nadie les conoce. Los parisinos atraviesan París entre el flujo y reflujo vertiginosos, entre el continuo torbellino sin pensar que ellos forman parte del espectáculo. Marcial no se ocultaba nunca, convencido de que nadie se inquietaba de sus actos, así es que respondió á Juana con inconsciencia absoluta:

—He ido á mil partes y á ninguna. De aquí para allá, sin objeto. He montado á caballo para ir al bosque y pensar bajo sus árboles en usted.

—¡Ah! sí, para pensar mejor en mí busca usted la soledad, ¿no es cierto?

—Los amantes no están nunca solos. ¿Acaso no tienen siempre ante ellos el ros-

tro querido? Pero ¿por qué me habla usted otra vez de golpes dolorosos?

La señorita de Armaillac, que se había contenido y que ocultaba su herida bajo una sonrisa, no pudo acallar más tiempo su cólera.

—Sí, otra puñalada, ¿lo oye usted? Un nuevo y doloroso golpe que esta vez será mortal, porque usted me lo ha dado.

—¿Yo?

—Sí. Esta mañana, en el bosque, he visto cómo cierta joven ha deshojado una margarita y se la ha arrojado á usted á la cara.

Marcial no halló una palabra de disculpa.

—Adiós, señor de Briançon, exclamó Juana con la voz anegada en lágrimas; usted me ha herido dos veces; si yo sobrevivo á esta, hágame usted la merced de no herirme por tercera vez.

Marcial suplicó, rogó, pero las miradas y los ruegos hallaron inflexible á la señorita de Armaillac; Juana indicóle con tan enérgica voluntad la puerta, que él salió de allí sin darse cuenta.

Por la noche debía ir, como de costumbre, á casa de Carolina Aumont; no fué, y la escribió estas sencillas frases:

«Esta vez, Carolina, todo ha concluido definitivamente. La fatalidad nos separa, jamás nos reuniremos.»

MARCIAL.»

LIBRO II

LA CONFESIÓN DE CAROLINA

I

La última palabra del amor

Paseábame delante del café de la Paz con algunos amigos, entre los cuales se hallaba ese español apellidado el marqués de Santaná. Todos deseábamos oír las donosas burlas de aquel hermoso diablo que se reía del mundo entero.

—¿No sabe usted algo nuevo? le pregunté deteniéndole.

—Cosas nuevas de lo ya viejo, pero nada nuevo de lo nuevo. Nada imprevisto.

—¿Y Juana de Armaillac?

—No hablemos hoy de ella, porque su futuro se baté en duelo; mañana podré hablar.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque usted conoce á muchos periodistas. Si yo dijera una sola palabra habría otro duelo.

—Pues entonces, adiós.

—Espérese usted, me dijo el marqués. Una joven de cierto mundo me ha confiado

tro querido? Pero ¿por qué me habla usted otra vez de golpes dolorosos?

La señorita de Armaillac, que se había contenido y que ocultaba su herida bajo una sonrisa, no pudo acallar más tiempo su cólera.

—Sí, otra puñalada, ¿lo oye usted? Un nuevo y doloroso golpe que esta vez será mortal, porque usted me lo ha dado.

—¿Yo?

—Sí. Esta mañana, en el bosque, he visto cómo cierta joven ha deshojado una margarita y se la ha arrojado á usted á la cara.

Marcial no halló una palabra de disculpa.

—Adiós, señor de Briançon, exclamó Juana con la voz anegada en lágrimas; usted me ha herido dos veces; si yo sobrevivo á esta, hágame usted la merced de no herirme por tercera vez.

Marcial suplicó, rogó, pero las miradas y los ruegos hallaron inflexible á la señorita de Armaillac; Juana indicóle con tan enérgica voluntad la puerta, que él salió de allí sin darse cuenta.

Por la noche debía ir, como de costumbre, á casa de Carolina Aumont; no fué, y la escribió estas sencillas frases:

«Esta vez, Carolina, todo ha concluido definitivamente. La fatalidad nos separa, jamás nos reuniremos.»

MARCIAL.»

LIBRO II

LA CONFESIÓN DE CAROLINA

I

La última palabra del amor

Paseábame delante del café de la Paz con algunos amigos, entre los cuales se hallaba ese español apellidado el marqués de Santanas. Todos deseábamos oír las donosas burlas de aquel hermoso diablo que se reía del mundo entero.

—¿No sabe usted algo nuevo? le pregunté deteniéndole.

—Cosas nuevas de lo ya viejo, pero nada nuevo de lo nuevo. Nada imprevisto.

—¿Y Juana de Armaillac?

—No hablemos hoy de ella, porque su futuro se baté en duelo; mañana podré hablar.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque usted conoce á muchos periodistas. Si yo dijera una sola palabra habría otro duelo.

—Pues entonces, adiós.

—Espérese usted, me dijo el marqués. Una joven de cierto mundo me ha confiado

ayer un manuscrito robado á una de sus amigas.

—¿Para ser impreso como folletín en la *Gaceta del Infierno*?

—La *Gaceta del Infierno* es *Le Figaro* ó *Le Gaulois*, respondió Satanás conduciéndome al Hotel Continental.

El marqués tenía allí una habitación para sus aventuras del día.

Abrió el cajón de una mesa de Boule.

—Tóme usted, dijo el marqués presentándome unos cuadernos atados con una cinta rosa.

—Perfectamente, contesté yo; he aquí un manuscrito de autor inédito que exhala un dulce perfume á violeta.

—¡De violeta! diga usted de pecado; el olor de santidad no es ciertamente el olor del pecado.

El marqués dióme el manuscrito. QUITÉ yo la cinta y leí algunas líneas.

—¿No es verdad que son deliciosos estos jeroglíficos? Verá usted en seguida que son la mano, el corazón, y el espíritu de una mujer.

—Querrá usted decir de una pecadora.

—Es lo mismo. Por lo demás, esa mujer ó esa pecadora vive todavía.

El marqués miró su reloj.

—Pero no tiene más que tres horas de vida, continuó.

—¿Por qué?

—Lea usted su historia.

—¡Tres horas de vida! Entonces será una mujer vieja ya.

—Tiene veinticinco años menos tres horas.

—Me está usted relatando un cuento.

—Sí, en verdad, como siempre un cuento que es verdad.

—¿Es bonita?

—¡Sí, es bonita!

Y aquel hombre endiablado me enseñó una diminuta fotografía de Nadar tomada en un hermoso día de sol.

Reconocí á Carolina Aumont, la querida de Marcial Briançon.

—¿Qué dice usted?

—¡Encantadora! Ya sabe usted que la conozco mucho, mejor que usted, tal vez; si ella quiere morir es porque Marcial de Briançon la habrá despedido por segunda vez. Yo no quiero que esta preciosa muchacha muera dentro de tres horas. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Sí lo sabe usted!

—No, no lo sé. Además, no puedo impedir que se muera.

—¿Dónde vive?

—Habita boulevard Malesherbes 60, pero ha salido para comer con una de sus amigas y ha querido respirar por última vez el aire de la Cascada.

—Vamos á su casa.

—No volverá á su casa.

—¿Pues dónde irá á comer?

—Lo ignoro.

El marqués tendióme su mano.

—Esté donde esté, dijo, no puedo ir á buscarla con usted. Cómo esta noche en

casa de una á quien llevo muy buenas noticias.

—No creo que á la reina le hará usted creer que es usted el diablo en persona.

—No, porque ella me conoce desde muy joven frecuentando su corte. Una verdadera mujer, es la reina, una cabeza y un corazón.

—Y dos ojos como el cielo de España.

—Adiós, querido mío. Busque á Carolina, entre usted en campaña para encontrarla y salvarla, á menos que su destino sea irrevocable.

El marqués partió.

No sabia yo dónde comer, y entré en el café Inglés. En uno de sus gabinetes particulares me puse á hojear el manuscrito atado con cinta rosa.

—¿Qué es lo que podrá contar? decía entre mí; Carolina es mujer de espíritu inquieto, amante de lo imprevisto; tiene horror á las cosas vulgares, tal vez su manuscrito sea en realidad interesante.

Eché una rápida mirada al principio.

Pasé una hora leyendo rápidamente. Y ahí tienen ustedes la historia que sigue, tal cual la lei, con sus faltas de ortografía, que los impresores harán bien en no respetar.

II

Mis confesiones

15 Diciembre, 1878.

¿Os gustan los prólogos? Para mí el libro de la vida es el prólogo de la muerte. Pero el prólogo no es más que una página y el

libro tiene mil. No gastaría yo mucha tinta de Virtud para referir mis hechos y mis gestos si el azar no me hubiese arrojado en una comedia parisina de donde no puedo tomar algunas figuras, escenas y cuadros.

Para la historia de una época son buenos también los garabatos de las mujeres, aunque sean éstos los garabatos ligeros de mujeres ligeras.

Es sabido que muchas veces el ojo femenino ha hecho descubrimientos donde la filosofía no ha visto nada; y es que las mujeres penetran mucho más adelante que los historiadores en los bastidores de todos los teatros. Ellas ven á los comediantes del mundo antes que ellos entren en escena y los vuelvan á ver cuando regresan de sus triunfos ó de sus derrotas.

No he escrito estas *memorias* por el placer único de hablar de mí. Perdida y vuelta á encontrar por el amor, deseo salvar por el amor mismo á las que me lean; alguna será.

Tal vez me equivoque y es imposible que haya escrito mis *memorias* solo para mí á fin de recordar los días embriagadores en que me abandonaba á olas voluptuosas.

Escribir nuestra vida es vivir dos veces. Además, ¿por qué no confesarlo? Confío en que mi último amor, Marcial de Briançon, leerá estos recuerdos.

Quiero arrasarle los ojos en lágrimas cuando ya no existirá.

¿No es este el sueño supremo de una mujer que va á morir?

Marcial muchas veces me ha rogado le

casa de una á quien llevo muy buenas noticias.

—No creo que á la reina le hará usted creer que es usted el diablo en persona.

—No, porque ella me conoce desde muy joven frecuentando su corte. Una verdadera mujer, es la reina, una cabeza y un corazón.

—Y dos ojos como el cielo de España.

—Adiós, querido mío. Busque á Carolina, entre usted en campaña para encontrarla y salvarla, á menos que su destino sea irrevocable.

El marqués partió.

No sabia yo dónde comer, y entré en el café Inglés. En uno de sus gabinetes particulares me puse á hojear el manuscrito atado con cinta rosa.

—¿Qué es lo que podrá contar? decía entre mí; Carolina es mujer de espíritu inquieto, amante de lo imprevisto; tiene horror á las cosas vulgares, tal vez su manuscrito sea en realidad interesante.

Eché una rápida mirada al principio.

Pasé una hora leyendo rápidamente. Y ahí tienen ustedes la historia que sigue, tal cual la lei, con sus faltas de ortografía, que los impresores harán bien en no respetar.

II

Mis confesiones

15 Diciembre, 1878.

¿Os gustan los prólogos? Para mí el libro de la vida es el prólogo de la muerte. Pero el prólogo no es más que una página y el

libro tiene mil. No gastaría yo mucha tinta de Virtud para referir mis hechos y mis gestos si el azar no me hubiese arrojado en una comedia parisina de donde no puedo tomar algunas figuras, escenas y cuadros.

Para la historia de una época son buenos también los garabatos de las mujeres, aunque sean éstos los garabatos ligeros de mujeres ligeras.

Es sabido que muchas veces el ojo femenino ha hecho descubrimientos donde la filosofía no ha visto nada; y es que las mujeres penetran mucho más adelante que los historiadores en los bastidores de todos los teatros. Ellas ven á los comediantes del mundo antes que ellos entren en escena y los vuelvan á ver cuando regresan de sus triunfos ó de sus derrotas.

No he escrito estas *memorias* por el placer único de hablar de mí. Perdida y vuelta á encontrar por el amor, deseo salvar por el amor mismo á las que me lean; alguna será.

Tal vez me equivoque y es imposible que haya escrito mis *memorias* solo para mí á fin de recordar los días embriagadores en que me abandonaba á olas voluptuosas.

Escribir nuestra vida es vivir dos veces. Además, ¿por qué no confesarlo? Confío en que mi último amor, Marcial de Briançon, leerá estos recuerdos.

Quiero arrasarle los ojos en lágrimas cuando ya no existirá.

¿No es este el sueño supremo de una mujer que va á morir?

Marcial muchas veces me ha rogado le

contara los primeros días de mi juventud asegurándome que quería vivir toda mi vida, como los que llegan muy tarde ante un parterre de rosas, pero que aspiran con encanto el perfume de las rosas ya marchitas.

Viajera temeraria, llevada por las inevitables corrientes de un mar erizado de escollos, antes de estrellarme contra el más terrible de todos, he podido entrever islas cubiertas de fresco verdor, tranquilas y umbrosas, poseyendo la dicha del que vive solo al abrigo de las tempestades en el seno mismo de esas regiones donde nacen, estallan y triunfan las más violentas pasiones. He querido erigir en vano un faro sobre sus acantilados que me han hecho caer de naufragio en naufragio y he podido únicamente levantar la topografía del país de la dicha entreviéndolo a través de dos huracanes.

Perdóname, lector amigo, si uso demasiado el lenguaje del marino, pero no en vano he recorrido los océanos del pecado.

Además, mi abuelo fué vicealmirante. Este recuerdo me hace inclinar tristemente la cabeza.

Mi vida es un tejido de dolores bajo una carcajada.

Quando contaba dieciséis años y creía en todo, hasta en el amor, una preciosa golondrina vino á batir sus alas contra el cristal de mi cuarto. La cogí, la besé y la puse en el cuello la cinta rosa que ataba mis cabellos. De pronto, quiso huir y dióse un violento golpe en la cabeza contra el cristal, creyendo que era el espacio azul que veía

tras de aquél. La golondrina murió en mis manos y bajo mis labios.

Aquello fué un triste pensamiento para toda mi vida.

Muero como la pobre golondrina. ¡Heme dado un golpe en la cabeza y en el corazón contra el amor creyendo ver el cielo y no he hallado más que la muerte!

III

Donde se trata de Friné

He olvidado decirnos mi nombre. No soy conocida más que por un pseudónimo; todo el mundo me llama Carolina Aumont, pero me llamo por bautismo Diana de F*** de Aumont.

Si no sois indiscretos, os diré que tengo derecho á la corona de condesa.

Quando nací, nací rica; pero esa fortuna muy antigua la perdí antes de llegar á la edad de la razón. ¡La edad de la razón!

No he sabido nunca contar tal edad.

La edad de la razón, es, para mí, la edad de la muerte, diría yo, si quisiera pasar por el octavo sabio de la Grecia.

Mi familia, después del último naufragio, se refugió en París, cerca de la isla de San Luis.

Todavía no desesperábamos; alquilamos un cuarto que era grande, lleno de aire y de luz, tal vez algo destartalado, pero los muebles aún lucían en sus esquinas.

Mi madre no salvó del naufragio más fortuna que sus tres hijos, una pensión del Estado y muchos créditos dudosos.

30325

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO
MEXICO, MEXICO

contara los primeros días de mi juventud asegurándome que quería vivir toda mi vida, como los que llegan muy tarde ante un parterre de rosas, pero que aspiran con encanto el perfume de las rosas ya marchitas.

Viajera temeraria, llevada por las inevitables corrientes de un mar erizado de escollos, antes de estrellarme contra el más terrible de todos, he podido entrever islas cubiertas de fresco verdor, tranquilas y umbrosas, poseyendo la dicha del que vive solo al abrigo de las tempestades en el seno mismo de esas regiones donde nacen, estallan y triunfan las más violentas pasiones. He querido erigir en vano un faro sobre sus acantilados que me han hecho caer de naufragio en naufragio y he podido únicamente levantar la topografía del país de la dicha entreviéndolo a través de dos huracanes.

Perdóname, lector amigo, si uso demasiado el lenguaje del marino, pero no en vano he recorrido los océanos del pecado.

Además, mi abuelo fué vicealmirante. Este recuerdo me hace inclinar tristemente la cabeza.

Mi vida es un tejido de dolores bajo una carcajada.

Quando contaba dieciséis años y creía en todo, hasta en el amor, una preciosa golondrina vino á batir sus alas contra el cristal de mi cuarto. La cogí, la besé y la puse en el cuello la cinta rosa que ataba mis cabellos. De pronto, quiso huir y dióse un violento golpe en la cabeza contra el cristal, creyendo que era el espacio azul que veía

tras de aquél. La golondrina murió en mis manos y bajo mis labios.

Aquello fué un triste pensamiento para toda mi vida.

Muero como la pobre golondrina. ¡Hemecado un golpe en la cabeza y en el corazón contra el amor creyendo ver el cielo y no he hallado más que la muerte!

III

Donde se trata de Friné

He olvidado decirnos mi nombre. No soy conocida más que por un pseudónimo; todo el mundo me llama Carolina Aumont, pero me llamo por bautismo Diana de F*** de Aumont.

Si no sois indiscretos, os diré que tengo derecho á la corona de condesa.

Quando nací, nací rica; pero esa fortuna muy antigua la perdí antes de llegar á la edad de la razón. ¡La edad de la razón!

No he sabido nunca contar tal edad.

La edad de la razón, es, para mí, la edad de la muerte, diría yo, si quisiera pasar por el octavo sabio de la Grecia.

Mi familia, después del último naufragio, se refugió en París, cerca de la isla de San Luis.

Todavía no desesperábamos; alquilamos un cuarto que era grande, lleno de aire y de luz, tal vez algo destartalado, pero los muebles aún lucían en sus esquinas.

Mi madre no salvó del naufragio más fortuna que sus tres hijos, una pensión del Estado y muchos créditos dudosos.

30325

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO
MEXICO, MEXICO

Mi hermana se educaba en San Dionisio, mi hermano estudiaba para ingresar en la escuela naval de Brest, yo jugaba á las cuatro esquinas con los muebles del salón. Enfermábase mi madre de tan continuo llorar por la pérdida de mi padre y de su fortuna; escribía muchas cartas, pero el dinero no venía. Pronto tuvimos que cambiar de habitación, y de la isla de San Luis pasamos al entresuelo de una modesta casa de Passy.

Mi primer recuerdo es el de un baile de niños en casa de la señora de Epinay, donde sorprendí á todos con mis locuras y mis *gallardías*. Danzaba y valsaba como una hija de los aires. Todos me acariciaban y me dieron una *alta idea de mí misma*. Por la noche, cuando regresé á casa, permanecí un cuarto de hora delante del espejo, estudiando nuevas posturas para danzar y valsar. Tenía ya el genio en los pies. Además era curiosa, gustábame leer y tenía que conformarme con la biblioteca de mi madre, que comenzaba por el catecismo y acababa por la Biblia. Dicese que siempre en toda biblioteca hay sitio para un libro malo. Un día que buscaba uno bueno, encontré un tomo suelto de *Cortesanías de la Grecia*.

¿Por qué fué á parar allí aquel volumen?

Era de mi hermano, que lo había escondido entre los libros buenos, como si no fuera fácil reconocer á una mujer ligera entre las buenas.

Aquel libro fué una revelación para mí; una resolución iba á adoptar, cuando leí frases como las que copio aquí:

«Friné fué una de las más bellas cortesa-

nas de la antigüedad. Jamás iba á los baños públicos, pero en los días de la fiesta de Eleusis aparecía cubierta únicamente por su espléndida cabellera en la playa para entrar en el mar. En tal instante el pintor Apeles, sugestionado por su belleza incomparable, soñó á su Venus saliendo de las agus.

»Praxiteles, que la amaba apasionadamente, hizo de ella su Venus de Gnido.

»Acusada Friné de un crimen capital por Euthias, fué absuelta.

»La acusación consistía en que Friné arruinaba y corrompia á los griegos y profanaba los misterios de Eleusis: la pena era de muerte. El defensor Hlypérido, que había sido amante de Friné, observando que sus frases elocuentes no impresionaban el ánimo de los jueces, la hizo comparecer en medio del tribunal, y arrebatándole el manto, descubrió su seno y exclamó: «He aquí mi razón.» No quisieron condenar á muerte los estupefactos jueces á tan hermosa mujer, consagrada al culto de Venus, pero dieron la orden de que no se permitiese en tales actos descubrir el seno de las mujeres como medio de defensa de las acusadas.»

Cuando entró mi hermano en casa regresaba del Liceo.

—Pues bien, le dije, buenas cosas he aprendido de los filósofos de la Grecia. Platón, Sócrates, Epicuro, Diógenes, Sofocles, Demóstenes, Aristides y otros tuvieron á Gloria merecer los favores de las cortesanías.

Mi hermano se echó á reír.

—¿Has encontrado mi libro?

—Sí, y en verdad que no comprendo para qué me hacéis aprender el griego si sólo tú puedes saborear fábulas tan brillantes. Juzgándola bien la Grecia era un Carnaval completo.

—Sí, querida mía, me dijo, he aquí por qué Jesucristo ha querido hacer los miércoles de Ceniza.

Y mirándome á la cara, añadió:

—¿Es que quisieras ganar tu causa enseñando el seno de la acusada?

—Si yo fuera una joven de mármol, sí.

Mi hermano intentó coger su libro, pero yo lo había escondido mejor que él bajo mi almohada.

Aquel dichoso libro me sugirió perversos sueños. También yo iba á Corinto. También yo iba con gran pompa á presentar mis votos á Venus. Y también yo, como Friné, poníame frente á Praxiteles orgullosa de su adoración, como si fuese una mujer de mármol.

Al siguiente día, en cuanto pude escapar de la vista de mi madre, releí con fruición el libro. Desde aquel momento cerré el catecismo.

Parecíame que mi espíritu había descubierto un país luminoso.

Hasta entonces mi única esperanza era ser institutriz, conforme mi madre deseaba, que siempre altiva á pesar de su ruina, me decía, no es humillación vivir de la inteligencia.

¡Institutriz! Las veía con sus ropas antiguas, sus sombreros pasados de moda, sus botas deshechas.

Me enseñaban asimismo el piano, deseando que fuese un prodigio; pero no tenía disposiciones para la música.

Tomaba la lección, pero cuando me escuchaba sentía deseos de llorar como los perros.

¿Es que los perros serán tan nerviosos como yo?

El libro que cito me devolvió á la música. Pensé que el piano podría proporcionarme una entrada brillante en el mundo mejor que la ciencia de una institutriz, con lo que después de todo no traspasaría los umbrales de un cuarto de estudio.

—Mamá, la dije un día de pronto, quiero ser música; sigo tus consejos primeros; tal vez tengas razón.

Emprendí con entusiasmo el estudio del piano aquel mismo día. Mi madre estaba satisfechísima de mi afición por la música, y con paciencia digna de un ángel, volvió á enseñarme las primeras lecciones. Sobre todo tenía una virtud inaudita para oírme, porque en verdad yo continuaba haciendo llorar á los perros, pero no lloraba ya. Me veía aplaudida como una maravilla.

Tuve constancia y valor durante seis meses, hasta el día que me presenté en el Conservatorio. Allí juzgaron que no había nacido para la música.

Lloré de cólera. Hubiese querido patear al profesor. Pero al propio tiempo hubiera saltado á su cuello porque aconsejó á mi madre que me llevase á la clase de baile. Opinaba que era alta, esbelta, lijera. Y pronunció estas palabras que recuerdo aun, mi-

rando mis pies. «Vea usted, señora, hay mucho más espíritu en ese pie que en esas manos.»

Era el destino que hablaba.

El maestro Außer dijo:

—Que aprenda; esta señorita irá lejos, si es lijera.

¡He sido muy lijera y he ido muy lejos, muy lejos!

Ingresé en la clase de baile al mismo tiempo que las señoritas Eugenia*** Adela*** Loitina** Francisca*** y otras estrellas del cielo de la ópera que han levantado el pie hasta la celebridad.

IV

El ramito de englantinas

Tenia dieciseis años y casi era hermosa. Parecía una jovencita de Jean Goujon, no de Rubens.

Mórbida, pero sin excesivos relieves. Mi talle armonizaba perfectamente con mi pequeño y combado pie, que soportaba nerviosamente una pierna fina y redonda. Me seguían por la calle cuando por la mañana iba á pie al Conservatorio.

Mi espíritu había seguido el rápido avance de mi cuerpo. Trabajaba mucho, leía mucho, eso sí, leía siempre. Devoré en poco tiempo las obras de Balzac, George Sand y Alfredo de Musset.

Mi madre seguía conservando su frialdad y actitud digna y severa acostumbrada respecto á mí. Mi corazón, que comenzaba á buscar algo alrededor mío, hirióse por aquella reserva.

Lloraba más de una vez leyendo mis queridos libros, no por las desdichas de la heroína, sino por las mías, considerándome sola en medio del estruendo de la multitud. Adquirí un espíritu romántico gracias á mi lectura; no sentía aún la necesidad de amar. Buscaba simplemente á una joven, alegre como yo era; buscaba la amistad alrededor mío. Al fin encontré dos amigas, las más seductoras y de las más peligrosas.

Angela y Laura eran algo mayores que yo, diecisiete y dieciocho años. Bellas ambas, con la belleza del diablo: espirituales como pajes, y más aventureras que los cien guardias.

Eran hijas de un coronel muerto en Crimea: su espíritu de insubordinación, traspasando todos los límites, las obligó á salir de San Dionisio. Siguiendo entonces el consejo de un viejo amigo de su padre, antiguo empleado, su madre las hizo entrar en el Conservatorio: Angela en la sección de baile, Laura en la clase de declamación. Jamás he conocido á nadie que fuese menos trágica que la rubia Laura.

Vivían en el muelle de los Olmos, seguían el mismo camino. Como estaban en la misma clase, nuestras relaciones fueron muy pronto hechas, rotas y vueltas á reanudar.

Apasionéme en seguida de Laura;—¡qué excelente compañía nos dábamos las tres, cuando envueltas en nuestros abrigos escoceses nos aventurábamos por las calles!... ¡Qué risas continuas á pesar del viento y la lluvia que á menudo mojaba nuestros vestidos á lo largo del camino! Laura era in-

rando mis pies. «Vea usted, señora, hay mucho más espíritu en ese pie que en esas manos.»

Era el destino que hablaba.

El maestro Außer dijo:

—Que aprenda; esta señorita irá lejos, si es lijera.

¡He sido muy lijera y he ido muy lejos, muy lejos!

Ingresé en la clase de baile al mismo tiempo que las señoritas Eugenia*** Adela*** Loitina** Francisca*** y otras estrellas del cielo de la ópera que han levantado el pie hasta la celebridad.

IV

El ramito de englantinas

Tenia dieciseis años y casi era hermosa. Parecía una jovencita de Jean Goujon, no de Rubens.

Mórbida, pero sin excesivos relieves. Mi talle armonizaba perfectamente con mi pequeño y combado pie, que soportaba nerviosamente una pierna fina y redonda. Me seguían por la calle cuando por la mañana iba á pie al Conservatorio.

Mi espíritu había seguido el rápido avance de mi cuerpo. Trabajaba mucho, leía mucho, eso sí, leía siempre. Devoré en poco tiempo las obras de Balzac, George Sand y Alfredo de Musset.

Mi madre seguía conservando su frialdad y actitud digna y severa acostumbrada respecto á mí. Mi corazón, que comenzaba á buscar algo alrededor mío, hirióse por aquella reserva.

Lloraba más de una vez leyendo mis queridos libros, no por las desdichas de la heroína, sino por las mías, considerándome sola en medio del estruendo de la multitud. Adquirí un espíritu romántico gracias á mi lectura; no sentía aún la necesidad de amar. Buscaba simplemente á una joven, alegre como yo era; buscaba la amistad alrededor mío. Al fin encontré dos amigas, las más seductoras y de las más peligrosas.

Angela y Laura eran algo mayores que yo, diecisiete y dieciocho años. Bellas ambas, con la belleza del diablo: espirituales como pajes, y más aventureras que los cien guardias.

Eran hijas de un coronel muerto en Crimea: su espíritu de insubordinación, traspasando todos los límites, las obligó á salir de San Dionisio. Siguiendo entonces el consejo de un viejo amigo de su padre, antiguo empleado, su madre las hizo entrar en el Conservatorio: Angela en la sección de baile, Laura en la clase de declamación. Jamás he conocido á nadie que fuese menos trágica que la rubia Laura.

Vivían en el muelle de los Olmos, seguían el mismo camino. Como estaban en la misma clase, nuestras relaciones fueron muy pronto hechas, rotas y vueltas á reanudar.

Apasionéme en seguida de Laura;—¡qué excelente compañía nos dábamos las tres, cuando envueltas en nuestros abrigos escoceses nos aventurábamos por las calles!... ¡Qué risas continuas á pesar del viento y la lluvia que á menudo mojaba nuestros vestidos á lo largo del camino! Laura era in-

gotable dentro de su franqueza militar. Juraba como un granadero. Su padre, viejo soldado de fortuna, no hubiera podido renegar de ella. Si nuestras madres que nos dejaban afrontar los azares peligrosos de los encuentros parisinos, hubieran contado con ella para alejar á los galanteadores callejeros de oficio, hubieran hecho bien; pero ellas no contaban con el diablo de la curiosidad.

¡Cuántas veces vi á los corredores ridículos de aventuras amorosas, retroceder estupefactos ante un atrevido apóstrofe de Laura! ¡Cómo nos reíamos después locamente tras nuestros pañuelos, sofocando las carcajadas!

Angela tenía menos espontaneidad, menos alegría, y un poco de sentimentalismo soñador.

Un día, á la salida del Conservatorio, fuimos sorprendidas por una súbita borrasca. No teníamos paraguas; y después de consultar nuestros bolsillos, vimos con terror que no poseíamos entre las tres más de diez sueldos. No podíamos pagar el omnibus.

—¡Mil diablos! dijo Laura. ¿Y si fuéramos á refugiarnos al pasaje de los Panoramas? Tal vez veríamos á Rafael y á Mario.

—Sí, respondió su hermana; y si no les encontramos, por lo menos no nos mojarémos.

Nos fuimos corriendo hasta el pasaje.

Durante el camino, pregunté á Laura quiénes eran Mario y Rafael.

—¡Eres tonta! me dijo, lo sabes perfectamente; son nuestros novios.

El primero se llama Mario, he aquí por qué le llamo Río; el segundo es un aprendiz; por esto le llama Angela, Rafael. Son dos nombres de guerra, puesto que ellos nos hacen la guerra.

—¿Tenéis, entonces, dos novios?

—Sí, sí, no seas hipócrita, querida mía; pues bastante les has visto siguiéndonos para no conocerles.

Abrí de par en par los ojos, maravillada; nunca había visto más que los desaires que Laura daba á los desocupados si nos molestaban.

Llegadas al pasaje, Angela cogió mi brazo.

—Vamos, me dijo, no hagas este papel de ignorante, no es propio ya de tu edad. Río y Rafael son dos buenos muchachos que leen alguna vez el diario en el café de Madrid. Por las tardes descansan de sus estudios y vienen á fumar un cigarro bajo nuestras ventanas; unas veces cantan serenatas, otras fuman. ¿Comprendes, querida?

—Comprendo que no comprendo nada absolutamente, respondí con una emoción curiosa como si fuera á penetrar en un subterráneo lleno de misterios.

Laura miróme de pies á cabeza, echóse á reír y dirigiéndose á su hermana, exclamó:

—¡Esta chica decididamente es un corde-rillo!

No sé porqué tuve deseos de llorar; pensaba en mi madre.

Laura hizo una señal, y los dos novios salieron de pronto como si brotasen de la tierra.

—¿A dónde vamos? preguntó uno de ellos, moreno de afilados bigotes que parecían salir de manos de un peluquero.

—Mi querido Río, respondió Laura, venimos en alas de una ráfaga furiosa de aire. En aquel momento entraban Río y Laura en el café Heldez.

—¿Y Carolina? preguntó Angela indicándome á los otros con una mirada.

—Puesto que esta señorita es vuestra amiga, respondió Rafael, no veo la razón de que se marche.

—Tanto menos, añadió Río, cuando veo allí á Gastón, al quien gustará infinito el encuentro.

En un abrir y cerrar de ojos quedamos instalados en el saloncito de la taberna inglesa.

Aquel á quien habían llamado Gastón hallábase á mi lado, cogiéndome las manos, cubriéndolas de besos, y repitiéndome en todos los tonos:

—¡Oh! ¡Qué afortunado soy! ¡qué dicha el conocerla!

Todo aquello pasó tan rápidamente, que no había podido adquirir una idea bien definida de mi situación.

Ahora que veo los sucesos pasados ya muy lejanos con la calma de la reflexión y la lucidez de la experiencia, estoy convencida de que toda aquella escena había sido preparada de antemano. Gastón era un amigo de Río, al que había visto muchas veces

persiguiéndome sin que viese por otra parte á Rafael y á Río que también me seguían, lo que demuestra una vez más que es una verdad que las jóvenes más inocentes, las más ingenuas, ven siempre perfectamente al hombre que las ama.

¿Qué respondí á las afirmaciones y á las protestas de Gastón? No sabría decirlo, ni lo recuerdo; palabras vagas, nada en fin. Sentíame realmente emocionada y apercíbame que no era elocuente, sobre todo comparándome con Laura y con Angela, que contestaban gallardamente á los ataques de sus amantes sin perder bocado ni dejar de paladar lo que aquellos señores habían mandado servir.

Preciso era aguerrirme, como decía Laura. Convenimos, á partir de aquel día, que los tres amigos nos esperarían siempre á la entrada de uno de los corredores de la Ópera.

Durante un mes no dejaron un sólo día de ir á buscarnos al Conservatorio. Sin embargo, pese á los manejos de mis dos amigas, no cedí á la tentación que me impulsaba á los brazos de Gastón.

No obstante, casi le amaba. En su libro, *Amor*, Stendhal ha escrito curiosas páginas acerca de esta cuestión.

¿Cuál es el amor más profundo? ¿Es el primero? ¿Es el que sigue?

Soy de los que creen, porque lo han probado, que es el segundo.

Bien es verdad que muchos pueden decir: «A menos que no sea el tercero.»

Gastón de Foix, así lo llamaban sus ami-

gos por humorismo histórico y geográfico, pues que había nacido en Foix, era un hombre de veinticinco años, esbelto, elegante; á mis ojos, en aquel tiempo, era hermoso, porque se parecía á un figurín de la moda. Unid á esto una deliciosa fatuidad, un espíritu vivo y siempre dinero en los bolsillos de su chaleco irreprochable, y tendréis el héroe vencedor de una joven de dieciseis años, que no siempre podía amorzár cuando iba á pasar muchas horas sobre la punta de sus nervios y de sus pies en la clase del Conservatorio.

Gastón era uno de sus nombres de pila; llamábase también Marcial.

Era un hijo del conde de Briancon, muerto en Crimea. Pronunciar hoy el nombre de Marcial, es contar su historia, puesto que todo el mundo le conoce. Se batió como un león contra los prusianos; tal vez alguien os diría hoy que es un gomoso, un inútil y un arruinado.

Y es que este alguien se imagina que esos inútiles son los jóvenes idiotas, que sólo pueden vivir á los pies de las cortesanas.

Si que existen tales idiotas pero yo no los conozco, ni hablo de ellos.

Los inútiles que han cenado conmigo y que me han llevado á las carreras y á las aguas de moda, son hombres de espíritu, hombres intelectuales que tienen el valor de su juventud y de sus pasiones. Sin hablar de valor, ¡cuántos de ellos se han hecho matar por los prusianos después de llevar a cabo actos de heroísmo!

Yo he visto en la *Maison d'or* y en el ca-

fé *Anglais* á todos los grandes hombres de Francia heráldica, imperial y republicana. Al barón de H..., al duque de R..., al barón de E..., al conde de B..., al conde de Saint..., al marqués de C..., al duque de F. C. y tantos otros. Esos son los inútiles, los arruinados, los perdidos que llevan una gran vida y que después de haber atravesado esta Universidad de la existencia á cuatro caballos, pasan sobre los cuerpos de muchos ambiciosos que se marchitan y mueren en el silencio de un gabinete de estudio.

Yo amaba á Gastón-Marcial con toda la ingenuidad, toda la credulidad, toda la violencia y toda la frescura de un primer amor compuesto de nuevas sensaciones, de mil deseos indefinidos y de una inmensa curiosidad.

Existía también un vago sentimiento ulterior de libertad, de vida seductora y loca, con vestidos elegantísimos y bonito coche tirado por un caballo inglés.

Sin embargo, á pesar de la lluvia y el frío, el carnaval y las fiestas del invierno estaban aún en el prólogo; apretones de manos, algunos besos, continuas emociones con infinitos suspiros. ¡Qué sueños tan extravagantes en mis noches febriles!

Hasta entonces Gastón se mostró paciente y resignado, pero convencido de que no podía dejar de pertenecerle tarde ó temprano. En nuestros paseos bajo los olmos de los Campos Eliseos había atestiguado una violenta impaciencia de cambiar los

placeres tranquilos de la pasión platónica por los más vivos del amor real.

Una mañana, en el momento que íbamos á entrar las tres en el pasaje de la Opera, vimos venir á Gastón, Rafael y Río.

—¡No se pasa!— exclamó el último extendiendo los brazos.

—¡Fuera hoy el Conservatorio! ¡Abajo el Conservatorio y todos los conservadores! gritó Rafael.

—Hoy es día de celebrar el santo amor, me dijo Gastón, por lo tanto es preciso hacer novillos con la clase.

—Pero ¿qué significa esto? preguntó Laura.

—Significa, ¡oh Raquel, en semilla!, que hemos resuelto pasar con vosotras todo el día en el campo y que estamos decididos á llevaros por la persuasión, por la astucia, y, si necesario fuese, por la fuerza armada.

Y Río nos amenazó con un ligero bastón que escondía un puñal.

—¡Oh Dios! el campo, exclamó Laura batiendo palmas. ¡Hé aquí una idea genial!, seguramente no será de Rafael.

Interrumpí á Laura:

—Hoy sería muy agradable, pero ¿y mañana?

—Ya encontrarán una mentira que decir bajo los árboles de allá abajo, respondióme Laura.

Y añadió vivamente:

—¿Adónde vamos?

—A Saint Cloud, patria de los mirlos silbadores y del pescado frito.

—Todo está preparado, señoritas, vamos

allá; el brazo á estos señores y adelante el *Canto de la partida*.

Y Gastón de Foix empezó á declamar de un modo triunfante los primeros versos del himno nacional de Chenier:

«La victoire en chantant nous ouvre la barrière de l'Etoile.»

Me tomó el brazo Rafael y echamos á andar.

—¿Cuándo regresaremos? le pregunté.

—Un día ú otro, contestó riendo.

—Pero mi madre...

—¡No seas boba! dijo Angela, tu madre puede casarse otra vez esperándote.

La excursión había sido proyectada á espaldas mías ocho días atrás. Aguardaban una mañana de sol. Siento al narrar esto un atractivo doloroso que comprenderán únicamente las mujeres que han sentido como yo todas las seducciones románticas del primer amor, en medio de los esplendores y de la poesía de un hermoso día de primavera.

Fuimos á pie hasta la estación de Saint-Lazare. Las calles inundadas por el sol y apenas con gente en aquella hora algo matinal para los parisinos, se me antojaron transfiguradas. La atmósfera tibia parecía perfumada por el olor de las violetas y de los lirios.

Experimentaba todavía algunos escrúpulos, pero Gastón los disipaba dulcemente; ¡parecía tan dichoso! Hacer dichoso á cualquiera es una tentación terrible.

Al subir al vagón estaba tan alegre como mis dos amigas.

En cuanto bajamos del tren en la estación de Saint-Corsel, Gastón nos abandonó un momento y nosotras nos dispusimos á correr como colegialas escapadas de un convento. Momentos después nos dirigió un alegre discurso:

— Señoritas y señoras, vamos, así lo espero, á loquear como una bandada de pájaros; pero os prevengo que cerca del estanque, en la *Ré Pêcheuse*, nos aguarda un almuerzo que sería tonto despreciar. Después de almorzar continuaremos estas locas carreras por tierra y sobre el mar, en los bosques y sobre el césped, siendo preciso que vengais á visitar mi palacio donde hallaréis una comida campestre y un organillo nuevo. Podréis bailar...

— ¡Fuera programas! dijo Río, ¿qué te figuras, que estas señoras huyen del Conservatorio para caer en tus programas?

— Preciso será también que caigáis dentro de mi castillo.

— ¿Tienes un castillo?

— ¡Para vosotras lo hice edificar, ingratas! Es un *chalet* suizo donde quiero llevar una vida de Robinsón.

— ¿Y Vèrnes?

— Es mi cocinero. Pero más rico que Robinsón; espero tener todavía en mi isla desierta en tierra firme, algunos compañeros salvajes y cuento con vosotras...

— ¡Ah! vamos, ¿Gastón de Gois es pues, un verdadero príncipe? dijo Rafael.

— ¿Un príncipe de la banca ó de la Bohemia? preguntó Angela.

— Cuando se ama, cualquiera tiene siem-

pre algo de príncipe; respondió sentenciosamente la risueña Laura; ¿no es verdad Carolina?

Yo me arrojé en los brazos de Gastón, que rozó sus labios ligeramente con los míos. Me desasí vivamente y eché á correr, no sabiendo si reír ó llorar.

Aquello fué la señal de una carrera loca que nos llevó junto al gran estanque á cuya orilla apercibimos al dueño de la *Ré Pêcheuse* que nos esperaba con su blanco delantal levantado y el casquete gallardamente caído sobre la oreja derecha.

Después de un festín primitivo donde el champagne hizo de las suyas, visitamos lo que Gastón había llamado su palacio y su castillo.

Era un bonito *chalet* edificado en chaflán que había alquilado expresamente para seducirme.

El *chalet* estaba rodeado de un pequeño jardín inglés, formando por un macizo de hayas; abedules, encinas y olmos. Un gran chaparral de rosales silvestres acababa de formar un bosque espeso é impenetrable que envolvía al *chalet* con un cinturón blanco y rosá de donde se desprendía el perfume primaveral de las englantinas.

¡Oh! y cómo amo á esa flor sencilla y poética. ¡Cuántas veces, después, he dado un luis á un pobre auvernés de los Campos Eliseos, para que me fuera á buscar en los zarzales del bosque de Bolonia una rama llena de rosas!

Aspirando su perfume, que tiene más castidad que el de la violeta, he revivido aque-

llos tiempos, durante un momento, con alegría indecible.

¿Era el amor? No; era la embriaguez de los dieciséis años emborrachados por el aroma de las primeras rosas.

Bailamos todo aquel día, no á los sonos desafinados de un órgano, sino á los de un magnífico piano Eraul. Gastón me sentó en una cuna de clemátidas y de lilas, y allí oímos, sin verles, las carcajadas de Laura y las voces de Rafael.

Gastón me hablaba en voz queda.

¿Qué me decía? Nada. Si me hablara en hebreo también le hubiese comprendido.

¿Y después?

Cuando regresamos, por mi parte tal como fui, abracé á mi madre por la noche orgullosa de mí misma.

Lo juro por todas las rosas de la próxima primavera.

V

Lo imprevisto y lo desconocido

Nos mudamos de la isla Saint Luis y fuimos á Passy. Habitábamos los bajos de una casita situada en la calle de la Pompe, cerca de la de Jules Janin.

Los bajos tenían un jardinito grande como la palma de la mano, que poseía por único bosque un albaricoquero y por fuente el agua que caía del canalón de la fachada. Los pájaros cantaban, pero eran canarios prisioneros dentro de una jaula dorada.

A mi madre apenas le habían quedado

unos mil quinientos francos de renta y olvidábase ya un pasado lujoso, consolándose con Dios y sus tres hijos; mi hermano estaba próximo á ingresar en la escuela naval de Brest: mi hermana seguía en San Dionisio y yo en el Conservatorio.

No podía separarme de mi madre, sino para ir á jugar alguna vez á casa de mi primo de la calle de Cerisaic.

No fui más á Saint-Clout.

Mi madre me prohibió leer y escribir.

¿Para qué? ¡He leído malos libros y escribo uno!

Mi hermoso Gastón de Foix quiso nuevamente tenderme otro lazo, pero yo me volví arisca como una cierva. Huía sí, al fondo de los bosques, pero era con mi madre y en los del jardín de mi casa. Gastón me seguía hasta la puerta; y llevando hasta lo sublime su pasión, subía conmigo al ómnibus que me conducía a la Opera.

Presentía yo que tarde ó temprano caería en los brazos de Gastón; pero experimentaba no sé qué vivo placer en resistirme á mí misma.

Estaba orgullosa de no haber caído aún; sentíame virtuosa jugando con mi amor y con mi amante.

Pero un día no tuve tiempo para reflexionar y caí neciamente como si el azar fuese dueño y señor de mi cuerpo.

¡Me equivoco, no fué el azar! Fué el orgullo. El orgullo pierde á más mujeres que el amor mismo.

¡Terrible día! Salía del Conservatorio; el tiempo era lluvioso y pensaba que debía

llos tiempos, durante un momento, con alegría indecible.

¿Era el amor? No; era la embriaguez de los dieciséis años emborrachados por el aroma de las primeras rosas.

Bailamos todo aquel día, no á los sonos desafinados de un órgano, sino á los de un magnífico piano Eraul. Gastón me sentó en una cuna de clemátidas y de lilas, y allí oímos, sin verles, las carcajadas de Laura y las voces de Rafael.

Gastón me hablaba en voz queda.

¿Qué me decía? Nada. Si me hablara en hebreo también le hubiese comprendido.

¿Y después?

Cuando regresamos, por mi parte tal como fui, abracé á mi madre por la noche orgullosa de mí misma.

Lo juro por todas las rosas de la próxima primavera.

V

Lo imprevisto y lo desconocido

Nos mudamos de la isla Saint Luis y fuimos á Passy. Habitábamos los bajos de una casita situada en la calle de la Pompe, cerca de la de Jules Janin.

Los bajos tenían un jardinito grande como la palma de la mano, que poseía por único bosque un albaricoquero y por fuente el agua que caía del canalón de la fachada. Los pájaros cantaban, pero eran canarios prisioneros dentro de una jaula dorada.

A mi madre apenas le habían quedado

unos mil quinientos francos de renta y olvidábase ya un pasado lujoso, consolándose con Dios y sus tres hijos; mi hermano estaba próximo á ingresar en la escuela naval de Brest: mi hermana seguía en San Dionisio y yo en el Conservatorio.

No podía separarme de mi madre, sino para ir á jugar alguna vez á casa de mi primo de la calle de Cerisaic.

No fui más á Saint-Clout.

Mi madre me prohibió leer y escribir.

¿Para qué? ¡He leído malos libros y escribo uno!

Mi hermoso Gastón de Foix quiso nuevamente tenderme otro lazo, pero yo me volví arisca como una cierva. Huía sí, al fondo de los bosques, pero era con mi madre y en los del jardín de mi casa. Gastón me seguía hasta la puerta; y llevando hasta lo sublime su pasión, subía conmigo al ómnibus que me conducía a la Opera.

Presentía yo que tarde ó temprano caería en los brazos de Gastón; pero experimentaba no sé qué vivo placer en resistirme á mí misma.

Estaba orgullosa de no haber caído aún; sentíame virtuosa jugando con mi amor y con mi amante.

Pero un día no tuve tiempo para reflexionar y caí neciamente como si el azar fuese dueño y señor de mi cuerpo.

¡Me equivoco, no fué el azar! Fué el orgullo. El orgullo pierde á más mujeres que el amor mismo.

¡Terrible día! Salía del Conservatorio; el tiempo era lluvioso y pensaba que debía

encaminarme hasta la plaza de la Bolsa para tomar el ómnibus de Passy, furiosa ante el miedo de ensuciar mis lindos zapatos porque siempre me ha gustado ir bien calzada.

Un lujoso cupé con dos caballos permanecía parado en la puerta del Conservatorio, los caballos eran tan soberbios, el coche tan elegante, que al abrir mi paraguas no pude menos de admirar un momento aquellas maravillas. Una de mis amigas pasaba.

—Es el cupé del conde, me dijo, al ver la corona.

—¿El conde de qué? ¿El conde de quién?

—El conde de nadie, ignoro su nombre, es el amante de Eugenia.

—Creía que ésta sólo usaba coches de alquiler.

—¡Ya, ya! El la espera ahora. No tendremos nosotras esta suerte. Y sin embargo tenemos cara y piernas.

Y diciendo esto, mi amiga marchóse bailando.

¿Por qué me quedé sobre la acera?

El conde, que había asomado su cabeza para verme bajando el cristal, echóme una mirada y una sonrisa diabólica.

Sonreíme también, observando esto abrió el conde la portezuela é invitóme á subir.

¿Por qué subí sin hacerme de rogar? ¿Era porque llovía? ¿Era porque el conde tenía una simpatía irresistible de gran señor? ¿Era porque encontraba gracioso dejar mi paraguas á Eugenia?

No sé nada, ni aún hoy me lo explico.

Conquistó el conde mi espíritu. Mi alma

pertenecía á Gastón. Pero del conde desprendíase no sé qué perfume aristócrata de buena cepa; sabía mucho, hablaba muy bien de todo y parecióme que poseía pequeñas llaves de oro para abrir una imaginación.

Y después eran tan hermosos sus caballos! ¡¡base tan bien dentro de su cupé!

Quise preguntar adónde íbamos; pero comprendí que eso no me importaba.

Atravesamos los Campos Elíseos y el Arco de Triunfo siguiendo por la gran avenida de Neuilly. Pronto reconocí el antiguo parque lleno hoy de preciosas quintas.

Cerca del Sena y al lado de un enorme palacio antiguo detúvose el coche frente un diminuto y elegante hotel estilo Luis XIII escondido entre el follaje de los árboles y la madre selva que trepaba por todos los huecos.

Saltó el conde al suelo y me dió la mano para apearme.

Sobre la escalinata vimos adelantarse á una ama de llaves, colorada y fuerte. Tenía el aspecto de mujer formal, y representaba cuarenta años de edad.

—¿El señor conde come aquí? preguntó.

—Sí, respondió el conde.

—¿Se acostará aquí el señor conde? repitió la mujer.

—Pregúntaselo á la señorita.

Y el conde añadió con exquisita cortesía:

—Señorita, ignoro el nombre de usted; pero me es igual, puesto que no le diré el mío jamás. ¿Qué me importa? Está usted en su casa. El chalet, los árboles, la fuente, un ca-

ballo de silla que se llama Mustafá, una pequeña barca para pasear por el Sena, todo lo que hay dentro la casa y un crédito de veinticinco mil francos en casa de Worth, todo es suyo. Me creí en el Chalet viendo representar un cuento de hadas.

—Y puesto que, continuó el conde, está usted en su casa, ruego á usted, señorita, de sus órdenes. Todos la obedecerán incluso yo.

—Pues entonces, caballero, abráceme usted!

VI

La vida claustral

La comida no fué mágica, pero sí admirablemente servida.

Ensayé penetrar en todo aquel misterio; pero el conde respondiome siempre con ingeniosidades. Divertíase con mi sorpresa y mi curiosidad no diciéndome más que lo que le convenía decirme.

Por la tarde condújome á la barca. Pero como el tiempo continuaba siendo desagradable, no quise dar paseos sobre el agua. Regresamos al jardín y continuamos paseando á pesar de la lluvia.

—Todo esto, dije al conde, por dejar mi paraguas á Eugenia.

—Tal vez ella quisiera devolverlo, me contestó sonriendo.

Y no volvió á hablar del asunto.

Al día siguiente dejome muy temprano.

—Quisiera, dejar á usted mi caballo y mi coche, pero no subo jamás á un *ómnibus*. Si

usted sabe montar á caballo, monte á Mustafá y dé un paseo por el Bosque; si no sabe usted puede pasear por las próximas alamedas. Es un animal muy inteligente y dócil que no se encabrita aunque se le excite; en el tocador hallará usted un traje de amazona que quizá le esté bien.

Y sonrióse como si pensara en la que la había vestido antes que yo.

Muy niña era cuando montaba á caballo con mi hermano, después no monté más; pero no tenía miedo, así es que el mismo día me aventuré sobre Mustafá por las alamedas del parque Neuilly.

—¿Cuándo volverá usted? pregunté al conde.

—No me espere usted nunca, respondió; tal vez hoy mismo, tal vez dentro de ocho días...

No me pareció esto muy alegre, pero no tenía tiempo para reflexionar. Precisaba acomodarme á la nueva existencia; por otra parte me sostenía una inmensa curiosidad. ¡Y además había escrito ya á Worth!

A los tres días fuí completamente metamorfoseada hasta el punto de no conocerme.

Quando tuve una amazona hecha para mí, fuí al Bosque de Bolonia montando á Mustafá.

Allí pude ver al conde, que se paseaba á pie con Khalil-Bey y M. Auber, el director de la Opera. Hízome un pequeño gesto indicándome que aquel día nos veríamos.

Vino á cenar con Khalil-Bey, y después de la comida nos fuimos á Variedades para

ballo de silla que se llama Mustafá, una pequeña barca para pasear por el Sena, todo lo que hay dentro la casa y un crédito de veinticinco mil francos en casa de Worth, todo es suyo. Me creí en el Chalet viendo representar un cuento de hadas.

—Y puesto que, continuó el conde, está usted en su casa, ruego á usted, señorita, de sus órdenes. Todos la obedecerán incluso yo.

—Pues entonces, caballero, abráceme usted!

VI

La vida claustral

La comida no fué mágica, pero sí admirablemente servida.

Ensayé penetrar en todo aquel misterio; pero el conde respondiome siempre con ingeniosidades. Divertíase con mi sorpresa y mi curiosidad no diciéndome más que lo que le convenía decirme.

Por la tarde condújome á la barca. Pero como el tiempo continuaba siendo desagradable, no quise dar paseos sobre el agua. Regresamos al jardín y continuamos paseando á pesar de la lluvia.

—Todo esto, dije al conde, por dejar mi paraguas á Eugenia.

—Tal vez ella quisiera devolverlo, me contestó sonriendo.

Y no volvió á hablar del asunto.

Al día siguiente dejome muy temprano.

—Quisiera, dejar á usted mi caballo y mi coche, pero no subo jamás á un *ómnibus*. Si

usted sabe montar á caballo, monte á Mustafá y dé un paseo por el Bosque; si no sabe usted puede pasear por las próximas alamedas. Es un animal muy inteligente y dócil que no se encabrita aunque se le excite; en el tocador hallará usted un traje de amazona que quizá le esté bien.

Y sonrióse como si pensara en la que la había vestido antes que yo.

Muy niña era cuando montaba á caballo con mi hermano, después no monté más; pero no tenía miedo, así es que el mismo día me aventuré sobre Mustafá por las alamedas del parque Neuilly.

—¿Cuándo volverá usted? pregunté al conde.

—No me espere usted nunca, respondió; tal vez hoy mismo, tal vez dentro de ocho días...

No me pareció esto muy alegre, pero no tenía tiempo para reflexionar. Precisaba acomodarme á la nueva existencia; por otra parte me sostenía una inmensa curiosidad.

¡Y además había escrito ya á Worth!

A los tres días fuí completamente metamorfoseada hasta el punto de no conocerme.

Quando tuve una amazona hecha para mí, fuí al Bosque de Bolonia montando á Mustafá.

Allí pude ver al conde, que se paseaba á pie con Khalil-Bey y M. Auber, el director de la Opera. Hízome un pequeño gesto indicándome que aquel día nos veríamos.

Vino á cenar con Khalil-Bey, y después de la comida nos fuimos á Variedades para

ver á la señorita Schneider. Durante un entreacto atrevíme á interrogar á la mujer que abrió el palco, preguntándole si conocía al conde.

—Sí y no, me dijo, es un ruso cuyo nombre lo sé pronunciar nunca.

A media noche el conde fué á buscarnos y durante tres días no se separó de mi lado. Hízome mil cumplimientos por mis vestidos y sobre todo por mi buen gusto. Como me oyeron cantar tocando el piano, me propuso hacerme contratar en un teatro serio.

—A propósito, me dijo, ¿no siente usted haber dejado el Conservatorio?

—No, ¡a Dios gracias! le respondí, no he nacido para bailarina.

Transcurrieron tres meses en aquella vida casi conventual.

Venia el conde cuando se le antojaba y nos paseábamos por el río ó por el jardín; leíamos también mucho. Apenas iba á París una vez por semana y únicamente al teatro.

Gustábame montar y aunque tomé cariño á mi caballo, no todos los días iba al Bosque. Una pereza invencible me dominaba de pies á cabeza.

Vivía horizontalmente.

Pensaba muchísimo en mi madre, habíale escrito pero no me contestó.

Una sola vez vino mi hermana á verme y me contó la indignación y la pena de mamá.

Existen hijas que hacen poco caso ó ninguno de su madre: yo jamás pude olvidar-

la. Y si lo pretendí alguna vez, el semblante de mi madre se me aparecía grave y triste como diciéndome: «¿qué has hecho de tí?»

VII

¿Qué es la felicidad?

El conde era un original de alto vuelo, me fué imposible saber su nombre. Todos le llamaban *el señor conde* ó *mi querido conde*: naturalmente no me atrevía á interrogar á sus escasos amigos, y no quería ni me parecía bien sobornar á sus criados. Estos permanecían silenciosos y discretos conformándose con el carácter del conde.

Únicamente la señorita Antoniette, mitad cocinera mitad intendenta, tenía sus horas de expansión.

Según sus frases, el conde pasábase la vida haciendo la felicidad de algunas jóvenes y jactábase de conocer sus costumbres; si él no venía todos los días, era porque tenía otras pensionistas como yo.

—Está algo loco, añadía. Mientras vea á la señorita contenta, será dichoso; pero si la viese triste, se acabó, ya no volvería más, ni sabría la señorita nada más de él ni rastro siquiera.

—¿Y de usted? dije á Antoniette.

—Yo? Conozco sus deseos, iría á encontrarle á París y tal vez volvería á empezar con otra.

—¿Entonces el conde no es dichoso?

—No, tiene mucho dinero, pero muchas

ver á la señorita Schneider. Durante un entreacto atrevíme á interrogar á la mujer que abrió el palco, preguntándole si conocía al conde.

—Sí y no, me dijo, es un ruso cuyo nombre lo sé pronunciar nunca.

A media noche el conde fué á buscarnos y durante tres días no se separó de mi lado. Hízome mil cumplimientos por mis vestidos y sobre todo por mi buen gusto. Como me oyeron cantar tocando el piano, me propuso hacerme contratar en un teatro serio.

—A propósito, me dijo, ¿no siente usted haber dejado el Conservatorio?

—No, ¡a Dios gracias! le respondí, no he nacido para bailarina.

Transcurrieron tres meses en aquella vida casi conventual.

Venia el conde cuando se le antojaba y nos paseábamos por el río ó por el jardín; leíamos también mucho. Apenas iba á París una vez por semana y únicamente al teatro.

Gustábame montar y aunque tomé cariño á mi caballo, no todos los días iba al Bosque. Una pereza invencible me dominaba de pies á cabeza.

Vivía horizontalmente.

Pensaba muchísimo en mi madre, habíale escrito pero no me contestó.

Una sola vez vino mi hermana á verme y me contó la indignación y la pena de mamá.

Existen hijas que hacen poco caso ó ninguno de su madre: yo jamás pude olvidar-

la. Y si lo pretendí alguna vez, el semblante de mi madre se me aparecía grave y triste como diciéndome: «¿qué has hecho de tí?»

VII

¿Qué es la felicidad?

El conde era un original de alto vuelo, me fué imposible saber su nombre. Todos le llamaban *el señor conde* ó *mi querido conde*: naturalmente no me atrevía á interrogar á sus escasos amigos, y no quería ni me parecía bien sobornar á sus criados. Estos permanecían silenciosos y discretos conformándose con el carácter del conde.

Únicamente la señorita Antoniette, mitad cocinera mitad intendenta, tenía sus horas de expansión.

Según sus frases, el conde pasábase la vida haciendo la felicidad de algunas jóvenes y jactábase de conocer sus costumbres; si él no venía todos los días, era porque tenía otras pensionistas como yo.

—Está algo loco, añadía. Mientras vea á la señorita contenta, será dichoso; pero si la viese triste, se acabó, ya no volvería más, ni sabría la señorita nada más de él ni rastro siquiera.

—¿Y de usted? dije á Antoniette.

—Yo? Conozco sus deseos, iría á encontrarle á París y tal vez volvería á empezar con otra.

—¿Entonces el conde no es dichoso?

—No, tiene mucho dinero, pero muchas

penas también. Mal casado, una mujer le hizo mil diabluras. Personaje de gran distinción, su nombre le obliga á ser severo en el mundo. Pero las grandezas le enojan, y prefiere pasar el tiempo con usted ó con otra.

— ¡Con otra! ¿Por qué me dice usted eso?

— Porque usted no es celosa. Déjele usted pagar la dicha si en esto consiste la suya.

Lo que me dijo Antoniette hizome meditar toda la noche.

— Si me ha de abandonar por hallarme triste no me encontrará más alegre.

Sin embargo, resolví ser más risueña que nunca, aunque me estremecía cada vez que veía aparecer su correcto y grave semblante.

Pretendía él sonreír, mas su sonrisa prestaba mayor tristeza á su expresión.

Muy á menudo permanecía silencioso y me escuchaba tal vez con placer. Otras poníase á mi nivel intelectual para luchar con armas iguales; y en esa batalla de ideas y de frases mi espíritu ganó una intelectualidad que siempre me ha servido y que al conde se la debo.

Escribíame bastantes veces concisas cartas de tres ó cuatro líneas, pues tenía el arte de decir muchas cosas en pocas frases, también esta correspondencia constituyó para mí una excelente lección. Así es que contestaba á las suyas con cartas de seis líneas donde procuraba decir algo. Si hoy sé escribir una carta, á él se lo agradezco. Es el hombre el que hace á la mujer.

Nada es constante, ni lo bueno ni lo

malo. Decididamente el espíritu de lo nuevo es el que nos hace correr hacia el mañana. Mientras que aquella vida extraña fué para mí una novedad, la encontré seductiva aún en los días de tristeza. Pero concluí por apercibirme que todos los días eran iguales. La misma cama, la misma mesa, el mismo caballo, el mismo jardín: todo lo mismo. Las rosas que tanto amaba eran siempre del mismo color, era preciso que se formaran blancas para que me gustaran.

Cambiaba de continuo el color de mis vestidos; pero cuando iba al bosque, no conocía á nadie. Es para los ojos que conocemos para los que deseamos ser bellas.

Ya sólo iba al bosque á caballo. Apenas ni una vez por semana iba en coche. Un pequeño cupé sin armas tirado por un caballo negro que los demás días sin duda conducía á mis rivales.

Una mañana el fastidio se apoderó violentamente de mí. Pensaba más que nunca en mi madre y en mi hermana, y lloré.

— ¡Si viniera mi madre! me decía, ¡si fuese á verla!

Pero no ignoraba que mi madre no me perdonaría ni la vida que llevaba ni mi modo de vestir.

Contemplé la casa y el jardín; abrí mi armario de vestidos, y jugué con mis joyas como una niña con sus juguetes.

— Y todo esto es mío, pensaba.

Y un instante después dije.

— Sí, mío, pero me fastidia ya.

Pensé en el conde.

— Va á venir aún con su semblante gla-

cial; será preciso que me muestre alegre, que cante y que ría.

¡Si tuviese valor!

VIII

Mustafá

Fuí asaltada por una de estas hermosas resoluciones que son una fase ó una crisis de la existencia.

Me despojé de mi bata y me vestí del modo mas sencillo que pude. Un vestido de casimir negro que usaba para mis paseos sobre el Sena. Ni una joya. Un sombrero de encajes negros, y los cabellos en bandó.

Para tener un aspecto más sencillo tomé un paraguas.

—¡Adiós! exclamé dirigiendo una mirada á la habitación.

—¿Adónde va usted? preguntóme Antoniette.

—Al jardín.

—¿Al jardín? ¿Un paraguas haciendo tan hermoso día de sol?

—Es una sombrilla, respondí.

Y me encaminé directamente á la cuadra. Estuve un momento, la dejé llenos los ojos de lágrimas al abandonar á mi caballo. Era lo que más quería de aquella casa.

—¡Adiós, querido Mustafá!

Quedéme un instante más por él, abracé su cabeza veinte veces. Parecía comprenderme y relinchaba.

Cuando pasé el dintel de la casa, ¿á dónde iré? me preguntaba. Fuí por la gran avenida de Neully para tomar el omnibus,

más orgullosa que si subiera á un coche tirado por cuatro alazanes. Y es que me sentía digna de mí y de mi madre. Conquistaba mi libertad. Ya no viviría más para el placer de un buscador de distracciones. Sin embargo, no me atrevía á ir directamente á casa de mamá. En no recuerdo qué novela de Mariaux, escritor conciso que dice mucho en frases sencillas, la heroína no sabiendo adónde ir, exclama viendo pasar á otras jóvenes de su edad, «¡qué dichosas son! alguien las espera.» Esta frase salida del corazón acudió á mi mente cuando al bajar del omnibus me encontré sola. Dos jóvenes bajaron al mismo tiempo, llevaban ramos de flores en las manos y parecían tener ansiedad por llegar.

—¡Qué dichosas son, dije yo, también tienen quien las espere!

Las seguí inconscientemente pensando la forma de sorprender á mi madre.

De pronto abrióse una puerta muy grande y una mujer apareció en el dintel, las dos jóvenes se arrojaron en sus brazos.

—¡Qué felices! exclamé una vez más.

Sentíame la criatura más desamparada de la tierra; la heroína de Mariaux, no fué abandonada por el cielo, mientras que á mi Dios mismo me olvidaba.

Había neciamente pisoteado el honor de mi familia. Por la vanidad de subir á un carruaje, había sacrificado mi corazón, mi virtud, mi religión. Por primera vez juzgaba severamente mi indignidad y hubiese querido morir para que la tierra me cubriese.

Entré en un café solitario y escribí á mi madre:

«Mamá: Estoy triste y soy desgraciada.

¿Quieres perdonarme?»

Envié esta carta por un auvernés que á la media hora regresó con esta respuesta:

«Te espero hace seis meses. Únicamente las madres cuentan bien las lágrimas.»

IX

El hijo pródigo

Con vivísima emoción pisé el suelo de aquel diminuto jardín de Passy, donde fui tan dichosa ignorando que la dicha residía allí.

Todo era un reproche para mí, los árboles despojados por el otoño, las hojas al-fombrando la arena y alguna que otra flor de Octubre que moría de frío, todo me recordaba mi ingratitud con aire desolado.

Hubiera querido llorar, pero contuve mis lágrimas.

Mi madre desde la ventana me vió en el jardín, dió un paso hacia mí y quedóse quieta como petrificada. Corrí y me arrojé en sus brazos, prorrumpiendo en sollozos y caí de rodillas.

—¡Mamá, si tú supieses cómo he sido castigada!

No respondió; no podía llorar ni hablar. Quiso ignorarlo todo, y prefirió el silencio.

Aquel silencio me hirió. Yo hubiese querido decirlo todo, desahogar mi corazón, confesar mi falta, ¡ah! comprendí aquel día la confesión,

Todas las mujeres nacen con un grano de impiedad heredada de su primera madre.

Ese grano depositado en el corazón florece hasta que las primeras lágrimas de la pasión las hacen refugiarse en Dios y aman entonces á la religión. He aquí cómo Magdalena arrepentida, será siempre el más hermoso símbolo de la perfecta pecadora.

Nos dispusimos á almorzar y nos sentamos á la mesa, en aquella mesa pequeña y frugal que me sonreía en todos los orgiásticos agapes; mi madre no mató el buey más gordo para el hijo pródigo; un huevo frío, una costilla, cuatro nueces y un racimo de uva para las dos.

No nos dijimos nada. Contemplaba á mi madre á hurtadillas, no atreviéndome á mirarle de frente. A cada instante quería levantarme para arrojarme sobre su corazón. Sin embargo no lo hacía sintiéndome indigna de aquella hospitalidad.

Nada cambió en la casa, todo quedó en su sitio, guardando su especial fisonomía. El sol jugaba á través de las cortinas, y el cucú aparecía alegremente al dar la hora, los antiguos grabados representaban siempre la vida de Atala y Chactas, como Pablo y Virginia.

Al caer la tarde me sorprendió el batir de alas de un pájaro. Era el gorrión que había yo domesticado, mi pobrecito y cariñoso Touchatout, que venía á picotearme los labios.

Había olvidado aquel diminuto amigo. Fué un goce, una alegría verdadera y pro-

Entré en un café solitario y escribí á mi madre:

«Mamá: Estoy triste y soy desgraciada. ¿Quieres perdonarme?»

Envié esta carta por un auvernés que á la media hora regresó con esta respuesta:

«Te espero hace seis meses. Únicamente las madres cuentan bien las lágrimas.»

IX

El hijo pródigo

Con vivísima emoción pisé el suelo de aquel diminuto jardín de Passy, donde fui tan dichosa ignorando que la dicha residía allí.

Todo era un reproche para mí, los árboles despojados por el otoño, las hojas al-fombrando la arena y alguna que otra flor de Octubre que moría de frío, todo me recordaba mi ingratitud con aire desolado.

Hubiera querido llorar, pero contuve mis lágrimas.

Mi madre desde la ventana me vió en el jardín, dió un paso hacia mí y quedóse quieta como petrificada. Corrí y me arrojé en sus brazos, prorrumpiendo en sollozos y caí de rodillas.

—¡Mamá, si tú supieses cómo he sido castigada!

No respondió; no podía llorar ni hablar. Quiso ignorarlo todo, y prefirió el silencio.

Aquel silencio me hirió. Yo hubiese querido decirlo todo, desahogar mi corazón, confesar mi falta, ¡ah! comprendí aquel día la confesión,

Todas las mujeres nacen con un grano de impiedad heredada de su primera madre.

Ese grano depositado en el corazón florece hasta que las primeras lágrimas de la pasión las hacen refugiarse en Dios y aman entonces á la religión. He aquí cómo Magdalena arrepentida, será siempre el más hermoso símbolo de la perfecta pecadora.

Nos dispusimos á almorzar y nos sentamos á la mesa, en aquella mesa pequeña y frugal que me sonreía en todos los orgiásticos agapes; mi madre no mató el buey más gordo para el hijo pródigo; un huevo frío, una costilla, cuatro nueces y un racimo de uva para las dos.

No nos dijimos nada. Contemplaba á mi madre á hurtadillas, no atreviéndome á mirarle de frente. A cada instante quería levantarme para arrojarme sobre su corazón. Sin embargo no lo hacía sintiéndome indigna de aquella hospitalidad.

Nada cambió en la casa, todo quedó en su sitio, guardando su especial fisonomía. El sol jugaba á través de las cortinas, y el cucú aparecía alegremente al dar la hora, los antiguos grabados representaban siempre la vida de Atala y Chactas, como Pablo y Virginia.

Al caer la tarde me sorprendió el batir de alas de un pájaro. Era el gorrión que había yo domesticado, mi pobrecito y cariñoso Touchatout, que venía á picotearme los labios.

Había olvidado aquel diminuto amigo. Fué un goce, una alegría verdadera y pro-

funda la que experimenté al verle alegre y juguetón saltando sobre la mesa y mis espaldas. Cuando me acercaba á él abría su pico y parecía besarme lo más dulcemente del mundo.

¡Qué golosote era! Faltábanle mis continuos mimos.

Lo acaricié llorando. Esta vez, mi madre, que se había contenido hasta allí, lloró también.

Con las lágrimas volvieron las palabras. Se lo conté todo, aunque le pesaba el saberlo. Contóme ella su vida durante mi ausencia; me confesó que no había pasado una noche sin que me esperase. Nunca hasta entonces había oído tantas veces las horas nocturnas.

—En fin, dijo mamá al terminar, la vida de una pobre madre es un calvario, pero tengo á Dios que me sostiene.

Después de almorzar, como yo hojease un libro, no sé cuál, abrió mi madre su arquilla escritorio, y cogiendo un pergamino me lo dió, diciendo:

—Toma, puesto que quieres leer, lee esto.

Esto era la historia de mi familia.

Todo el mundo se acordará de aquella admirable escena de los antepasados de Hernani. Fué para mí idéntico el cuadro. Vi dibujarse con los trajes de cada época, las nobles figuras que no nos han dejado por toda herencia más que el recuerdo de su valor.

Hé aquí el pergamino que me conde-
naba:

DECRETO DEL REY

Dando concesión del título de conde á favor de Carlos de F*** y de sus descendientes.

Hoy, séptimo día del mes de Junio del mil setecientos ochenta y cinco, estando el rey en Versalles. Su Majestad se ha hecho dar cuenta de los motivos que reunia en su favor el señor Carlos de F*** coronel de su regimiento, familia, cuya nobleza remonta á los tiempos más remotos siendo de las casas más distinguidas entre ellas, y las más notables las de Doncourt, de Roisy, de Fremont, de Saint Maurice Lambré y la de Du Chatelet.

Antonio de F***, fué en 1557 nombrado gobernador de la ciudad y castillo de Compiègne. Pedro de F***, que servía en 1641 en calidad de capitán del regimiento de Bretaña estuvo en combate de Honnecour, en Picardía perdiendo un brazo arrebatado por una bala de cañón después de muchas más heridas recibidas en otros encuentros. Antonio de F***, que obtuvo el grado de general en 1657, rindió á Francia servicios importantes. En 1657, fué nombrado Director de Correos, y costas del Rosellón, en 1667, tomó muchas ciudades de los españoles después de porfiados sitios, en 1668 hizo levantar el sitio de Bellgarde, en 1672 contribuyó á la toma del fuerte de Nimegne y se distinguió notablemente en las batallas de Seintseim y Ensoim, que se dieron en 1674.

En 1675 fué herido en la de Tarenkeim mandando el ala derecha del ejército. Lla-

mado también por el ejemplo de sus predecesores, á la carrera de las armas el señor de F*** como ellos se ha distinguido por su heroísmo. Tales son los motivos que determinaron á Su Majestad á honrar con un título que sea para él una señal evidente de su real estimación y para sus descendientes una línea que seguir y que imitar. En su consecuencia, Su Majestad, en virtud del presente Decreto, hace y crea conde al mencionado Carlos de F*** así como á sus hijos en línea recta, nacidos y que nazcan de legítimo matrimonio. Permito y autorizo calificarles condes en todos los actos y lugares, tanto en juicio como fuera de él, sin que tenga necesidad de que á este título de conde le sea afecto tierra ni pueblo de ninguna clase. De lo cual Su Majestad les ha liberado á condición de que el antedicho título será transmitido sus á sucesores. Su Majestad además quiere que puedan llevar en sus armas una corona de conde.

Luis.

De Lomemi Ce de Brienne.

Cuando acabé de leer tenía los ojos llenos de lágrimas, no me atreví á mirar á mi madre.

—Puesto que nobleza obliga, la dije al fin bajando la cabeza, ¿por qué no me diste á leer este pergamino hace seis meses? Te juro por mi alma que yo sería aún digna de tí y de los tuyos.

¿Dónde iría yo á parar? Tomé un libro para tomar un consejo de la casualidad. Escogí mal; pues dí con un libro en verso que me los daba injustos á cada página.

Por ejemplo; leí un soneto que terminaba así dedicado á Eva:

*Elle ecoutait parler Satan la curieuse,
Et tour á tour surprise, inquiète et rieuse,
Elle regardait l'arbre et le fruit défendu.
Elle mordit bientôt a cette pomme amère,
Le Paradis devint le Paradis perdu.
Mais n'accusez pas Ève: ou donc etait sa mère?*

Yo era una hija de Eva, pero no podía acusar á nadie más que á mí misma, puesto que tenía una madre.

X

La Virgen del Lienzo

Durante mi lectura sentóse mamá á coser según su costumbre, y quedéme á su lado reflexionando. De pronto la ví inclinar su cabeza y dormirse: las emociones la habian quebrantado como á mí. Dobládillaba una servilleta de tela de Holanda un poco gruesa. Aquella tela severa y virgen me causaba un placer íntimo.

Cuando observé que mamá se había dormido, le cogí dulcemente la servilleta y continué el dobladillo. Hubiérase dicho que yo tenía dedos de hada.

No habian transcurrido cinco minutos que cosía con mano algo febril, cuando mamá abrió los ojos. Al verme sonrió tristemente.

—Deja, deja mi aguja, te pincharás; dijo queriendo quitarme la servilleta.

—No, no; ¡es tan hermoso trabajar!

—Si tú fueses formal no volverías al Conservatorio. Es una peligrosa escuela; me

mado también por el ejemplo de sus predecesores, á la carrera de las armas el señor de F*** como ellos se ha distinguido por su heroísmo. Tales son los motivos que determinaron á Su Majestad á honrar con un título que sea para él una señal evidente de su real estimación y para sus descendientes una línea que seguir y que imitar. En su consecuencia, Su Majestad, en virtud del presente Decreto, hace y crea conde al mencionado Carlos de F*** así como á sus hijos en línea recta, nacidos y que nazcan de legítimo matrimonio. Permito y autorizo calificarles condes en todos los actos y lugares, tanto en juicio como fuera de él, sin que tenga necesidad de que á este título de conde le sea afecto tierra ni pueblo de ninguna clase. De lo cual Su Majestad les ha liberado á condición de que el antedicho título será transmitido sus á sucesores. Su Majestad además quiere que puedan llevar en sus armas una corona de conde.

Luis.

De Lomemi Ce de Brienne.

Cuando acabé de leer tenía los ojos llenos de lágrimas, no me atreví á mirar á mi madre.

—Puesto que nobleza obliga, la dije al fin bajando la cabeza, ¿por qué no me diste á leer este pergamino hace seis meses? Te juro por mi alma que yo sería aún digna de tí y de los tuyos.

¿Dónde iría yo á parar? Tomé un libro para tomar un consejo de la casualidad. Escogí mal; pues dí con un libro en verso que me los daba injustos á cada página.

Por ejemplo; leí un soneto que terminaba así dedicado á Eva:

*Elle ecoutait parler Satan la curieuse,
Et tour á tour surprise, inquiète et rieuse,
Elle regardait l'arbre et le fruit défendu.
Elle mordit bientôt a cette pomme amère,
Le Paradis devint le Paradis perdu.
Mais n'accusez pas Ève: ou donc etait sa mère?*

Yo era una hija de Eva, pero no podía acusar á nadie más que á mí misma, puesto que tenía una madre.

X

La Virgen del Lienzo

Durante mi lectura sentóse mamá á coser según su costumbre, y quedéme á su lado reflexionando. De pronto la ví inclinar su cabeza y dormirse: las emociones la habian quebrantado como á mí. Dobládillaba una servilleta de tela de Holanda un poco gruesa. Aquella tela severa y virgen me causaba un placer íntimo.

Cuando observé que mamá se había dormido, le cogí dulcemente la servilleta y continué el dobladillo. Hubiérase dicho que yo tenía dedos de hada.

No habian transcurrido cinco minutos que cosía con mano algo febril, cuando mamá abrió los ojos. Al verme sonrió tristemente.

—Deja, deja mi aguja, te pincharás; dijo queriendo quitarme la servilleta.

—No, no; ¡es tan hermoso trabajar!

—Si tú fueses formal no volverías al Conservatorio. Es una peligrosa escuela; me

gustaría más verte en casa de alguna buena lencera, puesto que á tí siempre te ha complacido la ropa blanca.

—¡Oh! sí, exclamé, el lienzo es hermoso, es puro, es blanco.

—Pues bien: conozco una casa en la calle de la Paz, donde serás bien acogida si yo te presento, porque nos conocen hace mucho.

Supliqué á mamá que me condujese á la calle de la Paz aquella misma noche. Presentia que para ser dueña de mí era preciso que no pasara muchos días entregada á la holganza.

Fuí admirablemente recibida, y tal vez pensasen que estaba peinada con demasiada coquetería. Aquella casa parecía un convento.

Me advirtieron que no saldría más que los domingos después de la misa hasta las doce de la noche.

Después de todo, hasta media noche era bastante.

Durante los primeros días me apasioné por aquel museo de telas de todos los países. Como sabía dibujar experimentaba verdadero placer en admirar los bordados, los arabescos, las cifras y los ornamentos; había para mí una voluptuosidad indecible en manosear aquella nieve. Muchas jóvenes recién casadas venían mientras yo estaba, y me consideraba más dichosa probándoles ropa blanca que arreglando sus joyas. Para mí el verdadero lujo de la mujer es la ropa blanca.

Fué tan extremado mi nuevo amor, que

todos me apellidaron pronto la «Virgen del Lienzo.»

Por desgracia la «Virgen del Lienzo» se aventuró el tercer domingo en Mabilie.

Indudablemente los domingos son los peores días para ir á Mabilie. Unicamente se encuentran trajes en mal estado, familias extraviadas, algunas cocineras burguesas y alguna que otra cortesana melancólica. Pero aquella noche por rarísima excepción, el gran mundo de las carreras se había reunido en Mabilie. Fué tan asediada porque era bonita, sin duda porque estaba desconocida. Parecióme hermoso envolverme en mi orgullo más ó menos heráldico, pero los bailarines tenían tantísimo ingenio, tantísimo gusto en sus locuras, que concluí por reír y bromear con ellos.

—Que no se diga, me gritó uno de ellos, que hemos apuntado en balde nuestras baterías.

—Vuestras baterías, respondí yo señalando á las cocineras que pasaban, son baterías de cocina. Y mil locuras semejantes: mientras tanto eran ya las once y media. Tenía que marcharme á pesar mio. En la puerta encontré un coche, arrojéme sobre su asiento y grité al cochero: «¡calle de la Paz!»

Pronto me apercibí que en vez de un cochero había dos, pero como quiera que durante la noche había visto tanta locura, estaba mareada y creía asistir á una comedia. Dos cocheros me parecía una cosa tan natural como uno solo.

El coche se detuvo. Uno de los cocheros bajó del pescante y me dió la mano para

apearme. Jamás había conocido cochero tan galante.

Era el vizconde de*** hijo de un senador, un rubio irresistible.

Le reconocí al momento.

—Ya ve usted, me dijo, me rebajo hasta ese punto para decidirla a venir con nosotros.

Aquel acto, digno de la moral en acción, me convenció.

Fui á cenar con una alegre compañía, resuelta, á pesar de todo, á continuar siendo siempre la virgen del lienzo.

Pero las montañas de Sajonia y de Holanda no estaban allí para preservarme.

Después de todo *honi soit qui mal y pense*.

Tenia yo aquella noche tres ó cuatro galanteadores, y tal vez esto fué lo que me salvó.

XI

Un almuerzo nupcial

Clareaba el día, cuando decidieron damas y caballeros almorzar en el café de Madrid. Yo reía, pero permanecía triste. Había vuelto á perderlo todo.

¿Volvería á casa de mi madre?

¿Iría á la calle de la Paz?

Pude salvarme aún; pero la curiosidad que me impelió á cenar, decidiómelo á almorzar. Y ¿por qué no confesarlo? Sentía cierto placer en tratar al vizconde***.

No podía perdonarle cuando hablaba á las mujeres con brutalidad; pero como á mí me trataba con mucha dulzura, me parecía

encantador. Además, yo creo que hubiera estado celosa si hablase á las otras como lo hacía conmigo.

Su carruaje esperaba.

Hízome subir y se sentó á mi lado.

—Esto no es un juego, le dijo uno de sus amigos, al marcharnos, soy yo quien la he descubierto, si tú me la tomas te entenderás con la punta de mi espada.

—¡Idiota! murmuró el vizconde. Va á obligarme á que os ame.

Y no era aquel únicamente el que pretendía tener derechos. El marqués de C, retirado hoy del mundo, había rimado también poesía inspirado por mis encantos.

El vizconde había cogido mi mano.

—¡Después de todo, dijo, tal vez no seré desgraciado contigo! Tú posees la alegría y el sentimiento. Si algún día me decido á tener una querida iría á llamar á tu puerta.

—Sí, pero yo no abriría.

—¡Vamos, pues! ¿Y si yo te ofreciera aunque no fuera más que mil francos al mes, mi carruaje tres veces á la semana y un lindo nido de rosa para vivir?

Sonreíme.

—¿Usted cree que estoy en el limbo? Sepa usted, querido mío, que he rehusado algo mejor que eso. He tenido una fortuna á mis pies, un mobiliario de cien mil francos, caballos y las manos llenas de oro.

—Todas dicen lo mismo.

—Ignoro si lo dicen todas, pero sé perfectamente que he tirado una fortuna.

—¿Y por qué?

—Porque me fastidiaba.

apearme. Jamás había conocido cochero tan galante.

Era el vizconde de*** hijo de un senador, un rubio irresistible.

Le reconocí al momento.

—Ya ve usted, me dijo, me rebajo hasta ese punto para decidirla a venir con nosotros.

Aquel acto, digno de la moral en acción, me convenció.

Fuí a cenar con una alegre compañía, resuelta, a pesar de todo, a continuar siendo siempre la virgen del lienzo.

Pero las montañas de Sajonia y de Holanda no estaban allí para preservarme.

Después de todo *honi soit qui mal y pense*.

Tenia yo aquella noche tres ó cuatro galanteadores, y tal vez esto fué lo que me salvó.

XI

Un almuerzo nupcial

Clareaba el día, cuando decidieron damas y caballeros almorzar en el café de Madrid. Yo reía, pero permanecía triste. Había vuelto a perderlo todo.

¿Volvería á casa de mi madre?

¿Iría á la calle de la Paz?

Pude salvarme aún; pero la curiosidad que me impelió á cenar, decidiómelo á almorzar. Y ¿por qué no confesarlo? Sentía cierto placer en tratar al vizconde***.

No podía perdonarle cuando hablaba á las mujeres con brutalidad; pero como á mí me trataba con mucha dulzura, me parecía

encantador. Además, yo creo que hubiera estado celosa si hablase á las otras como lo hacía conmigo.

Su carruaje esperaba.

Hízome subir y se sentó á mi lado.

—Esto no es un juego, le dijo uno de sus amigos, al marcharnos, soy yo quien la he descubierto, si tú me la tomas te entenderás con la punta de mi espada.

—¡Idiota! murmuró el vizconde. Va á obligarme á que os ame.

Y no era aquel únicamente el que pretendía tener derechos. El marqués de C, retirado hoy del mundo, había rimado también poesía inspirado por mis encantos.

El vizconde había cogido mi mano.

—¡Después de todo, dijo, tal vez no seré desgraciado contigo! Tú posees la alegría y el sentimiento. Si algún día me decido á tener una querida iría á llamar á tu puerta.

—Sí, pero yo no abriría.

—¡Vamos, pues! ¿Y si yo te ofreciera aunque no fuera más que mil francos al mes, mi carruaje tres veces á la semana y un lindo nido de rosa para vivir?

Sonreíme.

—¿Usted cree que estoy en el limbo? Sepa usted, querido mío, que he rehusado algo mejor que eso. He tenido una fortuna á mis pies, un mobiliario de cien mil francos, caballos y las manos llenas de oro.

—Todas dicen lo mismo.

—Ignoro si lo dicen todas, pero sé perfectamente que he tirado una fortuna.

—¿Y por qué?

—Porque me fastidiaba.

—Pues entonces, yo te amaré y no te daré nunca dinero.

—Prefiero eso.

Cuando se ve levantar la aurora se siente una virtuosa.

El vizconde púsose sobre sí y tuvo un cuarto de hora de expansión.

Confesóme sus locuras.

Se había comido la fortuna de su madre y apenas le quedaba más que su figura y su talento. También se fastidiaba; había traicionado veinte veces a su queridas, y éstas le habían engañado diez; no comprendía aquello, y quería á toda costa llorar conmigo.

Al llegar al café de Madrid, me juró que si quería amarle plantaría á su Coralía.

—¡Jamás! le respondí.

Y á mi vez le conté cómo me había convertido en la más formal de las lenceras de París.

Nos desayunamos.

Prometiame siempre regresar secretamente á la calle de la Paz.

¿Cómo fué que volví otra vez á la calle de la Pépinière?

Tal vez porque el vizconde vivía en ella. Aquello era un hecho; no debía volver más á casa de mi madre. Franqueado el círculo fatal mamá habíame perdonado una vez, pero mis lágrimas, no hubieran ya podido desarmarla.

Por otra parte, lo diré francamente, no tenía necesidad de llorar.

La locura me dominaba de la cabeza á los

pies, como si me hubiesen arrojado dentro el reino de la Hada del Ruido.

¡La Hada del Ruido! Un vals de Olivier Metra, uno de los músicos de aquel tiempo.

¡La Hada del Ruido! Con ella llegué á alcanzar el triunfo mayor de mi caída.

Una noche que comimos en alegre compañía alguien propuso ir á Mabilie.

Hicimos una entrada abracadabrante.

No sentía los pies en el suelo; tanto champagne había bebido y tanto me entusiasmó la música.

En Mabilie hay los paseos, el campo de batalla de baile y el salón de descanso.

En el salón, ese loco de *** me cogió por la cintura y me obligó á hacer algunas piruetas, mientras la orquesta tocaba un vals de Metra, *La tour du Monde*.

Si, la vuelta al mundo tuve yo aquella noche.

M. Markowski, un serio profesor de baile, si cabe expresarse así, me propuso valsar bajo la orquesta.

Dejéme conquistar por M. Markowski que me había creído muy ligera pero que no esperaba encontrar una pluma lanzada al viento.

Apenas si tocaba el suelo con la puntade mis pies, volviendo mi cabeza y esparciendo al aire mis blondos cabellos. A mi alrededor se apiñó una muchedumbre inmensa, todo París estaba allí; me equívoco, M. Flammarion no estaba. No obstante, era una estrella que aparecía. Me arrojaron ramos de flores: los ingleses gritaban ¡hurra! los

alemanes no decían nada pero creían sin duda que yo venía del país de las leyendas.

—¿Ha estudiado usted? me preguntó M. Markowski.

—Sí, la dije, tengo aprendida la gramática.

Como no me comprendía, redoblaba sus preguntas colérico. De pronto mis pies desflorando apenas el polvo del suelo, quitaron la ceniza a los cigarros de los curiosos.

Gritos entusiastas llenaron el aire, no habían bastantes ramos de flores para tirarme.

Allí estaba lo mejor de Inglaterra y Alemania, lo más granado de la gente del gran mundo y de los periodistas.

—¿Cómo se llama? preguntábase unos á otro en alta voz.

—¿Cómo se llama? dijo M. Delange; pardié, se llama Ofelia!

Fuí bautizada por segunda vez en mi vida por aquel profeta de todas las estrellas.

Ya no quería dar en mis locuras el nombre de *Carolina de F**** y me bauticé con un nombre sencillo. Dije á todos que me llamaba Carolina Aumont. No quise agregar más cascabeles á mi personalidad.

León Forlán, Aureliano Secholl que pasaba con una comediante ilustre, Nestor Roqueplan que adoraba la ópera al aire libre, Xavier Aubuyet y otros paradójicos, Paul Baudry, Chanfleury, Bertall, el príncipe de Orange, un duque en os y un conde en *off* me rogaron que bailase un minué.

¡Bailar! ¿Es que yo sabía bailar? Mis años en el Conservatorio no me autorizaban pa-

ra creerlo ni para hacer lo que había hecho.

¡Bailar en la Opera es el mundo conocido! ¿Quién no baila en la Opera? ¡Pero bailar en Mabilie! en presencia de tales espectadores, es poseer el vértigo, el delirio del baile. En Mabilie es preciso crear el baile, inventar pasos nuevos, ser imprevista, original y esparcir acá y allá una palabra ingeniosa ó picaresca. Y después crear siempre, no copiarse, ir en *crescendo*, derrochar la gracia para poder luego derrochar diamantes.

Me lancé con toda mi alma á la aventura, intentando todas las locuras di un puntapié á todos los cigarros encendidos, despeiné á tres ó cuatro burgueses embobecidos y amenacé á todas las *estrellas* del baile.

Los ingleses tapábanse la cara, los parisinos aplaudían y mis amigos de todas clases, porque tenía amigos sin nombre, me arrojaban todos los ramos que podían.

Mi triunfo fué tal, que Alice de Provenza, una bailarina muy original, declaró que había estado incomparable y me mandó un hermoso *bouquet* de rosas.

Hubiera podido enriquecerme con las flores que me arrojaron las señoritas Leonida Leblanc, María Colombier, Ana Desliens, Cora Pearl y otros celeberrimos artistas de todos los teatros que aquella memorable noche fueron á Mabilie.

No me admira hoy que aquello me divirtiera durante toda una temporada; valsaba y bailaba como si otra cosa no pudiera hacer.

Se dice que en los últimos años de su vi-

da, Alfredo de Munet tuvo siempre un poco de beodo. Esta es mi historia. Tengo siempre un poco de baile y de vals en la punta de los pies.

XII

La comedia española

La mujer galante siente muy á menudo verdadera pasión por ese gran enamorado que se llama *todo el mundo*.

Es el amor en comandita la pesca de los accionistas.

También puede decirse de su mobiliario, de su fortuna que siempre es la historia de las mil y una noches.

Pero yo no he conocido jamás el señor Todo el mundo. Era como aquella inglesa que prefirió verse abandonada en el mar, que ser salvada por un nadador que no le había sido presentado.

Ainsi que la vertu l' amour á se dégrés.

Un español opulento me propuso una noche en los Italianos hacer mi fortuna si yo consentía en hacer su dicha. Toda la mañana había oído yo la campanilla de mis acreedores, no tenía más que un caballo y una cesta y el presentimiento de que pronto tendría que ir á pié!

Rehusé estoicamente.

No obstante, el español era un verdadero gentil hombre que hablaba de oro.

Estaba furiosa contra mi gazmoñería necia, pero experimentaba más placer en sentirme dueña de mí cuando no tenía un céntimo,

Siempre he sido vencida por no sé qué sentimiento romántico.

Si aquel español me hubiese galanteado en Sevilla ó Toledo, creo que habría consentido; sin duda no hubiera puesto obstáculos para marcharme con él, pero ir del teatro italiano al café Inglés era un camino muy corto. A mi español tal vez le pareciera muy largo ir de París á Sevilla ó á Toledo.

Llegó la época de los baños de mar. Quise pasar quince días en Biarritz.

Una mañana al irme á bañar encontré á mi español.

—¡Ah! usted aquí, me dijo, qué fortuna encontrarla.

Esta vez, sobre aquella playa casi extranjera, tan lejos del Boulevard de los capuchinos, aparecióseme el español como un amigo. Un momento más y me arrojé en sus brazos.

—Qué desgracia, dijo, como si le desvaneciera un sueño, no estoy solo aquí.

Hágamela usted conocer, le respondí, verá usted qué pronto la tiro al mar.

—¡Chist! me contestó, héla aquí que viene.

Me saludó y fué al encuentro de una mujer que me recordó vagamente á la marquesa de Amaegui.

Pále comme un bean soir d' antonne.

¡Oh! ¡corazón humano! yo estaba celosa; pero como nunca he tenido la costumbre de mezclarme en la dicha de los otros, seguí mi camino.

Había dado algunos pasos cuando el es-

da, Alfredo de Munet tuvo siempre un poco de beodo. Esta es mi historia. Tengo siempre un poco de baile y de vals en la punta de los pies.

XII

La comedia española

La mujer galante siente muy á menudo verdadera pasión por ese gran enamorado que se llama *todo el mundo*.

Es el amor en comandita la pesca de los accionistas.

También puede decirse de su mobiliario, de su fortuna que siempre es la historia de las mil y una noches.

Pero yo no he conocido jamás el señor Todo el mundo. Era como aquella inglesa que prefirió verse abandonada en el mar, que ser salvada por un nadador que no le había sido presentado.

Ainsi que la vertu l' amour á se dégrés.

Un español opulento me propuso una noche en los Italianos hacer mi fortuna si yo consentía en hacer su dicha. Toda la mañana había oído yo la campanilla de mis acreedores, no tenía más que un caballo y una cesta y el presentimiento de que pronto tendría que ir á pié!

Rehusé estoicamente.

No obstante, el español era un verdadero gentil hombre que hablaba de oro.

Estaba furiosa contra mi gazmoñería necia, pero experimentaba más placer en sentirme dueña de mí cuando no tenía un céntimo,

Siempre he sido vencida por no sé qué sentimiento romántico.

Si aquel español me hubiese galanteado en Sevilla ó Toledo, creo que habría consentido; sin duda no hubiera puesto obstáculos para marcharme con él, pero ir del teatro italiano al café Inglés era un camino muy corto. A mi español tal vez le pareciera muy largo ir de París á Sevilla ó á Toledo.

Llegó la época de los baños de mar. Quise pasar quince días en Biarritz.

Una mañana al irme á bañar encontré á mi español.

—¡Ah! usted aquí, me dijo, qué fortuna encontrarla.

Esta vez, sobre aquella playa casi extranjera, tan lejos del Boulevard de los capuchinos, aparecióseme el español como un amigo. Un momento más y me arrojé en sus brazos.

—Qué desgracia, dijo, como si le desvaneciera un sueño, no estoy solo aquí.

Hágamela usted conocer, le respondí, verá usted qué pronto la tiro al mar.

—¡Chist! me contestó, héla aquí que viene.

Me saludó y fué al encuentro de una mujer que me recordó vagamente á la marquesa de Amaegui.

Pále comme un bean soir d'antonne.

¡Oh! ¡corazón humano! yo estaba celosa; pero como nunca he tenido la costumbre de mezclarme en la dicha de los otros, seguí mi camino.

Había dado algunos pasos cuando el es-

pañol adelantándose me saludó y me presentó á su mujer.

—He dicho á la señora que usted es una de las estrellas del cielo hermoso de París. La señora desea conocerla y comer con usted.

Miré á la querida española. No conservaba de España más que los ojos; tanto se había metamorfoseado á la francesa. Su cabeza era todo un poema épico, con sus rizos, sus torcidos, su trenza, sus cintas y sus perlas. Toda ella constituía una figura monumental con sus guantes rojos, sus zapatos amarillos, y llevando el sello francés hasta en los detalles más insignificantes.

Sus admirables cabellos negros estaban teñidos de un rubio leonado. Su rostro pintado también, negro en los ojos, púrpura en los labios. Estaba orgullosa al observar á aquella mujer de verme recién salida del agua sin afeites, ni pinturas, natural como era yo.

Las olas me habían besado el rostro y no quedaba en él un átomo de polvos blancos.

La señora esforzabase en hablarme en francés de los Pirineos, francés vasco-español, como diría la Academia. Su amante le había dicho que yo era la primera bailarina de la Opera, lo que me humilló un poco.

Pronto comprendí que tenía delante á una de las reinas del *demi-monde* español, una de esas mujeres que prefieren tener muchos amantes á un solo marido.

Después de cruzar algunas palabras insignificantes, quise retirarme.

—No, no, me dijo el español, vamos los tres á dar un paseo por el mar en mi yacht, que nos espera.

Y me señaló con el dedo una embarcación empavesada que yo había visto ya.

Partir, es siempre divertido, y mucho más por mar. No tuve, pues, inconveniente en dar aquel paseo.

Dos minutos después saltaba alegrementé á bordo del yacht.

El español, después de haberme dado la mano, ejecutó una maniobra tan rápida, que el yacht tomó viento, separándose del malecón antes que la mujer, preocupada por su traje y medio cegada por sus cabellos pudiera descender á su vez.

Dió un grito ella, lo dió yo también y el español gritó á su vez.

Después nos echamos á reir.

—Ya ves, le dijo él, el viento nos lleva.

En verdad, el viento que hacía, rizaba apenas las olas, pero el marinero, comprendiendo lo que se quería, remaba con todas sus fuerzas.

La mujer no se movía. Dejó su sombrilla y nos echó mil maldiciones, marchándose luego con aire de cómica dignidad.

—¿Qué le parece á usted la escena? me dijo el español.

—Páreceme, le respondí, que conoce usted el corazón femenino; para conquistar á dos mujeres, es preciso saber sacrificar á una.

¿Dónde nos condujo el yacht?

Yo soy aficionada á los puntos de interrogación.

Por otra parte, nada importa, puesto que regresé.

XIII

La copa envenenada

Venci, durante dos años, en esta loca vida. Me habían dado un cupé y una victoria. Me levantaba para ir al Bosque. Comía en todas partes y siempre distintas. Cuando comía en mi casa tenía mucha gente y gente muy distinguida. Por la noche al teatro, á casa de Laborde ó á casa de alguna amiga; á media noche á la Maison D'or, al café Anglais ó al diablo.

Créese, y es un error muy vulgar, que todo pasa alegremente en esta vida, donde únicamente se baila y se cena. Es la vida de las pasiones.

¿Y quién puede impedir que las pasiones hagan su camino? Tengo amigas cuya vida es un verdadero drama romántico.

¿Quién no recuerda los puñales de mademoiselle de Grandpré ó de Granprix, apellidada la *Poignanrdinette*? ¿Quién ha olvidado la que se tiro por el balcón? ¿Quién se olvida de las puñaladas dadas á Julia en un antepalco? Y cien otras historias que podrían escribirse con sangre de las víctimas. No me ha complacido nunca lo horrible. La muerte no me asusta, pero me *extremecen* las armas blancas.

Cuando cenaba todas las noches llegué á disgustarme profundamente de la vida, quiero decir de mi vida, y resolví acabar con ella. No amaba á nadie, no aspiraba á nada, no ambicionaba nada más que el olvido y el silencio.

¡Qué bien me producía esa alegría que me rodeaba, alegría brillante, pero ficticial! Mucho tiempo hacía ya que oía idénticas tonterías, y lo que más me exasperaba el tener que reir cien veces una misma gracia.

Al ingenio que ha producido ya sus frutos, deberían enterrarlo sin epitafio.

Quise que mi muerte fuese un tanto teatral. No quería asfixiarme neciamente como una planchadora abandonada por su amante. Resolví suicidarme durante el bullicio de una cena en el Maison D'or, aturdida por el eco de locas carcajadas, mareada por el humo de los cigarros y la espuma del champagne. Digno fin para tal principio.

Llevé conmigo un pequeño frasco de láudano.

Desde que me senté á la mesa fué asaltada por una alegría nerviosa que traspasó los límites. Charloteaba á derecha é izquierda, buscando las frases más incisivas y contando los cuentos más intencionados, hasta el punto que ellas y ellos reían con todas sus fuerzas.

Sabido es que no siempre se ríe en la Maison D'or.

Cuando el conde de H*** tomó su sombrero para marcharse al club:

—Me marchó también, dije yo.

Tomé el frasquito de láudano y vertí en mi copa de champagne todo su contenido, aparentando buscar mis guantes.

Uno de mis amigos de la velada, me dijo al oído:

—¿Quieres que te vaya á buscar ó te espero en mi casa?

Por otra parte, nada importa, puesto que regresé.

XIII

La copa envenenada

Venci, durante dos años, en esta loca vida. Me habían dado un cupé y una victoria. Me levantaba para ir al Bosque. Comía en todas partes y siempre distintas. Cuando comía en mi casa tenía mucha gente y gente muy distinguida. Por la noche al teatro, á casa de Laborde ó á casa de alguna amiga; á media noche á la Maison D'or, al café Anglais ó al diablo.

Créese, y es un error muy vulgar, que todo pasa alegremente en esta vida, donde únicamente se baila y se cena. Es la vida de las pasiones.

¿Y quién puede impedir que las pasiones hagan su camino? Tengo amigas cuya vida es un verdadero drama romántico.

¿Quién no recuerda los puñales de mademoiselle de Grandpré ó de Granprix, apellidada la *Poignanrdinette*? ¿Quién ha olvidado la que se tiro por el balcón? ¿Quién se olvida de las puñaladas dadas á Julia en un antepalco? Y cien otras historias que podrían escribirse con sangre de las víctimas. No me ha complacido nunca lo horrible. La muerte no me asusta, pero me *extremecen* las armas blancas.

Cuando cenaba todas las noches llegué á disgustarme profundamente de la vida, quiero decir de mi vida, y resolví acabar con ella. No amaba á nadie, no aspiraba á nada, no ambicionaba nada más que el olvido y el silencio.

¡Qué bien me producía esa alegría que me rodeaba, alegría brillante, pero ficticial! Mucho tiempo hacía ya que oía idénticas tonterías, y lo que más me exasperaba el tener que reir cien veces una misma gracia.

Al ingenio que ha producido ya sus frutos, deberían enterrarlo sin epitafio.

Quise que mi muerte fuese un tanto teatral. No quería asfixiarme neciamente como una planchadora abandonada por su amante. Resolví suicidarme durante el bullicio de una cena en el Maison D'or, aturdida por el eco de locas carcajadas, mareada por el humo de los cigarros y la espuma del champagne. Digno fin para tal principio.

Llevé conmigo un pequeño frasco de láudano.

Desde que me senté á la mesa fué asaltada por una alegría nerviosa que traspasó los límites. Charloteaba á derecha é izquierda, buscando las frases más incisivas y contando los cuentos más intencionados, hasta el punto que ellas y ellos reían con todas sus fuerzas.

Sabido es que no siempre se ríe en la Maison D'or.

Cuando el conde de H*** tomó su sombrero para marcharse al club:

—Me marchó también, dije yo.

Tomé el frasquito de láudano y vertí en mi copa de champagne todo su contenido, aparentando buscar mis guantes.

Uno de mis amigos de la velada, me dijo al oído:

—¿Quieres que te vaya á buscar ó te espero en mi casa?

—No, le respondí.

—¿No bebes? me dijo Coralia.

Cogí mi copa:

—¡A la salud de mis amantes!

Y apuré hasta la última gota sin parpadear ni palidecer.

—Y ahora, señores míos, exclamé, pueden solo cantar mi *De Profundis* porque acabo de envenenarme.

¡Silencio absoluto! ¡Silencio de muerte! Después todo el mundo hablaba á la vez.

—¡Está loca! ¡Eso no es verdad! ¿Será un disgusto de amor? ¿Habrá perdido en el juego?

—Puesto que estoy muerta ó poco menos, repliqué, hacedme el favor de pronunciar mi oración fúnebre.

—Que se vaya á buscar un médico, objetó una alma sensible de la reunión.

—Si llaman á un médico, grité cogiendo una copa, lo rompo todo y me arrojo por el balcón.

—Pues bien, exclamó Riviero, recién llegado del Japón, donde habría visto muertes parecidas, pronunciamos su oración fúnebre. Carolina ha venido con los siete pecados mortales.

—Chist! dijo Corali, todo eso sería elocuencia perdida; Carolina ha vertido el veneno en su copa, pero yo lo he visto y la he cambiado por la mía.

Aquel fué uno de los momentos mejores de mi vida.

¡Oh inestabilidad de los corazones femeninos! Había deseado la muerte y no quería más que la vida.

Abracé á Corali por su generosa acción; y cuando me presentaron riendo la copa emponzoñada, no quise mojar los labios en ella.

—¿Es que las tinieblas del pecado son menos horribles que las tinieblas de la muerte?

XIV

El vals infernal

No he tenido nunca gran afición al Rhin alemán. Los alemanes, cuando son hermosos, no saben hacer nada con su cara; cuando tienen dinero, lo cuentan; cuando tienen amor, lo guardan.

En Baden, sin embargo, hallé un Lovelace rubio semejante á un astro loco. Divertíase con paradojas, mezclaba su cerveza con vino champagne, bailaba con princesas rusas, jugaba con los ciervos y gozaba fama de generoso y desprendido.

Era un austriaco amigo del príncipe de Metternich.

Cuando yo perdía mi último luis, como él jugaba siempre en contra mía, al treinta y cuarenta, me demostraba que debía haber puesto mi dinero al rojo si lo puse al negro.

La verdad es que era poco galante en el juego.

Ante el riesgo de perder la batalla uno se acoge á los primeros soldados que llegan.

Pero esto no me impidió un día ser desbancada del modo más ruinoso.

Encontréme bajo los árboles delante de la sala de conversación.

—No, le respondí.

—¿No bebes? me dijo Coralia.

Cogí mi copa:

—¡A la salud de mis amantes!

Y apuré hasta la última gota sin parpadear ni palidecer.

—Y ahora, señores míos, exclamé, pueden solo cantar mi *De Profundis* porque acabo de envenenarme.

¡Silencio absoluto! ¡Silencio de muerte! Después todo el mundo hablaba á la vez.

—¡Está loca! ¡Eso no es verdad! ¿Será un disgusto de amor? ¿Habrá perdido en el juego?

—Puesto que estoy muerta ó poco menos, repliqué, hacedme el favor de pronunciar mi oración fúnebre.

—Que se vaya á buscar un médico, objetó una alma sensible de la reunión.

—Si llaman á un médico, grité cogiendo una copa, lo rompo todo y me arrojo por el balcón.

—Pues bien, exclamó Riviero, recién llegado del Japón, donde habría visto muertes parecidas, pronunciamos su oración fúnebre. Carolina ha venido con los siete pecados mortales.

—Chist! dijo Corali, todo eso sería elocuencia perdida; Carolina ha vertido el veneno en su copa, pero yo lo he visto y la he cambiado por la mía.

Aquel fué uno de los momentos mejores de mi vida.

¡Oh inestabilidad de los corazones femeninos! Había deseado la muerte y no quería más que la vida.

Abracé á Corali por su generosa acción; y cuando me presentaron riendo la copa emponzoñada, no quise mojar los labios en ella.

—¿Es que las tinieblas del pecado son menos horribles que las tinieblas de la muerte?

XIV

El vals infernal

No he tenido nunca gran afición al Rhin alemán. Los alemanes, cuando son hermosos, no saben hacer nada con su cara; cuando tienen dinero, lo cuentan; cuando tienen amor, lo guardan.

En Baden, sin embargo, hallé un Lovelace rubio semejante á un astro loco. Divertíase con paradojas, mezclaba su cerveza con vino champagne, bailaba con princesas rusas, jugaba con los ciervos y gozaba fama de generoso y desprendido.

Era un austriaco amigo del príncipe de Metternich.

Cuando yo perdía mi último luis, como él jugaba siempre en contra mía, al treinta y cuarenta, me demostraba que debía haber puesto mi dinero al rojo si lo puse al negro.

La verdad es que era poco galante en el juego.

Ante el riesgo de perder la batalla uno se acoge á los primeros soldados que llegan.

Pero esto no me impidió un día ser desbancada del modo más ruinoso.

Encontréme bajo los árboles delante de la sala de conversación.

—¿Lo ha perdido usted todo? me dijo.

—Todo, hasta la desesperación.

—¿Quiere usted regresar á París?

—¡No! voy á enviar el último telegrama.

—¿Para jugar más?

—Sí, tengo mi plan; quiero jugar diez veces cinco luises al número 19.

—¡Diablo! va usted á hacer saltar la banca.

—Sí; cumplo hoy diecinueve años y quiero que la banca me los pague.

—Pues yo voy á devolvérselos á usted.

Y nos fuimos á la mesa donde se jugaba á la ruleta.

—Atención, pues, exclamé. No es preciso jugar á lo que salga, hay que esperar el cuarto de hora de inspiración. No presiento aún el 19. Me ofreció un helado. Al tomarlo ofreciome también su corazón con las mismas frases que me ofreció el helado.

Acepté en forma parecida. Hay días en los que uno lo acepta todo.

Me levanté de pronto y corrí á la ruleta.

—Cinco luises al 19, dije, entregando el billete de mil francos á un *croupier*.

Apenas concluí de hablar el 19 salió.

Me devolvieron mi billete con tres mil quinientos francos además.

Devolví graciosamente á mi acreedor lo que me había prestado, añadiendo los beneficios obtenidos.

—La gratitud no desaparece por esto, le dije.

Naturalmente, continué jugando.

Todo el mundo sabe que al caer la bola

no siempre suele meterse inmediatamente dentro del mismo agujero.

—19, voceaba nuevamente el tenor de los *croupier*.

Me dieron otros tres mil quinientos francos más.

—¡Y bien! me dijo el austriaco, ya tiene usted lo suficiente para jugar al máximo.

—¡Chist! le repliqué, va usted á deshacerme mis combinaciones. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintisiete años.

Puse mil francos sobre el 19 y mil más sobre el 27.

Salió el 19.

Empecé á ser una heroína: todas las miradas convergieron en mí, mientras yo guardaba treinta y cuatro billetes de mil francos con el gesto de una mujer acostumbrada á remover aquellos papeles.

—¡19! repitió el tenor una vez más. Y entonó el *De profundis* de la banca. La banca saltó y se le hicieron funerales de primera clase.

—Si usted quiere seguir mi consejo, díjome mi salvador, partiremos esta noche para las riberas del Rhin; es precisamente el tiempo más oportuno para admirar la luna de miel sobre mi viejo castillo.

No habia visto nunca los castillos alemanes. Experimentaba algo de miedo por tantas leyendas que se cuentan de algunos de estos edificios.

Además, arrancarme violentamente de Baden era huir de una ruina cierta, y me

gustaba no dar la revancha á la banca burlandome de ella.

—Vámonos, dije á mi burgrave.

Una hora después, las maletas estaban cerradas y los rocines de Baden nos llevaron á la estación, pero nunca me parecieron más hermosos los caballos ingleses.

Comimos en Carlsruhe: á eso de las once llegamos á Offendall.

No esperaban al conde en su dominio, y tuvo que hacer mil esfuerzos para despertar á aquellas buenas gentes que él llamaba sus jardineros, pero que eran sus arrendatarios. El jardín no era más que un erial inculto donde trepaban las cepas como lagartos helados por el frío. Aunque estábamos en la más hermosa estación del año, el aspecto de aquellas torres góticas algo desmanteladas, me llenaron de frío el corazón.

—¿Mandaré usted encender fuego? pregunté al conde.

—Sí, respondió, un hermoso fuego de sarmiento como en las leyendas.

—No hablemos ahora de leyendas, iluminemos la estancia y acostémonos charlando de Baden y de París.

Tardóse una media hora en tener el fuego, ante cuyo resplandor apreciamos mejor el helado aspecto de aquellas ruinas gigantes. No había una sola habitación sin los cristales rotos. Dentro de la alcoba, que el conde llamó la alcoba nupcial, espantamos á un mochuelo que desapareció lanzando un fúnebre grito.

—¿Cree usted en los augurios? pregunté al conde.

Apercíbime que estaba pálido é inquieto, y desesperábame ya de haber querido intentar la aventura en una vivienda semejante.

—No tema usted nada, me dijo mi compañero, esas gentes no atienden en seguida; pero ya verá cómo sabiendo esperar tienen recursos y cenaremos bien.

Llevóme hasta la ventana.

—Vea usted, exclamó entonces, qué hermosa es la luna contemplada desde estas ruinas.

—Preciosa, contesté; no olvido que la luna es el sol de las ruinas. Pero prefiero el otro.

—No es usted romántica. Observe usted sin embargo qué poética, qué bella es la claridad de la luna á través de las nubes y sobre las ondas.

Y me enseñaba las nubes en el cielo y las aguas del Rhin.

—Es sublime, le repliqué, pero me muerdo de sueño.

Entonces me dejé caer sobre un viejo sillón de tapicería, duro como una roca. Todo es blando cuando se tiene sueño. Disponíame á dormir cuando él me cogió las manos, se levantó y empezando á cantar se dispuso á bailar un vals.

Me espanté; recordaba vagamente los valses infernales de los poetas alemanes. Para asustarme más, el viento que penetraba por los abiertos ventanales, apagaban las bujías.

—Ya ve usted, me dijo, es imposible dormir aquí desde la media noche á la una de la mañana.

Lo miré. Hablaba seriamente.

—Vamos, exclamé, ¿está usted loco ó lo estoy yo?

El tenía tal vez más miedo que yo.

Llamó para pedir la cena.

—Debe usted saber, le repetí, que no me gustan estos aires misteriosos. La hospitalidad de usted no es del todo escocesa. Sin duda que para ofrecerme colorido local es porque hace usted esta comedia.

—Mi querida niña, nosotros los alemanes tenemos la religión del pasado. Creemos que nuestros antecesores continúan celebrando su sábado como cuando eran altos y poderosos señores. El castillo es un lugar de delicias; únicamente desde las once de la noche hasta la una de la madrugada el mal espíritu establece siempre su sitio en esta sala. Es el momento en que deben pagarse las deudas al diablo.

—¿No está mal! ¿Es que tiene usted deudas que pagarle?

—No las he contado.

—¿Y en qué moneda se pagan esas deudas?

—No quiero decírselo á usted porque tendría usted miedo.

Trajeron la cena: un jamón de Mayence con confitura de grosellas y una tortilla de confitura de albaricoques.

Empecé á respirar sobre todo, contemplando dos botellas de vino del Rin.

Nos sentamos á la mesa, pero la alegría no volvió. Bebí, copa sobre copa, tres vasos de vino.

—Es un vino de mañana, dije, bueno para pasar la noche.

—¿Quiere usted champagne?

—No, no vale la pena, estoy melancólica ya.

Ensayé vanamente reír.

Cinco minutos después me tumbé sobre mi butaca y me dispuse á dormir en seguida.

Pero el conde se precipitó sobre mí y me obligó á levantarme.

Por segunda vez me cogió para bailar un vals.

—Querido mío, si esto es una diversión, conste que me parece muy mala, ó en otro caso hago venir á la orquesta.

Yo había tirado mi sombrero y mi abrigo sobre la cama.

—Si usted quiere hacer las cosas bien, repetí quitándome el cinturón, cojerá usted una almohada y se acostará sobre el canapé para protegerme contra los fantasmas.

—Todo lo que usted quiera, contestó él mirando su reloj, pero no podemos acostarnos antes de media hora.

Sentéme, dominada más que nunca por el sueño.

—Aunque el rey de Prusia, dije balbuceando, acompañado por Mr. de Bismarck y del príncipe de Prusia vinieran, amigo mío, á proponerme una partida de juego al treinta y cuarenta, no podrían vencerme el sueño que tengo.

Acostada encima del canapé, me sentía ya en el país de los sueños.

El conde permaneció á mi lado, observándome con inquietud.

Yo dormía.

El estudiaba la expresión de mi rostro como si quisiera leer en un libro abierto los sueños que me embargaban. Pronto me vi próxima á una horrible ansiedad. Lancé un grito y agité los brazos defendiéndome.

—Parece increíble, exclamé, siempre la misma historia; los muertos queriendo valsar con los vivos.

Cogióme entonces las manos, y poniéndome en pie violentamente, me puso un brazo bajo mi talle y empezó á valsar con furor.

Como yo dormitaba aún no era precisamente una hija del aire por mi ligereza.

Desveléme poco á poco aterrorizada por la visión que había entrevisto; y no comprendiendo nada de aquel vals inaudito, imaginé que iba á perder el pie y á precipitarme en un abismo presa del vértigo.

—¡Piedad!, ¡piedad!, exclamé llorando.

Pero él continuó bailando siempre sin responderme.

Intenté golpearle con el pie y morderle: todo inútil; como esos caballos desbocados que no hacen caso de la cólera del domador, así estaba; había cogido el bocado con los dientes y para valsar mejor empezó á cantar hasta faltarle aliento un vals de Strauss que había yo bailado muchas veces. Cantaba en alemán; creí entonces que entonaba mi *De profundis*.

Dió la una.

—Se concluyó, me dijo. Ahora el castillo

de Offendall es un castillo encantado. Va usted á dormir el sueño de los ángeles y de las pecadoras. Mañana se maravillará usted ante las bellezas del país.

—Es igual, contesté, porque partiremos mañana por la mañana, ¿verdad? Pero antes explíqueme usted el por qué de ese vals furioso.

Jamás quiso decírmelo.

Al siguiente día marchéme colérica del castillo. El sonreía con expresión un poco triste.

—¿Qué vais á hacer? me dijo.

Aquella fué su última frase.

Algún tiempo después le volví á ver en un baile de la Opera.

—¿Quiere usted valsar?—le pregunté.

—No, me respondió, no valso más que en el castillo de Offendall.

Su rostro daba miedo.

Cuando salí del castillo de Offendall me fui á Ems.

Ya había conquistado todo el aire de una mujer de mundo.

Los periódicos dieron cuenta de mi llegada como si fuera la Reina Mohely.

He cortado del *Été*, periódico de los Baños, este retrato mio á pluma; una bien cortada pluma por cierto:

«Acaba de llegar de París. Con sus cabellos rizados como los sonetos de Rousard, dorados como el trigo candéal agitándose y esparciéndose en el aire; le gusta lo blanco para hacer más radiosos y brillantes sus ojos de sultana; sus ojos son tan bellos y expresivos que hacen olvidar todas

»las demás bellezas de su rostro. Su pie ha
 »llenado de celos á Cendrillon. Nada es más
 »lindo que esos tonos de laurel rosa que
 »luce sobre sus mejillas y frente nacaradas.
 »Todas las mujeres pueden tener diamantes,
 »pero ninguna los brazos bastante her-
 »mosos para llevar esos brazaletes hallados
 »entre las ruinas de Herculano. No es una
 »mujer, pero es un Silfo. Se desliza, no
 »anda. Queréis verla, y cuando os aperci-
 »bis está lejos, muy lejos.»

«Sí, es verdad, muy lejos. ¡Qué pincelada
 más justa! *Raoult de Navery fecit.*»

No era hermoso, pero sí una inteligencia.
 Tenía cierto temor de ser desconocida en
 Ems, donde únicamente hay extranjeros
 curándose. Pero apenas sentéme en una
 mesa bajo los árboles de la *Conversation*,
 cuando reconocí de pronto á los señores
 Pontmartur, Alberic, Second, Aureliano
 Scholl, Hlector de Callias y un ministro
 portugués; mis amigos todos y á mi ene-
 migo el príncipe de ***.

Se desayunaban dos á dos y habían ele-
 gido las mesas más cubiertas por el follaje
 de los árboles.

Me llamaron y me ofrecieron el vino de
 bienvenida.

Aquel fué uno de los almuerzos más bri-
 llantes de los que guardo recuerdo.

Alberic Second acababa de ganar 5,000
 francos y repartía á manos llenas el oro de
 su *esprit*. Y los demás convidados no le pa-
 gaban en verdad con moneda falsa. Era un
 choque de palabras y de paradojas que hizo
 palidecer á todos los alemanes del paseo.

A los postres presentóse el conde de Or-
 may, que venía de perder los 5,000 francos
 que Alberic Second había ganado. Si Alberic
 Second estaba realmente encantador
 siendo ganancioso, el conde de Ormay no
 era menos seductor habiendo perdido. Le
 hacía falta una víctima, y trató de tirar de
 los cabellos á un crítico de los lunes, pero
 el crítico era calvo. El asunto fué algo gra-
 ve; un poco más y era cuestión de tes-
 tigos.

—La culpa es de usted, decía Ormay, me
 ha dado los buenos días y me ha pedido
 fuego para encender su cigarro, lo que me
 ha hecho llegar tarde.

—El cigarro de usted estaba encendido,
 respondió el crítico.

—Sí, pero usted me ha hablado y me ha
 hecho perder la inspiración.

—Por qué pasa usted por la misma puerta
 que yo. Soy bien educado y saludo á las
 gentes que conozco.

—Sepa usted, señor, que no se saluda
 nunca á un hombre que va al treinta y cua-
 renta.

El crítico estaba exasperado.

—Está bien, perfectamente, dijo el conde;
 he aquí un hombre que está más furioso
 que yo: siempre pasa así.

Sólo faltaba que se echasen el vino del
 Rhin á la cara, pero el conde de Pontmar-
 tin pacificó á los dos amigos con una frase
 ingeniosa.

La vida en las aguas termales debe ser
 una vida de *farniente* pero resulta siempre
 una vida borrascosa.

Después del almuerzo, sobreexcitada por el ejemplo de Alberic Second y no inquietandome la pérdida de Ormay, puse que éste había perdido porque el crítico le pidió fuego, me fui á la ruleta.

Ensayé de apuntar á todos los números pares, mas la bola se obstinó en saltar á los impares; al cabo de una hora había perdido negl gentemente cincuenta luises.

Volvi bajo los árboles buscando con los ojos á los gananciosos.

Alberic Second, había tenido tiempo de perder lo ganado; mientras que Ormay había recobrado lo perdido.

Propusieron un gira á la montaña montados en asnos. Yo no estaba contenta.

De modo que el asno que me condujo fué mas apaleado que de costumbre. Estoy segura que entre los caballos y los asnos de Baden y de Ems podrían decirse:

—«He ahí un caballero que debe haber ganado, no me pesa y me deja coger un poco de yerba.

He aquí una dama que habrá perdido, el paisaje la disgusta, y me pega aunque vaya bien.»

Era la primera vez que perdía.

La primera vez es la que cuesta.

Es preciso acostumbrarse á todo, y se pierde con mucha frecuencia en la ruleta de la vida.

XV Fantasio

Aquel día me salió un buen número.
Entre los paseantes venia un parisino al

que si queréis, llamaré Fantasio. No temió abusar de mi inocencia.

Aquello fué una verdadera pasión. En París no hay tiempo de amar, en provincias se ama muy mal, en el extranjero se ama perfectamente.

Todas las pasiones debieran ir en peregrinación á las aguas termales ó á las playas marítimas.

Allí es su única patria. Se han abandonado tras sí todas las preocupaciones. No queda más que una, la preocupación de amar.

La vida fuera de los acreedores, de los criados y de los importunos.

Se va y viene con absoluta libertad, extranjero es todo lo que se dice.

Todo lo que nos rodea y no se ocupa en los festines de la vida no es más que un sitio ignorado.

Aquel bienestar en los bosques, en los paseos, en la soledad, dura dos hermosas semanas.

Pero á Fantasio no le gustaba más que la dicha, que dura poco.

Una mañana quiso ir á beber á la fuente porque se sentía el pecho dolorido. Me aconsejó con el acento más cariñoso y tono acarameado que permaneciese acostada. Me dijo al mismo tiempo, que ofrecía yo un hermoso y embelesador espectáculo con el cabello esparcido sobre aquel lecho alemán en cuyos paños veíanse pintadas las hojas de patra.

A la mañana siguiente el mismo pretexto.
No podía pensar que estuviese seriamente

Después del almuerzo, sobreexcitada por el ejemplo de Alberic Second y no inquietandome la pérdida de Ormay, puse que éste había perdido porque el crítico le pidió fuego, me fui á la ruleta.

Ensayé de apuntar á todos los números pares, más la bola se obstinó en saltar á los impares; al cabo de una hora había perdido negl gentemente cincuenta luises.

Volvi bajo los árboles buscando con los ojos á los gananciosos.

Alberic Second, había tenido tiempo de perder lo ganado; mientras que Ormay había recobrado lo perdido.

Propusieron un gira á la montaña montados en asnos. Yo no estaba contenta.

De modo que el asno que me condujo fué mas apaleado que de costumbre. Estoy segura que entre los caballos y los asnos de Baden y de Ems podrían decirse:

—«He ahí un caballero que debe haber ganado, no me pesa y me deja coger un poco de yerba.

He aquí una dama que habrá perdido, el paisaje la disgusta, y me pega aunque vaya bien.»

Era la primera vez que perdía.

La primera vez es la que cuesta.

Es preciso acostumbrarse á todo, y se pierde con mucha frecuencia en la ruleta de la vida.

XV Fantasio

Aquel día me salió un buen número.
Entre los paseantes venia un parisino al

que si queréis, llamaré Fantasio. No temió abusar de mi inocencia.

Aquello fué una verdadera pasión. En París no hay tiempo de amar, en provincias se ama muy mal, en el extranjero se ama perfectamente.

Todas las pasiones debieran ir en peregrinación á las aguas termales ó á las playas marítimas.

Allí es su única patria. Se han abandonado tras sí todas las preocupaciones. No queda más que una, la preocupación de amar.

La vida fuera de los acreedores, de los criados y de los importunos.

Se va y viene con absoluta libertad, extranjero es todo lo que se dice.

Todo lo que nos rodea y no se ocupa en los festines de la vida no es más que un sitio ignorado.

Aquel bienestar en los bosques, en los paseos, en la soledad, dura dos hermosas semanas.

Pero á Fantasio no le gustaba más que la dicha, que dura poco.

Una mañana quiso ir á beber á la fuente porque se sentía el pecho dolorido. Me aconsejó con el acento más cariñoso y tono acarameado que permaneciese acostada. Me dijo al mismo tiempo, que ofrecía yo un hermoso y embelesador espectáculo con el cabello esparcido sobre aquel lecho alemán en cuyos paños veíanse pintadas las hojas de patra.

A la mañana siguiente el mismo pretexto.
No podía pensar que estuviese seriamente

te enfermo del pecho, pero hallábame muy bien en mi cama y adormecía mis celos.

Al otro día no fueron ellos los que me despertaron.

Había salido sin despertarme; me vestí despacio y le esperé junto á los grandes árboles del paseo.

Ved el cuadro:

Fantasio seguía á una joven holandesa rubia como yo, alta como una espiga madura, pálida como una tarde de otoño, vestida como una caña.

Llegó junto á ella y la saludó inclinándose.

Ella le miró y sonrióse. ¿Qué se dijeron? Supongo que lo adivinaréis.

Quise lanzarme sobre ella, mas, ¿por qué no saborear lentamente todos mis furores?

Era una joven que había llegado á las aguas con su madre y tres hermanos. Una mujer romántica que se creía enferma del pecho y que viendo ya su tumba bajo aquellas secas hojas, deseaba llevarse al otro mundo algunos recuerdos del amor terreno.

Fantasio me habló de ella en el teatro y en el concierto. Según él, era la verdadera efigie de la pasión. Ella tenía por armas parlantes estas dos palabras: «Amar, morir.»

En realidad no vi más que sus cabellos espléndidos; nunca gavilla más abundante había coronado una belleza del Norte.

Quando digo una belleza soy generosa; tenía únicamente un perfil de virgen; pero la boca era desdibujada, y por esta causa su sonrisa poco graciosa.

Dicen que las mujeres celosas son invisibles, tal es su arte de ascenderse y de eclipsarse. Así lo comprendí para Fantasio: volvió la cabeza registrando los árboles y no me vió detrás de uno. Además, no eran mis miradas las que él podía temer. Estaba muy convencido que yo seguía durmiendo.

Pero como la joven holandesa iba todas las mañanas antes de las ocho á tomar su vaso de agua con una de sus hermanas, linda perezosa que sufría lo indecible para ser tan madrugadora, la romántica rubia regresaba sola como buscando aventuras maravillosas y á su hermanita raras veces se la veía á su lado, pero al fin no dejaba de acompañarla desde cerca ó de lejos; por esta coincidencia, no ignorada por Fantasio, dirige éste miradas de vaga inquietud en derredor suyo.

Observé desde luego que Fantasio habíase abierto rápido camino hasta el corazón de la holandesa.

Estas cosas se entienden aunque no hablen los interesados.

De pronto dieron media vuelta y volvieron sus pasos hacia el jardín inglés, un jardín solitario y á tal hora más que nunca. Corrí á emboscarme para no perder nada de la escena.

Hélos aquí, bajo la sombra de los tilos y de los sauces llorones; de veras os lo digo; una legítima novela del Blein.

Permanecí escondida entre ramaje como Diana esperando á un ciervo fugitivo; no quería perder ni una palabra de su boca ni un gesto de su rostro.

Transcribo aquí aquel encantador diálogo, matizado por el canto de los ruiseñores.

El.—Qué hermosa, qué bella es usted y cuánto la deseo.

Ella.—Me dice usted esto en francés pero no se atrevería usted á repetírmelo en alemán.

El.—Usted sabe que ignoro el alemán.

Ella.—He aquí por qué quiere usted traducirme al francés.

El.—(Con pasión). ¿Es posible que estos hermosos cabellos sean besados por un holandés?

Ella.—Si usted ama de veras, no ignora usted que el holandés será sacrificado al francés!

Al llegar aquí recurrieron al lenguaje mudo. Se miraron amorosamente, por una atracción magnética sus cabezas se juntaron. El la besó sobre los cabellos, ella á él sobre sus hombros.

¡No sé por qué no me precipité hacia ella armada de mi rabia y de mis diez uñas! Los celos son pacientes. No había visto más que el principio de mi tormento. ¡Juzgad!

¡Fantasio desanudó la cabellera de la joven con sabia mano, esparció sobre su frente los áureos rizos, y sobre aquella cabeza depositó mudo y extasiado apasionadas caricias.

¿Para qué aquella fantasía? Me ha dicho él mucho tiempo después que no se enamoró más que de los cabellos de la holandesa y había querido ahogarse con ellos.

Aquella caricia fué una embriaguez de algunos segundos, pero fué una embriaguez

seductora. Cuando ella recogió sus cabellos y los anudó nuevamente, estaba blanca como los pétalos de un lirio. El mismo blanco de un pecado mortal. Y sin embargo aquello no fué todo; fué ella que volvió á tomar la palabra.

Ella.—Solo suplico á usted venga á Rotterdam para pedir mi mano á mi padre. No quiero casarme con ese banquero de Francfort, ¡quiero vivir en París! ¡quiero vivir con usted!

El.—No hablemos, encanto mío, de Rotterdam ni de banqueros. Hablemos de tus ojos tan hermosos! Tus cabellos me han embriagado deliciosamente, déjame vivir dentro de esta nube amorosa.

Ella.—Usted no es caballero. Le ruego no me bese más. Hay aquí mucha gente que me conoce. Esa señora que ha pasado por ahí habla algunas veces con mi madre.

El.—Leía un periódico y no nos ha visto.

Ella.—¿Cuándo nos volveremos á ver?

El.—Tengo una idea. Por la tarde cuando su madre y hermanos están en el concierto ó contemplando el juego, ¿no podría usted desaparecer un rato?

Ella.—Sí, ¿pero para ir adónde?

El.—Frente del Kursaal hay un hotel donde tengo un cuarto, el número 8.

Ella.—¿Y por qué tiene un cuarto en ese hotel?

El.—Para retirarme del ruido. Prefiero vivir escondido y solo. ¡Si usted viese qué hermosa vista disfruto desde mi ventana!

Ella.—¿Por la noche?

El.—Sobre todo por la noche. He descubierto una estrella, ¿no es verdad que vendrá usted a verla?

Ella.—¡No!

El.—Creía que era usted romántica.

Ella.—Sí, pero no soy loca.

El.—Entonces no me ama usted.

Ella.—¿Que no amo a usted?

Y la joven miró a Fantasio con los ojos llenos de lágrimas.

El se parecía a Mefistófeles. Sentía que el diablo le ayudaba.

Ella dijo mil veces que no. Por fin prometió ir... Después del primer vals del concierto jugaría un *federico* sobre el doble cero y en seguida iría a ver las estrellas con él.

Después se separaron. Ella se apresuró a ir a beber su vaso de agua; Fantasio encendió el cigarrillo satánico.

No pudo respirar en diez minutos.

Había tenido necesidad de toda mi fuerza de voluntad para reprimirme; di algunos pasos y me hice la encontradiza con él.

—¿Qué madrugador! me dijo.

—Sí, creo que también sufrí del pecho.

Y le cogí la mano para llevármela al corazón.

—Tienes el diablo en el corazón, dijo él, asustado de los latidos precipitados de aquella mecánica inexplicable.

Por la tarde, la linda holandesa, después del primer vals de Strauss, puso un *federico* sobre el doble cero.

Yo estaba allí, jugaba y ganaba. Fantasio creía que no veía yo nada y no perdía un

gesto. Jamás miradas de amantes habían sido mejor fotografiadas.

Minutos después subieron ambos la escalera del Hotel para ir al número 8.

Les dieron una bujía pero la apagaron temerosos de encontrar algún rostro conocido.

¡Helos ya en el segundo piso! Entraron. Aquel cuarto era el paraíso. ¡Estar sola con él! ¡Estar solo con ella! ¡Qué dulcísimas frases se dirían al resplandor de la luna, bajo el fulgor de las estrellas!

Como había hecho por la mañana, desató Fantasio aquellos hermosos cabellos para perder sus labios en ellos y para anegar en ellos sus ojos.

Y ella aquella vez, no tendría prisa por atar su cabellera. ¡Ella también se fundiría en él! Había oído repercutir uno de los cuartos de hora de embriaguez que recompensa los sufrimientos de toda una vida de arrepentimiento. Había visto el abismo y se arrojaba a él con amor, con pasión, con voluptuosidad.

Abrióse la puerta. Ella pasó la primera. La noche era obscurísima. El cerró la puerta, no atreviéndose a encender una bujía. ¿Cómo fué que la luz resplandeció?

Yo estaba allí y quería ver.

Pero no estaba sola en aquel golpe teatral; había ido a buscar al banquero de Francfort.

Lanzaron un grito y ella se desmayó.

La ofrecí mi frasco de sales; fué mi única venganza.

BIBLIOTECA

ALFONSO

ALFONSO

ALFONSO

¿No es verdad que tengo disposiciones para la comedia?

Al día siguiente hubo un escándalo enorme en Ems. Lo cual no impidió que el día antes ambos amantes robaran una hora de amor al novio de Francfort y á mí misma.

Una hora de amor, esto es todo y es nada.

XVI

El amor

Regresé á París y regresé dominada por la peor de las locuras: la locura del amor.

Amaba á ese Fantasio que adoraba á todas las mujeres.

¡Le amaba con toda mi alma!

Una mujer no degenera en cortesana sino en virtud de mil complicaciones accidentales.

En la antigüedad existió un Estado donde se estudiaba para serlo y cuyos grados de mayor ó menor cultura amorosa los otorgaba la escuela de los filósofos. Lo que más á menudo sucedía, esta es la verdad, era que la mujer enseñaba á los filósofos. Pero en la vida moderna no tiene la cortesana derecho de serlo, apenas si puede hacer otra cosa que deslizarse siguiendo su marcha.

Se la puede comparar á una viajera que, rota su carroza en el camino, tiene la absoluta precisión de detenerse en una posada, donde debe alegrarse, pese á su humor, compartiendo aquel afanoso tragin, aquella confusión, aquel ruido lleno de estrepitosa alegría, de canciones de borrachos y de las locuras de la orgía.

Pero cualquiera que sea el atractivo de esa vida de aventuras y de imprevisión, la viajera estará satisfecha si arreglada su carroza puede continuar el viaje por una senda bordada de árboles, y respirando el aire puro y los rayos del sol.

No recuerdo ninguna mujer galante que no eche de menos su vestido de lana y que no aspire á ser dueña de su casa; con una condición, sin embargo, y es la que ella guardará en su corazón el más querido de sus amores.

Tengo leído aquel cuento viejo, donde una mujer que quiso encender un gran fuego para echar en él todos sus recuerdos, apareciósele un ángel en sueño que le dijo: «Arroja tu corazón al fuego y cuando el fuego esté extinguido te habrás olvidado de todo.»

También yo quisiera echar mi corazón al fuego para olvidarlo todo, salvando, empero, un recuerdo que quiero conservar hasta la muerte; el recuerdo de Janlani, porque su amor hizo revivir mi corazón.

Alguien hallará oportuno reirse de aquel hermoso verso de Victor Hugo:

Son amour n'a refait une virginité
pero á nadie podrá parecerle ridículo porque palpita en él un sentimiento profundamente humano.

Todas las cortesanas que viven para el corazón y la inteligencia han sentido la verdad de este verso. Cada vez que una mujer como yo está dominada por la pasión se siente transfigurada, rechaza con horror toda lo que la marchita, hasta el recuerdo.

¿No es verdad que tengo disposiciones para la comedia?

Al día siguiente hubo un escándalo enorme en Ems. Lo cual no impidió que el día antes ambos amantes robaran una hora de amor al novio de Francfort y á mí misma.

Una hora de amor, esto es todo y es nada.

XVI

El amor

Regresé á París y regresé dominada por la peor de las locuras: la locura del amor.

Amaba á ese Fantasio que adoraba á todas las mujeres.

¡Le amaba con toda mi alma!

Una mujer no degenera en cortesana sino en virtud de mil complicaciones accidentales.

En la antigüedad existió un Estado donde se estudiaba para serlo y cuyos grados de mayor ó menor cultura amorosa los otorgaba la escuela de los filósofos. Lo que más á menudo sucedía, esta es la verdad, era que la mujer enseñaba á los filósofos. Pero en la vida moderna no tiene la cortesana derecho de serlo, apenas si puede hacer otra cosa que deslizarse siguiendo su marcha.

Se la puede comparar á una viajera que, rota su carroza en el camino, tiene la absoluta precisión de detenerse en una posada, donde debe alegrarse, pese á su humor, compartiendo aquel afanoso tragin, aquella confusión, aquel ruido lleno de estrepitosa alegría, de canciones de borrachos y de las locuras de la orgía.

Pero cualquiera que sea el atractivo de esa vida de aventuras y de imprevisión, la viajera estará satisfecha si arreglada su carroza puede continuar el viaje por una senda bordada de árboles, y respirando el aire puro y los rayos del sol.

No recuerdo ninguna mujer galante que no eche de menos su vestido de lana y que no aspire á ser dueña de su casa; con una condición, sin embargo, y es la que ella guardará en su corazón el más querido de sus amores.

Tengo leído aquel cuento viejo, donde una mujer que quiso encender un gran fuego para echar en él todos sus recuerdos, apareciósele un ángel en sueño que le dijo: «Arroja tu corazón al fuego y cuando el fuego esté extinguido te habrás olvidado de todo.»

También yo quisiera echar mi corazón al fuego para olvidarlo todo, salvando, empero, un recuerdo que quiero conservar hasta la muerte; el recuerdo de Janlani, porque su amor hizo revivir mi corazón.

Alguien hallará oportuno reirse de aquel hermoso verso de Victor Hugo:

Son amour n'a refait une virginité
pero á nadie podrá parecerle ridículo porque palpita en él un sentimiento profundamente humano.

Todas las cortesanas que viven para el corazón y la inteligencia han sentido la verdad de este verso. Cada vez que una mujer como yo está dominada por la pasión se siente transfigurada, rechaza con horror toda lo que la marchita, hasta el recuerdo.

Desdichadamente esa nueva vida que á sus ojos la ensalza y que la presta una vestidura virginal no engaña á nadie más que á ella misma. El mundo donde vive, la ve siempre tal como era, tal como es una joven perdida, una coqueta, una impura.

Esto constituye su desesperación. Daría ella un mundo por reconquistar aquellos hermosos días su inocencia y para envolverse amante y pura en su primer vestido.

Afortunadamente amaba á un hombre que no tenía prejuicios. Fantasio era en efecto más amante de la belleza que de la verdad.

Parecíase á esos aficionados al arte que no se inquietan porque un objeto artísticamente bello haya sido poseído por veinte dueños.

Con un hombre como él no tenía más inquietud que la de ser indigna del amor. Pero comprendo que si hubiese amado á un hombre celoso del pasado y del presente hubiese sufrido todos los tormentos imaginables.

Existen mujeres que son lo bastante dichosas para poder cerrar los ojos sobre sus crímenes. Pero yo no tengo esta hermosa inconciencia: la mujer de hoy no hace desaparecer á la mujer de ayer.

Yo era feliz, á pesar de algunas nubecillas, amando á mi Fantasio.

Pasamos juntos una temporada encantadora en pleno París.

Yo estaba celosa. No iba él tras las mujeres, pero aquellas señoras corrían tras él. Me engañó mil veces, y me consolaba pen-

sando en las veces que antes le engañé yo. Desarmábame sin embargo con una sonrisa ó con una frase. Las cartas eran modelos de espiritualidad, dentro de su concisión. A su ingenio brillante debo el aborrecer las sensiblerías á lo Werther.

No soy de esas mujeres que les gusta el amor necio ni aun cuando lloro.

XVII

La cólera del principe

En medio de todas mis alegrías siempre me asaltó un triste presentimiento; sentía la muerte en la vida. No me he reído nunca sin que el fin de mi carcajada sea una sonrisa amarga, á semejanza del que abre la boca para morder una fruta sabrosa y que la cierra al hallarla podrida.

Existen seres que todo les parece bien; yo encuentro que todo es malo. No tengo la pretensión de rehacer el mundo, pero quisiera que Dios lo retocase.

Si estuviera en el Paraíso, abriría la puerta para marcharme; si la escala para llegar á él fuese corta, sería capaz de escalar los muros para volver á entrar. Y es que en el Paraíso tal vez me aburriría, y que fuera de él tampoco me divierto; y lo que más afli-

Desdichadamente esa nueva vida que á sus ojos la ensalza y que la presta una vestidura virginal no engaña á nadie más que á ella misma. El mundo donde vive, la ve siempre tal como era, tal como es una joven perdida, una coqueta, una impura.

Esto constituye su desesperación. Daría ella un mundo por reconquistar aquellos hermosos días su inocencia y para envolverse amante y pura en su primer vestido.

Afortunadamente amaba á un hombre que no tenía prejuicios. Fantasio era en efecto más amante de la belleza que de la verdad.

Parecíase á esos aficionados al arte que no se inquietan porque un objeto artísticamente bello haya sido poseído por veinte dueños.

Con un hombre como él no tenía más inquietud que la de ser indigna del amor. Pero comprendo que si hubiese amado á un hombre celoso del pasado y del presente hubiese sufrido todos los tormentos imaginables.

Existen mujeres que son lo bastante dichosas para poder cerrar los ojos sobre sus crímenes. Pero yo no tengo esta hermosa inconciencia: la mujer de hoy no hace desaparecer á la mujer de ayer.

Yo era feliz, á pesar de algunas nubecillas, amando á mi Fantasio.

Pasamos juntos una temporada encantadora en pleno París.

Yo estaba celosa. No iba él tras las mujeres, pero aquellas señoras corrían tras él. Me engañó mil veces, y me consolaba pen-

sando en las veces que antes le engañé yo. Desarmábame sin embargo con una sonrisa ó con una frase. Las cartas eran modelos de espiritualidad, dentro de su concisión. A su ingenio brillante debo el aborrecer las sensiblerías á lo Werther.

No soy de esas mujeres que les gusta el amor necio ni aun cuando lloro.

XVII

La cólera del príncipe

En medio de todas mis alegrías siempre me asaltó un triste presentimiento; sentía la muerte en la vida. No me he reído nunca sin que el fin de mi carcajada sea una sonrisa amarga, á semejanza del que abre la boca para morder una fruta sabrosa y que la cierra al hallarla podrida.

Existen seres que todo les parece bien; yo encuentro que todo es malo. No tengo la pretensión de rehacer el mundo, pero quisiera que Dios lo retocase.

Si estuviera en el Paraíso, abriría la puerta para marcharme; si la escala para llegar á él fuese corta, sería capaz de escalar los muros para volver á entrar. Y es que en el Paraíso tal vez me aburriría, y que fuera de él tampoco me divierto; y lo que más afli-

gida y pesarosa me tiene siempre, es que presiento la muerte á cada paso; está dentro de mi corazón y aterroriza mi alma. ¡Cuántos amantes tengo sepultados en el olvido que agitan sus sudarios cuando vuelvo los ojos al pasado!

¿He amado á esos hombres?

Dícese que en el primer amante se ama al hombre mientras que en los que siguen se ama al amor; poco más ó menos, como si dijeran que en vez de cantar la canción cantarán la letra. Efectivamente, el primer amante es el motivo conocido; el tercero, es el organillo estridente. Y lo más triste es que no hay medio posible de eternizar el primer amor, lo propio sucede en el matrimonio; viaje á través de la pasión, es como un viaje de placer donde uno no se divierte sino en determinados sitios.

Se pasa en todos los viajes por un punto admirable; pero, ¡qué punto más triste, si nos condenan, á admirarlo mucho tiempo! Amar es divino; amar eternamente es mortal, á menos que no se cambie de amor.

Esto es lo que yo hice. Imaginamos que el que viene será superior al que se va; mas pronto apercibimos que todos los hombres son iguales: todos están amasados con egoísmo y vanidad: es el amor propio. Cada vez que he dado mi corazón he hecho un mal negocio porque no he sido pagada; felizmente poseía el arte de disfrazar mi amor. El hombre es cruel cuando no es cobarde; bebe nuestras lágrimas con delicia; he aquí porqué la mujer tórnase cruel á su vez. Mlle. Cleopatra, á quienes todas he nos co-

nocido cuando éramos muy niñas, decía enseñando sus maravillosos collares de perlas: «*Todo esto no es nada, no vale nada, mis verdaderos collares de perlas son las lágrimas que he hecho derramar en mi camino.*»

¡Y, qué magnífico camino había seguido!... Marquesa italiana, cortesana francesa, princesa rusa, porque acabó por casarse con el príncipe.

Y puesto que hablo de príncipes, explicaré mi aventura con el príncipe en Off.

Regresaba una tarde del bosque, bajaba por la avenida de los Campos Eliseos guiando dos caballos ingleses mal aparejados que amenazaban desbocarse. En medio de los paseantes el príncipe en Off se precipita, me salva de una catástrofe y coge las riendas á su vez.

—No te abandono, me dijo hablándome con respeto; porque vas á cometer mil tonterías.

Y además, porque creo que estamos mejor aparejados que estos dos caballos.

Había comprendido; el príncipe me llevó á su casa, calle Real. Allí me ordenó bajo pena de muerte, revólver en mano, que fuera su mujer legítima durante un año y un día.

He ahí los artículos del contrato:

1.º Mlle.*** no volverá á su domicilio ni una sola vez porque podría encontrar uno de sus amigos escondido en un armario.

2.º Mlle.*** no escribirá ni una carta; únicamente una esquela para manifestar que se retira del mundo.

3.º Mlle.*** no recibirá ni una sola vez á

su camarera, porque podría darla malos consejos.

4.º Mlle.** no irá á casa de Worth ni á casa Mme. Laferrieri, porque vendrán á mi casa á probarla y á dibujarla los vestidos.

5.º Mlle.** no reconocerá á nadie en el bosque ni saludará á los caballeros ni sonreirá á los paseantes.

6.º Mlle.** en el teatro no hará gestos ni carantoñas á Faure ni á nadie.

7.º Mlle.** no irá más ni á casa de su madre ni á casa de su hermano ni aún con el pretexto de salvarla la existencia.

8.º En espera de futuro matrimonio, el futuro esposo reconoce á la futura esposa un dote de cien mil francos que será contado y entregado á la susodicha futura esposa, tan pronto se celebre el matrimonio.

Firmé y rubriqué estos ocho artículos, no precisamente por los cien mil francos de los cuales ni creía yo en la mitad, sino porque al príncipe Off merecía en realidad que se hiciera una locura por él; era brutal pero apasionado, impertinente, pero hermoso; á puro derrochador y camorrista, se había impuesto á los más alborotadores y á los más ricos.

No me disgustaba darle el brazo á través de la vida.

Créese neciamente que las mujeres ligeras, se arrojan sobre el dinero como la pobreza sobre el mundo. No. Es preciso hacerles esta justicia, porque si el hombre les parece indigno de ellas, pasan tan desdeñosamente delante del dinero como delante del hombre.

Singular sociedad es ésta que no se queja ni se ofende cuando un hombre se deja comprar por el dote de una mujer, aunque sea la mujer horrible, y que mire desde la altura de su opinión á la joven de cierto mundo que vive de las prodigalidades de su amante. Por lo que á mi incumbe, jamás he tomado dinero si no me lo daba un hombre realmente galante.

Héme, pues, instalada como princesa en una habitación de la calle Real; ya recordáis estas grandes habitaciones del tiempo de Luis XVI, con altos plafones, relieves en las puertas de ornamentación severa y brillante.

Las aredes estaban cubiertas con tapices antiguos de los Gobelinos. Sentíame dichosa de haber abandonado mi modesto nido de joven galante por aquella habitación casi majestuosa. Crecí dos codos, juzgábame engrandecida. También el príncipe observó en mí una metamorfosis completa y rápida.

Tomé las actitudes más nobles y más severas. Conservaba, eso sí, siempre mis cuartos de hora de locura, pero había olvidado aquellas extrañas tonterías y estupideces que prestaba un no sé qué fantástico á mi carácter.

Veía mis días y mis horas tejidos por hilos de seda y oro, pero he aquí que una mañana el príncipe me sorprendió escribiendo á uno de mis amantes que se juzgó olvidado y que había sobornado á una de mis camareras.

El príncipe era terrible en sus accesos de cólera celosa; arrancóme la pluma de las

manos y me la arrojó á mi rostro. Fué como una flecha acertada: entró toda su punta en mi mejilla. Dominé mi furor. Usé de toda mi calma y continué escribiendo. El príncipe llegó al punto más alto de su furor: me cogió las dos manos y me hizo valsar como se hace bailar á una muñeca.

—¿Y la música? le dije, con la sangre fría más hermosa del mundo.

—Has de saber, me replicó, que cuando yo tomo una mujer, es para poseerla en cuerpo y alma: si no es así márchate.

—No he venido para marcharme; soy yo quien manda aquí. ¡Váyase usted!

¿Domesticóse el león?

Cinco minutos después nos hallábamos abrazados estrechamente como dos amantes, y nos paseábamos por los dos salones, manejando el porvenir á nuestro antojo, como si debiéramos vivir un siglo juntos.

Naturalmente, mientras más celoso estaba el príncipe más procuraba yo que lo estuviera.

Todos los días me colocaba en el balcón á la hora en que todo el mundo iba al Bosque. Afectando el aire altivo y desdénoso de una reina en su balcón, dejaba caer mis ojeadas y mis sonrisas.

El príncipe me amenazaba con la fusta cuando pasaba en su break. Si salía, yo iba con frecuencia alrededor del lago, cosa que me había prohibido. Si me encontraba, sufría una crudísima amonestación; si le respondía alzaba su mano y me pegaba como hacen las gentes del pueblo, y aún me daba con el pie como hacía con su perro.

Hubiese yo querido indignarme, y sin embargo sufría aquella esclavitud dorada. ¿Cómo siendo orgullosa fui tan sumisa? No lo sé. Tal vez era porque amaba.

Aquel amor indolente no me impedía reanudar mis aventuras por fuera. Existen mil y una manera de engañar á un celoso, aunque sea el celoso que os encadene. Leed si no la leyenda de la bella veneciana á la que su marido encerró de la cabeza á los pies. No me empujaba la traición, sino á gran distancia; era más romántica que pervertida; desfloraba las novelas, pero no llegaba á su desenlace nunca.

Escribí á un amigo que vivía en un castillo, sabiendo perfectamente que se atrevería á venir y libertarme.

Escribí á otro para que me enviase ramos de flores y pudiese aspirar el dulce perfume de la inconstancia.

Estrechaba la mano de cualquier otro, mientras bajaba la escalera de la Opera del brazo del príncipe. Cuando cenaba en el café inglés, me equivocaba en el número del cuarto, bajo el pretexto de entrar en el tocador. Y mil otras supercherías de la mujer que quiere protestar contra la tiranía.

Tal vida duró tres meses. Había yo calculado tres años, pero cuando creí haber domado al león, á la hora misma que lo imaginé, tuvo él un acceso de rabia celosa tan violenta que el comisario de policía del distrito hubo de intervenir.

Verdad es que no fui yo quien lo llamé, puesto que me hubiese hecho matar siempre en mi puesto, pero mis criados, que tu-

vieron miedo que aquello acabase trágicamente, advirtieron con oportunidad al hombre de la faja tricolor. Mi gracioso y bello amante me dió aquel día un puntapié en el vientre.

Durante tres meses estuve enferma. Todo el mundo me creyó muerta. Cuando reaparecí una noche en el teatro, me llamaron la resucitada. El príncipe estaba en la orquesta; no nos habíamos visto desde nuestra separación forzada. Cambiamos nuestras sonrisas cariñosas como gentes bien educadas. Al día siguiente el príncipe me envió una perla admirable rodeada de brillantes, con estas palabras: «El anillo de la ruptura.»

Después he sabido que se ha casado dos ó tres veces.

Se dice que sus mujeres mueren de pena porque le aman demasiado.

Estoy por creer que las mujeres aman únicamente la tiranía.

XVIII

La comedia

Tenía un vago deseo de celebridad; do-
liame haberme faltado el valor para llegar
á ser un prodigio en el piano; cuando leía

una novela de George Sand, meditaba durante dos horas; cuando iba al Louvre, moríame de envidia por no pintar como Rafael y como el Ticiano.

Y sin embargo no debía ser célebre, ni por la novela, ni por la pintura, ni por la música.

Fuí célebre únicamente por haber valsado. Felizmente mi celebridad no duró más que un día. Abrigaba asimismo la idea del teatro. Mr. Hostein me contrató para una comedia de magia. Mr. Montanbry me hizo debutar en bailes de carácter.

En los Bufos-Parisienses representé el papel de Diosa; en la *Gaité* me ofrecieron el papel de Mignon. Quería y no quería, vacilaba dedicarme de lleno al teatro y aquellos ofrecimientos levantaban mi orgullo.

Yo hubiera querido representar *Célimène*, ni más ni menos.

Sin embargo, no representaré nunca más que el papel de hija arrepentida.

¡Quise decir de impenitentel

Sueño muy á menudo en arrepentirme, pero no tengo los medios. Y después de todo no era ageno cierto orgullo el que yo quisiera representar hasta el fin el papel terrible y dulce de la cortesana.

Habiame despojado del antifaz y no tenía miedo de nada ni de nadie, sino de mi conciencia, pero la adormecía sobre un lecho dorado, cubriéndola con ropas de seda.

A ciertas horas se olvida una mujer de su catecismo y de su primera comunión, y cierra el Evangelio para abrir una novela, juzgando al mundo por una carcajada, de-

vieron miedo que aquello acabase trágicamente, advirtieron con oportunidad al hombre de la faja tricolor. Mi gracioso y bello amante me dió aquel día un puntapié en el vientre.

Durante tres meses estuve enferma. Todo el mundo me creyó muerta. Cuando reaparecí una noche en el teatro, me llamaron la resucitada. El príncipe estaba en la orquesta; no nos habíamos visto desde nuestra separación forzada. Cambiamos nuestras sonrisas cariñosas como gentes bien educadas. Al día siguiente el príncipe me envió una perla admirable rodeada de brillantes, con estas palabras: «El anillo de la ruptura.»

Después he sabido que se ha casado dos ó tres veces.

Se dice que sus mujeres mueren de pena porque le aman demasiado.

Estoy por creer que las mujeres aman únicamente la tiranía.

XVIII

La comedia

Tenía un vago deseo de celebridad; do-
líame haberme faltado el valor para llegar
á ser un prodigio en el piano; cuando leía

una novela de George Sand, meditaba durante dos horas; cuando iba al Louvre, moríame de envidia por no pintar como Rafael y como el Ticiano.

Y sin embargo no debía ser célebre, ni por la novela, ni por la pintura, ni por la música.

Fuí célebre únicamente por haber valsado. Felizmente mi celebridad no duró más que un día. Abrigaba asimismo la idea del teatro. Mr. Hostein me contrató para una comedia de magia. Mr. Montanbry me hizo debutar en bailes de carácter.

En los Bufos-Parisienses representé el papel de Diosa; en la *Gaité* me ofrecieron el papel de Mignon. Quería y no quería, vacilaba dedicarme de lleno al teatro y aquellos ofrecimientos levantaban mi orgullo.

Yo hubiera querido representar *Célimène*, ni más ni menos.

Sin embargo, no representaré nunca más que el papel de hija arrepentida.

¡Quise decir de impenitente!

Sueño muy á menudo en arrepentirme, pero no tengo los medios. Y después de todo no era ageno cierto orgullo el que yo quisiera representar hasta el fin el papel terrible y dulce de la cortesana.

Habiame despojado del antifaz y no tenía miedo de nada ni de nadie, sino de mi conciencia, pero la adormecía sobre un lecho dorado, cubriéndola con ropas de seda.

A ciertas horas se olvida una mujer de su catecismo y de su primera comunión, y cierra el Evangelio para abrir una novela, juzgando al mundo por una carcajada, de-

ciendo que todo es estúpido desde el principio hasta el fin, y que la impunidad más absoluta reina y domina. He aquí por qué tantas jóvenes galantes tienen la sonrisa en los labios y el desdén en los ojos. ¿Qué es la virtud? Una pequeña é insignificante desgraciada vestida de lana que lleva un paraguas. ¿Qué es el vicio? Un altísimo y poderoso señor en un mundo de cortesanas. A mí no me gustaban los paraguas, y el abanico me parecía mi arma familiar. Quise llevar hasta el último extremo la vida a cuatro caballos de las jóvenes perdidas. Quien dice la vida a cuatro caballos de las cortesanas, dice la vida a cuatro amantes.

Hablóse pronto de mí en las familias, como se hablaba sobre la pista de las carreras.

Pasaba sobre las fortunas como el huracán sobre las espigas. Ciertamente que no era por atesorar, pero sí para pagar mi lujo opulento, un lujo inaudito y fastuoso.

Empecé á inquietar á Mme. de P** C., que poseía un hotel maravilloso, á Mme. de propietaria de una suntuosa alcoba, y á Mme. M*** orgullosa por su cuadra incomparable. Adquirí los muebles raros como Rosalía León. Jugaba más que Soubise, quise ser bella como Deveria, y espiritual como Marta Devoyod; cuando deseaba dar una comida, no tenía que hacer más que un gesto y honraban mi mesa los príncipes y los intelectuales más ilustres.

Tornéme pronto en mujer histórica, hasta el punto que no llegaba extranjero á París que no solicitase serme presentado. Cle-

singer y Carpeaux expusieron mi busto. Carolus Duran me trasladó al lienzo para la exposición; ¡extraña historia! Fué un triunfo, sobre todo, la línea de adoradores.

No podía impedir, sin embargo, en mis horas de moderación, cuando me otorgaba el lujo de estar sola, de pensar en el espantoso despotismo de la cortesana.

Un historiador que hace poco leí, Paúl de Saint Víctor, dice que durante seis mil años la humanidad ha observado el mismo juego con la cortesana. Nada de términos medios para ella, ni siquiera el purgatorio; el cenagal ó la apoteosis, la idolatría ó el abismo, el cielo ó el infierno.

Recuerdo aquel escritor que Venecia fatigada de su carnaval perpetuo, desterró á sus cortesanas. Pero después de tres meses de cuaresma, Venecia les abrió sus brazos: ¡Regresad, les dijo, regresad pronto, honestas meretrices!

Y aquel día fueron exactas las cortesanas, y desde entonces, aquellas Dalilas rompieron los dientes y cortaron las uñas al león de San Marcos.

He copiado esta bellísima página de Saint-Victor: Por violentas que sean las tempestades que ella provoca á su alrededor en el Océano de los hombres, ella sobrenada siempre, brillante, mortífera, inextinguible como un fuego griego. De cualquier lado que miréis la historia, os apercebiréis que en todas partes, de pie ó echada, conserva una actitud triunfal. Se nos aparece en la Biblia revolcándose en una montaña de mantos de púrpura, trofeos de sus amantes

despojados. La India la hace entrar en el serrallo místico de sus dioses; Grecia la eleva á la divinidad de musa y coloca en su brazo la lira de marfil. Ella sangra al imperio romano en sus cuatro venas y lo libra de los bárbaros extenuándolos. Exorcisada por la Edad Media, reaparece á los primeros rayos del Renacimiento en flor, desnuda, lasciva, pagana hasta la punta de las uñas. Atraviesa el siglo XVIII al gran galope de sus ocho caballos guarnecidos de rosas, con un equipaje de hada dichosa, sembrando el oro, las perlas, la insolencia, la blasfemia, el ingenio á manos llenas durante su marcha. En nuestros días, en fin, ha creado para ella sola un distrito, la pirámide de Rhodopé del París moderno.

Moabitás, bayaderas, heteras, damas galantes, ninfas, impuras, lóretas, mujeres entretenidas, damas de las camelias como ellas se llamaron ayer, jóvenes de mármol como las llaman hoy, cualquiera que sea su nombre, su tipo, sus costumbres, sus procedimientos de rapiña y de corrupción, ellas tienen *vendimiado el mundo*, según la sangrienta expresión de un poeta latino.

La parte animal de la humanidad las pertenece, ellas lo saben, ellas cuentan y cual nueva Circes no se preocupan ni se cuidan más que de engrandecer y decorar sus establos. ¿No nos pinta acaso el Apocalipsis á la *Cortesana de la última hora sentada y triunfante sobre la Bestia*? ¡Qué terrible símbolo! Pero es magnífico, verdadero, espantoso. Así, pues, se explica esa confusión discordante de elogios y de injurias

sobre Friné y Lydia. El espíritu las insulta, la materia las halaga, y se tira á sus pies. ¡Cuántas veces estas dos viajeras se han encontrado y cruzado en el camino! El alma que se va y el cuerpo que viene.

El historiador de *Hombres y Dioses* dice que las cortesanas han pasado su tiempo, que las estrellas no son más que gusanos brillantes.

Se equivoca en esto; ellas reinan más imperiosamente que nunca, están en todos los mundos, y un novelista ha tenido gran razón en estudiar en uno de sus libros á las cortesanas del mundo. Un poeta griego escribe: «¡Una hetera! Si habéis tenido la desgracia de amar á una hetera, habéis abrazado á una serpiente horrible, á una quimera devoradora, á una cariyadis, á una scylla de tres cabezas, á una mortífera, á una leona, á una hiena, á una harpia voraz. Todos estos monstruos valen más que una hetera.»

Esto es verdad; pero la hetera vale más que el hombre; ella obedece al espíritu del mal, pero ¿no es para comprender mejor el bien?

Mi periodo de grandeza duró tres años. Tengo miedo de llegar al periodo decadente, no porque mi belleza no sea radiosa aún (fuera falsa modestia), pero porque soy muy perezosa para continuar esta guerra y esta carnicería.

Os he contado el ayer, os he contado el hoy, ¿y el mañana? Ya os he dicho que no me gustaban los puntos de interrogación.

Mañana no desespero de ir á llamar á la puerta del refugio de Santa Ana.

Si voy, no abriré ciertamente mi ventana sobre el mundo.

Me otorgo ocho días de tiempo para concluir.

De lo contrario, creo que iría á *borrarme* con las *jóvenes arrepentidas*, no sé si á llorar mis pecados ó á olvidar.

Tal vez para expiar la necesidad de haber escrito este libro y de haber descubierto mi corazón, me será perdonado, porque habré llorado mucho (1).

(1) El diario que sigue indica la época en la que la señora Juana de Armaillac separó á Marcial de Briançon de Carolina Anmont.

LIBRO III

EL ULTIMO GOLPE

I

Una semana hermosa

Concluyen aquí las confesiones de Carolina, y su escrito parecía una serie de deliciosas patas de mosca hecha con diminuta pluma de águila ó de cuervo.

Sobre las hojas unidas ya, Carolina había continuado sus confidencias escritas con mano más nerviosa.

Hasta allí, el ingenio lo mismo que el corazón, habían guiado su mano. Como vulgarmente se dice, Carolina se escuchaba al hablar. Pero en esas nuevas páginas había derramado su corazón sin medida. Ni una frase, ni una palabra ingeniosa. Veamos:

MARTES

«Fantasio vino á verme cuando concluía esta última página de mis confesiones. Las he escondido bajo un abanico.

Mañana no desespero de ir á llamar á la puerta del refugio de Santa Ana.

Si voy, no abriré ciertamente mi ventana sobre el mundo.

Me otorgo ocho días de tiempo para concluir.

De lo contrario, creo que iría á *borrarme* con las *jóvenes arrepentidas*, no sé si á llorar mis pecados ó á olvidar.

Tal vez para expiar la necesidad de haber escrito este libro y de haber descubierto mi corazón, me será perdonado, porque habré llorado mucho (1).

(1) El diario que sigue indica la época en la que la señora Juana de Armaillac separó á Marcial de Briançon de Carolina Anmont.

LIBRO III

EL ULTIMO GOLPE

I

Una semana hermosa

Concluyen aquí las confesiones de Carolina, y su escrito parecía una serie de deliciosas patas de mosca hecha con diminuta pluma de águila ó de cuervo.

Sobre las hojas unidas ya, Carolina había continuado sus confidencias escritas con mano más nerviosa.

Hasta allí, el ingenio lo mismo que el corazón, habían guiado su mano. Como vulgarmente se dice, Carolina se escuchaba al hablar. Pero en esas nuevas páginas había derramado su corazón sin medida. Ni una frase, ni una palabra ingeniosa. Veamos:

MARTES

«Fantasio vino á verme cuando concluía esta última página de mis confesiones. Las he escondido bajo un abanico.

»Si ese Fantasio fuese menos fantástico y tuviese menos fantasía, lo amaría más que a todo lo del mundo. Pero es una pluma que se arroja al viento.

»Es él quien me ha enseñado toda la poesía del amor; yo la soñaba, y gracias á él, mi sueño se ha realizado.

»Pero con tal amante de aventuras, no existe mañana posible.

»Es preciso saborearlo hoy. Tal vez tenga razón. Vivir al día y en la hora del día escogido. Sin embargo, soy como la *glycine*, quiero juntarme al muro besado por el sol, quiero morir donde me enlace. ¡Ah, si Fantasio hubiese querido!...

»Analizado todo debidamente, yo no me he apasionado más que dos veces en cuerpo y alma. Fantasio y ***. Sentíame capaz de arrojarme por la ventana por uno ó por otro, más si cabe por ***, porque parecíame algo más serio. Fantasio reíase demasiado aún en sus días de pasión.

»Después de todo, ni el uno ni el otro, ni éstos ni aquéllos. Existen mejores que jamás he tenido: ¡un amante que quiera ser marido! El matrimonio no es perfecto, pero conserva aún más dichas que todas las demás aventuras. Debo decir, ¿por qué no? que no he hallado un amante que pensara ser mi marido. Será tal vez porque yo aspiraba a algo muy bueno, y me puedo vanagloriar que aún en las más locas calaveradas jamás se me ocurrió ser una mala casada.»

JUEVES

«Cuento tan pésimamente que no tengo un sueldo: Fantasio me ha dado cien luises diciéndome que me los prestaba. Será absolutamente necesario que me decida á vender mis cuadros y mis joyas; esperando el momento, he tenido que escuchar hace poco, las proposiciones de esa cortesana retirada, que se entretiene en aunar matrimonios de desecho. Me ha ofrecido cinco mil francos por autorizar que me presenten á un amigo de Marcial de Briançon. Según parece, me ha visto en el Bosque. ¿Cinco mil francos, le he dicho? Son pocos, pero es más de lo que valgo.

»Pues bien, si es más de lo que vales, guardaré mil francos para mí.

»Como me resistía, rogó por ella y el negocio se arregló. El vendrá á media noche á pedirme una taza de te.

»¡Y es raro! no sé por qué tengo el presentimiento que este negocio me será fatal.»

VIERNES POR LA MAÑANA

«No he dormido esta noche.
»¿De dónde procede este horror de mí misma, yo, que hasta aquí he sido valiente para todo?»

»Aquel joven vino. ¡Oh, mi corazón! No me atrevía á respirar cuando lo ví. Palidecía y enrojecía...

«Era mi Gastón de Foix de seis años atrás. Apenas si lo he reconocido...

»Hubiese deseado estar cien codos bajo tierra.

—»Es usted, le dije, ¿cómo es que en tanto tiempo no nos hemos visto?

—»Hice la guerra y he viajado mucho.

»Hablamos de lo pasado.

»Convertíme en una mujer tímida, como en aquel tiempo tan lejano ya. El creía hallar una mujer llena de *esprit*, una «*blagueuse*», una excéptica, y encontró una pensionista. La verdad es que ambos estábamos perplejos, como gentes que teniendo que decirse mucho, no se atreven á decir nada.

»Mi sufrimiento fué indecible. Gastón me había amado como se ama á una virgen y halló una cortesana. Como era un verdadero gentil hombre, contentóse en aquella entrevista pensosa con besarme la mano. Me trajo un ramillete de flores, pero estaba envenenado. Cuando se marchó aspiré su perfume y ví una carta. Quise leerla con la curiosidad del amor, porque le amó. No había escrita ni una frase; dentro del sobre solo había cinco billetes de mil francos.

»Experimenté la imperiosa necesidad de echarlos al fuego como si fueran insultos escritos. Pero reflexioné. Aquellos cinco mil francos no me pertenecían.

»Mañana vendrá á comer conmigo y le pondré estos cinco mil francos en su plato.»

SÁBADO, Á MEDIA NOCHE

«Ha venido á comer. Reconoció en seguida sus cinco billetes. Los ha cogido y me ha pedido perdón. Después lo introduje en mi cuarto y me arrojé en sus brazos. Cayó él de rodillas y ha bebido mis lágrimas.

»Extraña comida para empezar. Pero su conclusión fué brillante. Comimos el uno junto al otro como dos verdaderos enamorados que tienen hambre y que se devoran á besos.

»En un momento llegamos á los postres. Los más sabrosos fueron nuestros abrazos.

»¡Ah, Dios mío! ¡cuánto le amo y cómo quisiera morirle ahora!»

DOMINGO

«He ido á misa á la Magdalena; ¡qué hermosa es la iglesia! ¡qué bueno es Dios!...»

LUNES

«¡Qué imbécil soy! Me creía invulnerable y siento que me vuelvo loca por Marcial de Briançon, como hace cuatro años volvíme por ese á quien llamaba Fantasio.»

»¿He amado á Marcial hace seis años cuando se llamaba Gastón? No; era un rayo de sol sobre la nieve. La prueba es que no fué á él á quien me di. Pero hoy le adoro.

»Lo adoro por hermoso? Esto no es una razón. ¿Porque monta divinamente á caballo? ¿Porque ha sido heroico en la guerra, ó porque me habla con tan penetrante dulzura?...

»Pasé ayer toda la velada con él en un antepalco del Vaudeville.

»No he comprendido una palabra de lo que se representaba en la escena. Ignoro si era Jargual ó Massin los que trabajaban en la comedia. El milagro del amor habíame transportado al séptimo cielo.

»Y sin embargo, nuestra primera entrevista, después de tantos años, no tuvo nada de romántico.

»Y esa horrible mujer que quería arrojarme en los brazos de Gastón por un precio convenido, con mi primer sueño de amor, tal vez con mi último.»

SEIS MESES DESPUÉS

«La dicha no se cuenta. He pasado seis meses en medio de todas las alegrías del corazón, seis siglos, ¡seis días!

»Creía en la dicha eterna, pero una mujer me la arroja al mar. Esta mujer es la señorita Juana de Armaillac.

»Marcial no la ha buscado, pero ella me o haro bado y me lo ha vuelto á robar.

»Sufro todos los furores de la leona, todos los dolores del abandono.

»Acaba de manifestarme que se despide de mí para siempre, para siempre es la tumba.

»Quiero morir.

»¿Cree Marcial que puedo reirme de mi corazón como la primera vez? No.

»Levantóme del abismo y caigo en él otra vez rota y herida.

—Basta ya de esta vida imposible, buscando siempre el dinero de los otros bajo la reprobación de todos; maldita mi madre, maldita por mi misma.

»¡Mi madre! No la escribiré jamás. Precisamente es lo que ambiciono, el olvido!

»Un amor semejante no es la expiación por la gracia.»

II

El olvido

Era la última palabra de las Confesiones de Carolina.

Quando llegué al final del manuscrito me preguntaba por qué quería ella morir, por aquel abandono.

No es preciso matarse por una pasión, puesto que se cura de un amor perdido con otro amor.

»¿He amado á Marcial hace seis años cuando se llamaba Gastón? No; era un rayo de sol sobre la nieve. La prueba es que no fué á él á quien me di. Pero hoy le adoro.

»Lo adoro por hermoso? Esto no es una razón. ¿Porque monta divinamente á caballo? ¿Porque ha sido heroico en la guerra, ó porque me habla con tan penetrante dulzura?...

»Pasé ayer toda la velada con él en un antepalco del Vaudeville.

»No he comprendido una palabra de lo que se representaba en la escena. Ignoro si era Jargual ó Massin los que trabajaban en la comedia. El milagro del amor habíame transportado al séptimo cielo.

»Y sin embargo, nuestra primera entrevista, después de tantos años, no tuvo nada de romántico.

»Y esa horrible mujer que quería arrojarme en los brazos de Gastón por un precio convenido, con mi primer sueño de amor, tal vez con mi último.»

SEIS MESES DESPUÉS

«La dicha no se cuenta. He pasado seis meses en medio de todas las alegrías del corazón, seis siglos, ¡seis días!

»Creía en la dicha eterna, pero una mujer me la arroja al mar. Esta mujer es la señorita Juana de Armaillac.

»Marcial no la ha buscado, pero ella me o haro bado y me lo ha vuelto á robar.

»Sufro todos los furores de la leona, todos los dolores del abandono.

»Acaba de manifestarme que se despide de mí para siempre, para siempre es la tumba.

»Quiero morir.

»¿Cree Marcial que puedo reirme de mi corazón como la primera vez? No.

»Levantóme del abismo y caigo en él otra vez rota y herida.

—Basta ya de esta vida imposible, buscando siempre el dinero de los otros bajo la reprobación de todos; maldita mi madre, maldita por mi misma.

»¡Mi madre! No la escribiré jamás. Precisamente es lo que ambiciono, el olvido!

»Un amor semejante no es la expiación por la gracia.»

II

El olvido

Era la última palabra de las Confesiones de Carolina. ®

Cuando llegué al final del manuscrito me preguntaba por qué quería ella morir, por aquel abandono.

No es preciso matarse por una pasión, puesto que se cura de un amor perdido con otro amor.

Quise tener la verdad de aquel enigma. Juré que me arrojaría ante la catástrofe en la que creía.

Satanás no se engaña nunca.

«Si no es el diablo, decía entre mí, escuando menos el prefecto de policía del *demi-monde*.»

No me fueron precisos más que diez minutos para comer mal. Eran las ocho y treinta. Disponía de hora y media aún.

Fuí a casa de Carolina. Encontré a su doncella bañada en lágrimas.

— Señor, me dijo, la señora hará un disparate esta noche.

— ¿Te lo ha dicho?

— No, señor; pero acabo de abrir esta carta que me ha rogado lleve a su destino mañana por la mañana.

— Comprendo, exclamé, tú no haces las cosas a ciegas y pruebas el veneno antes de dárselo a los demás ..

— Dame esta carta.

Leí antes en el sobre:

Al señor Marcial de Briançon

«No quería decirte adiós antes de morir, pero por segunda vez mi voluntad ha sido vencida por mi corazón.

»El día que te amé, la luz descendió en mi alma y he comprendido todo el horror de mi vida.

»Existen mujeres que lo conservan todo, y se forman un conjunto de sentimientos los más dignos y los más innobles; se entre-

gan y se venden al mismo tiempo, creen ellas que rehacen su virginidad á cada nuevo amor. Pero yo te amo y me siento indigna. He devorado mi trigo en flor. Es preciso que soporte la pena del pasado, pero mientras más me empeño en amarte, más veo el fondo del abismo.

»Coralia decía ayer en mi presencia: «Qué desgracia que no sea atrevida, porque me casaría con mi amante.» Y al decir esto, lloraba. Yo no lloro, pero tendré el valor de morir.

»Los seis meses que hemos pasado juntos, me han recordado la vida de familia.

»He saboreado lo hermoso de hacer todas las locuras, de tomar todos los antifaces del vicio, me sentí mejor siendo la Carolina Cerdrillón adorada por su madre.

»Existe quien se olvida de todo, yo lo recuerdo todo. ¿Qué es el recuerdo más que un remordimiento para una criatura como yo?

»Tú no puedes imaginar por qué tu amor me arroja de la vida, sólo porque otra mujer ha cogido mi sitio. Es la ley, pero como yo no vivía si no por tí, no me queda más que morir.

»Y muero sin pena.

»Se creen que me divierto en este torbellino dorado, se equivocan; el tiempo únicamente me sirve para apercibirme que existo; los placeres del lujo y del orgullo no duran más que un día, las alegrías del corazón duran toda la vida.

»Tú dirás que predico y probablemente no me leerás hasta el fin. Guárdame un pensamiento.

»Aunque no sea sino porque valgo más que esas jóvenes que encuentras, y volverás a encontrar, y que no quiero acabar como ellas acabaron. Dame pasado mañana el acompañamiento del pobre. Arrodíllate ante la fosa común y reza un *De profundis* por el reposo de mi alma.

»¡Ah! si hubiera podido amarte con la pureza de mis dieciséis años, hubiese querido morir á tus pies; pero soy una imatura y quiero morir como he vivido en medio de una orgía. Sé perfectamente que esto es cobarde, pero tal vez no tuviera el valor de morir sola.

»Si eres dichoso con la otra, vente á pasear un día sobre la fosa común, y dí sacudiendo el polvo: *¡aquí yace quien amó!*

CAROLINA.)

Después de haber leído, miré á la doña que seguía llorando como si sus lágrimas estuviesen pagadas.

—¿Adónde ha ido?—le pregunté.

—La señora no me ha dicho nada.

Creo que esos caballeros y esas señoras comen hoy en la Cascada, porque Coraj, que ha venido á buscar á la señora algo retrasada, ha dicho: «Despachemos, Carolina, comemos á las ocho y ya estarán las otras de regreso del Bosque.»

No escuché más tiempo á la doncella. Tenía mi coche á la puerta y me hice conducir á escape al hotel de la Cascada.

Desde lejos oí los alegres rumores del banquete.

—Gracias á Dios, me dije; Carolina no morirá.

Y pensé que el marqués de Satanás me había advertido su intento tres horas antes para darme ocasión de salvarla.

Fuí hasta ella y le tendí la mano con efusión verdadera; estaba pálida y sonriente, pero tenía una nube de indefinible melancolía.

—¿Qué os trae? me dijo haciéndome sitio cerca su silla.

—¿Lo que me trae? Pues, usted...

—¿Cómo es posible que se haya enamorado usted de mí, cuando hasta ahora no ha vuelto usted nunca la cabeza, cuando he pasado por su lado?

—No, no es eso, querida mía, no soy su enamorado, pero es preciso que la hable seriamente. Es todo una historia la que he de referirla si usted me promete regresar esta tarde á Paris.

Miróme ella con aire interrogativo. Sin duda imaginóse que iba á hablarla de su amante.

—Sí, me respondió, júreme usted que me llevará en mi coche ó en el de usted.

—Está jurado.

—¿Es que ha visto usted hoy al señor de Briançon?

—No. Pero me consta que la ama á usted siempre; ¿cómo no está aquí?

—No debemos vernos jamás.

—¡No diga usted eso! No conozco esa palabra, jamás. Querrá usted decir siempre en el idioma de los amantes.

El anfitrión, el joven duque de..... vino

á suplicarme que tomase parte en la fiesta. No me hice rogar, porque no quería separarme de Carolina.

Una artista amiga de todos los comensales exclamó:

—Hete aquí, admitido á los honores de la sesión, como dicen en el Instituto. Pero es con una condición, que hablarás con todos, no únicamente con Carolina.

Toda la concurrencia se apostrofaba, no siendo posible los apartes y las confidencias; se dedicaron *toasts* á todas las virtudes y á todos los amores.

—¿No bebes? dijo á Carolina la artista lírica.

—Bebo siempre, respondía aquella contemplando su copa de champagne llena hasta los bordes. Cuando me toque el turno lanzaré mi *toast*.

—Siempre serás original. Nunca haces nada como las otras.

—¿Qué queréis? Es una mujer blasonada hasta la médula; su padre era conde y no le gustan más que los condes, exclamó una de las más espirituales pecadoras.

—No es como tú, dijo la artista á la que habló antes; tú has nacido en el barrio del Temple y vas allí todas las semanas á recrearte un poco.

—¿Pues qué os figurabais? respondió la gentil pecadora. Voy porque tengo miedo de encanallarme demasiado con la alta sociedad.

Transcurrió una media hora en ingeniosidades impertinentes y pretensiosamente necias.

Después de tanto extrépito, se hizo un

momento de silencio; el combate concluía falto de necedades, tantas se habían consumido, cuando Carolina se levantó alzando su copa.

—¡Bebo al olvido! exclamó.

Y no quedó una gota de champagne en el fondo de la copa.

Observaba yo á Carolina que si bien estaba más pálida aún que antes, no me inquieté, puesto que me había prometido dos veces regresar conmigo.

Nadie pareció comprender aquel brindis. Recordé, por esto, que ya una vez quiso envenenarse en la mesa. No la perdí de vista, pero ella, sin embargo, halló ocasión de echar ácido prúsico en su vaso.

Carolina cayó sobre una silla.

—Me siento desfallecer, me dijo, impídame usted que caiga.

La tomé en mis brazos y levanté su cabeza.

—Me ha prometido usted conducirme á mi casa. Llevará usted á una muerta...

Y después de una pausa ligera añadió:

—Le ruego á usted, por Dios, que no me olvide aquí; y agregó en alta voz: ¡Señores, acabo de envenenarme!

Todos acudieron para salvarla. Se la hizo beber café y leche, los únicos contravenenos que pudieron hallarse á mano, pero ella cerró sus labios como mujer que ha dicho su última palabra.

Sea que tuviese, como ella había manifestado, horror á la vida, sea que ella sintiese ya los horrores de la muerte, sea que el ácido prúsico perturbase su inteligencia,

parecía extraño á todos el movimiento que bullía á su alrededor. Los hombres se hablaron con inquietud, las mujeres gritaban hasta no entenderse. Un artista del violín tocaba las *Guardias de la Reina* en el café próximo. La pobre Carolina tuvo una verdadera cencerrada en su postrer cuarto de hora.

—¡Toma! dijo una de aquellas señoritas, habla de Fantasio.

—No, dijo otra, habla de Marcial.

Carolina, sin duda, había visto aparecer á sus dos amantes más queridos antes de morir.

De toda aquella gente era yo el más seriamente afligido; mirabala espirar con un profundo sentimiento de cristiana caridad.

La admiraba en su muerte, porque sabía por qué moría ella.

—¡Esta local decía la artista, no tenía todo lo que quería, un hotel, diamantes, caballos.

—Sí, respondió: esta joven poseía todo eso, pero lo hubiese dado todo por tener alegre el corazón.

—¿La alegría del corazón? ¿Y qué significa eso?

Tomé la mano de la artista:

—Mi querida amiga, cuando esté usted enamorada le diré á usted lo que esa frase significa.

Y añadí, pensando mejor:

—Pero no habrá necesidad cuando usted ame, de que yo se lo diga.

Fuí al entierro de Carolina.

Tuvo aquella mujer todos los valores, incluso el valor de saber morir por un hermoso sentimiento.

No cayó en la tosa común, porque Mr. de Briançon había dado sus órdenes para que tuviese una tumba.

En la puerta de la iglesia encontré al marqués de Satanás.

—¡Y bien! exclamó, ya se lo dije á usted, era fatal, debía morir.

—Usted estaba bien informado, porque había hablado con ella.

—Qué importa eso, el caso es que no me había equivocado.

Conté al marqués cómo había muerto: brindando al *Olvido*.

—¡Hizo bien! respondió. No será olvidada. Mr. de Briançon no muere de pena, puesto que nadie se muere de pena, no le hallará usted en la iglesia, pero sí en el cementerio de Pére-Lachaise.

Efectivamente, en Pére-Lachaise encontramos á Marcial.

Nos tendió la mano izquierda, la derecha la llevaba en cabestrillo.

Se había batido por una frase mortificante pronunciada delante de él respecto á la señorita de Armaillac.

—Me he batido por otra, nos dijo; pero amo también, amaba con toda mi alma á Carolina.

Dos lágrimas resbalaron de sus ojos.

Un mes después vi un sarcófago de már-

mol blanco en el lugar donde fué sepultada Carolina.

Sobre este sarcófago, veíanse estas palabras:

¿POR QUÉ DECIR MI NOMBRE?



VIDA GALANTE

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Dirección y Redacción: Ruiz, 8, Madrid

VIDA GALANTE ES UNA DE LAS REVISTAS MÁS INTERESANTES, PORQUE PUBLICA LOS CUENTOS É HISTORIETAS ILUSTRADAS POR UN NOVÍSIMO PROCEDIMIENTO FOTOGRAFÍCO NO EMPLEADO AÚN EN ESPAÑA.

PUBLICA SIEMPRE CUATRO PLANAS EN SEIS COLORES.

Precio del número corriente: 20 céntimos.

Número atrasado: 25 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

España y Portugal.	Seis meses.	6 pesetas.
	Un año.	11 »
Extranjero.	Un año.	12 francos

mol blanco en el lugar donde fué sepultada Carolina.

Sobre este sarcófago, veíanse estas palabras:

¿POR QUÉ DECIR MI NOMBRE?



VIDA GALANTE

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Dirección y Redacción: Ruiz, 8, Madrid

VIDA GALANTE ES UNA DE LAS REVISTAS MÁS INTERESANTES, PORQUE PUBLICA LOS CUENTOS É HISTORIETAS ILUSTRADAS POR UN NOVÍSIMO PROCEDIMIENTO FOTOGRAFÍCO NO EMPLEADO AÚN EN ESPAÑA.

PUBLICA SIEMPRE CUATRO PLANAS EN SEIS COLORES.

Precio del número corriente: 20 céntimos.

Número atrasado: 25 céntimos

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

España y Portugal.	Seis meses.	6 pesetas.
	Un año.	11 »
Extranjero.	Un año.	12 francos



U A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

11
F
C
19